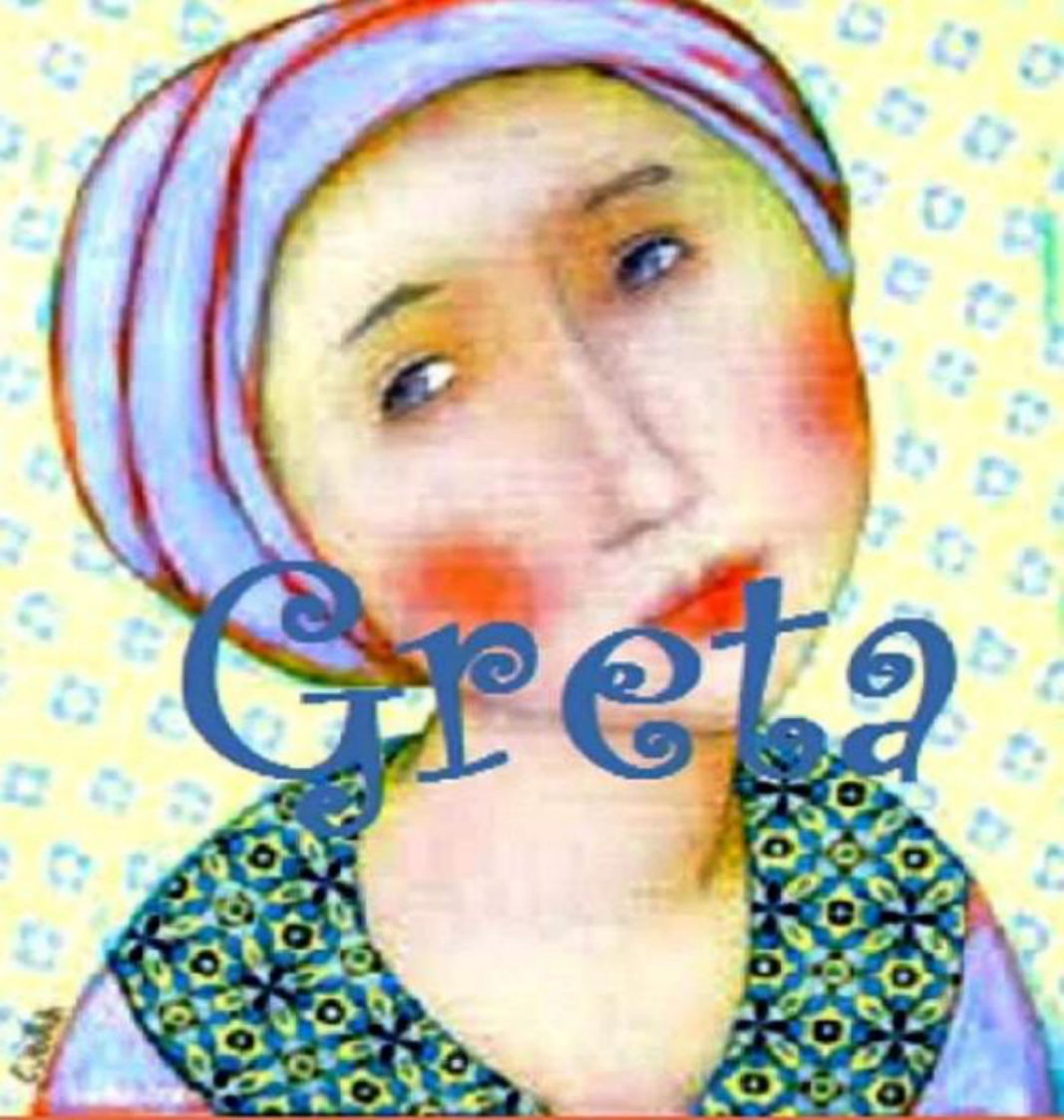

Esther Llull

Greta

ESTHER LLULL

Copyright © 2021 Esther Llull

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798543673010

A los refugiados de Siria.
A Lissi, Emma y Sonay.
Uno siempre es inocente de lo que se enamora.
Y es más.
El que es inocente nunca sabe que lo es.

Contenidos

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

“Por ejemplo, el reembolso íntegro de la deuda pública, independientemente de su importe y duración; o la legitimidad absoluta e incuestionable de la riqueza de los multimillonarios, sea cual sea su tamaño u origen… arrojan luz sobre la persistencia de las desigualdades étnicas y raciales en el mundo moderno, además de sobre la compleja pero inevitable cuestión de las compensaciones.
Thomas Piketty, Capitalismo e ideología, 2020

Capítulo 1

Greta había vivido en la mayor de los años sin que de un padre cariñoso e indulgente. Hacía ya dos años que su madre había muerto, aún así conservaba un leve recuerdo de sus caricias, y como consecuencia de la boda de su hermana con un abogado de la ciudad, se había tenido que hacer cargo de la casa, y de su padre, que era pensionista por invalidez, dado su mal estado de la columna, y que en otro tiempo había sido profesor de literatura francesa. Por otra parte, había tenido que contratar, desde que faltó su madre, a una mujer, que hacía las veces de cocinera y cuidaba de su padre y de la casa, mientras Greta tenía que ir a trabajar.

Greta había sido una niña inteligente y avispada, e influida por su padre estudió la carrera de filología especializándose en la lengua francesa y árabe. Ello le había supuesto, al final de su carrera, recién terminada, aspirar a un puesto de trabajo en el centro de refugiados. No obstante, por ahora, se tenía que conformar con prácticas de trabajo y, en realidad, no estaba todavía fija en el puesto, donde había mucha competencia laboral.

Ella sabía que su trabajo no era seguro, pero lo eligió porque le gustaba estar allí y comunicarse con gente de diversas nacionalidades del mundo, y en especial del Oriente Próximo.

Vivien, que era la joven que llevaba al servicio de la casa durante casi dos años, se había encariñado de tal modo con Greta, que la intimidad, que había entre ellas, era más de hermanas que de otra cosa. La blandura del carácter de Vivien, y el hecho de los cuidados que prodigaba a su padre, las había hecho convivir juntas, como amigas, sin que se hubiese impuesto la sombra de autoridad de ninguna. Pero además, desde hacía muy poco, Vivien se había puesto en relaciones de noviazgo con uno de los vecinos del bloque, un hombre divorciado y algo solitario, y que Greta le había presentado. En realidad, Greta se sentía orgullosa de haber buscado un novio a su amiga, y de tener la suerte de encontrarlo en alguien que ella conocía de toda la vida, y de quien pensaba que era una persona buena y de

todo fiar. Sólo había que objetar que tenía un hijo de su anterior matrimonio, pero esto no perjudicaba su buen carácter, ni empañaba su conducta. Tal vez, parecía algo mayor para ella, pero no mucho; en realidad, ella tenía un carácter bastante formado y serio, que se acoplaba bien a él.

Lo cierto es que Greta había favorecido mucho el que ellos se viesen a través de cenas o meriendas. Y todo había seguido su curso normal. Sobre todo, porque el hermano de él, que era profesor de sociología política, había sido compañero de trabajo de su padre. Y muchas veces Greta los invitaba a los dos a comer. En realidad, era Edgar, el hermano, quien venía más últimamente, porque le gustaba charlar con su padre y recordar los momentos que compartieron en el instituto, o simplemente hablar de las últimas investigaciones sociológicas que se estaban realizando, tema que le gustaba mucho tratar al padre de Greta. Y, en cierta manera, así mantenía viva su mente y su vitalidad. Greta no escatimaba nada por que su padre pudiera encontrar este alivio en su vida. Los dos hermanos habían vivido juntos el último año. No obstante, Edgar siempre pensaba en trasladarse lo antes posible, y buscar su propio sitio. Pero todo estaba muy caro, sobre todo, los alquileres de esa zona de la ciudad se habían encarecido extremadamente, al haberse construido un centro comercial muy cerca de ellos, así como un centro recreativo para la infancia y un parque grande con jardines.

En cuanto al hermano de Edgar, Jacobo, había sido militar en la guerra de Afganistán y, actualmente, con cuarenta y cinco años, cinco más que su hermano, se encontraba retirado por una lesión de guerra y pequeñas secuelas psicológicas. Aún así su estado era el de un hombre enérgico y que aparentaba ser más joven de lo que era. Greta había tenido muchas conversaciones con él sobre Afganistán y ahora también sobre Siria, pues ella atendía a refugiados de esa región.

En cuanto a su divorcio podemos decir que fue un matrimonio desafortunado, desde el principio, y que la suerte de tener él que vivir lejos de su país contribuyó a la separación. En realidad, había sido el hijo tenido, lo que motivó el hecho del matrimonio más que una voluntad totalmente libre. Pero se había puesto de manifiesto con el tiempo la incompatibilidad de sus caracteres y los intereses diferentes que terminaron por separarlos legalmente. Eso sí sin querer hacer daño al hijo común que ya era un jovencito de veintipocos años, al igual que Greta. Y aunque él vivía con su madre casi siempre, a veces también visitaba a su padre.

Pero llegó el momento en que vino una contrariedad para Greta —solo una pequeña contrariedad—, sin que ello la turbara en absoluto de un modo demasiado visible: Vivien anunció que iba a casarse. Perder a Vivien fue el primero de sus sinsabores. Y fue el día de la

boda de su querida amiga, cuando Greta empezó a alimentar sombríos pensamientos de cierta importancia.

Hasta ahora lo cierto era que los verdaderos peligros de la situación de Greta, de una parte, eran que podía hacer siempre su voluntad, y, de otra, que era propensa a tener una idea demasiado buena de sí misma. Y estas eran desventajas que amenazaban mezclarse con sus muchas cualidades. Sin embargo, hasta el momento el peligro parecía imperceptible y, en modo alguno, podía considerarse como inconveniente suyo.

Pero ahora había llegado esa pequeña contrariedad. Su amiga se había ido a vivir a una casa que tenía Jacobo en el pueblo que nació. Ahora no podría ir a trabajar con ella, y lo más seguro es que buscaría un trabajo más cerca o se acoplaría con la pensión de su marido.

El mismo día de la boda cuando regresaron, y su padre y ella se sentaron solos, en la gran mesa del comedor del salón de la vivienda, sin un tercero que alegrase aquella estancia, y cuando su padre se dispuso a ir a dormir, como de costumbre, a Greta no le quedó más que ponerse a pensar en lo que había perdido.

Pero la boda parecía proponer toda suerte de dichas a su amiga, dado lo generoso que Jacobo había sido con ella. Tenía la edad conveniente y ambos tenían un trato agradable. Incluso en Greta había algo de satisfacción en el pensar con qué desinterés, con qué generosa amistad ella había siempre deseado y alentado esta unión. Pero la mañana siguiente fue triste. La ausencia de Vivien iba a sentirse a todas horas y todos los días. Había sido una amiga y una compañera como pocas existen: inteligente, educada, servicial, afectuosa, conociendo las costumbres de la familia, compenetrada con todas sus inquietudes, y sobre todo preocupada por ella, por todas sus ilusiones y por todos sus proyectos; alguien a quien podía revelar sus pensamientos apenas nacían en su mente, y que le profesaba tal afecto, que nunca podría decepcionarla.

¿Cómo iba a soportar aquel cambio? Claro que su amiga se había ido a vivir a un pueblo, que sólo estaba a media hora en coche o en tren de cercanías; pero Greta se daba cuenta de que debía haber ahora una diferencia entre Vivien casada y la Vivien que pasaba tanto tiempo con ella en la casa. Y, a pesar de todas las grandes cualidades de Greta, corría el gran peligro de sentirse moralmente sola. Amaba tiernamente a su padre, pero para ella no era esta la mejor compañía; los dos no solían hablar de cosas íntimas, ni él preguntaba demasiado.

Además el mal de la disparidad de sus edades —su padre Federico no se había casado muy joven— se veía considerablemente aumentado por su estado de salud y sus costumbres; pues como había estado enfermizo durante toda su vida, sin desarrollar la menor actividad física, sólo la intelectual, sus costumbres eran las de un hombre mayor

de lo que correspondía a sus años. Aún así era querido por todos por la bondad de su corazón y lo afable de su carácter, y en el único talento que destacaba, su afición por la literatura, por lo que le gustaba leer y lo hacía aunque pausadamente.

Su hermana, aunque su matrimonio no la había alejado mucho de ellos, ya que se había instalado en otra zona moderna de la ciudad, pero en la periferia, estaba, aún así, lo suficientemente lejos, como para no poder estar a su lado cada día. A veces tenía que llegar la Navidad para que significase la nueva visita de su hermana con toda su familia, su marido y sus dos pequeños, que llenaban la casa proporcionándoles de nuevo el placer de su compañía.

Greta tenía muchas amistades en su nuevo y primer trabajo. Este se encontraba en una grande y populosa villa en un área cerca de la ciudad, pero con acceso a prados independientes y con plantíos. Era un sitio administrado por el ayuntamiento y la diputación provincial, así como las generosas subvenciones de la unión europea en relación a la política de inmigrantes. Greta había hecho amistad con una chica turca que también se ocupaba, como ella, de servir de intérprete y traductora de los refugiados, así como de cuidar por sus derechos. Su nombre era Sonay. Pero si bien nadie podría ocupar el sitio de Vivien y podía parecer un triste cambio, si se piensa en ello, Greta no podía por menos de suspirar y desear imposibles. Y realmente Sonay era tan afectuosa con ella que podría llegar a quererla igual. Pero estaba casada y tenía una hija de veinte años. Ella tenía el doble de edad que Greta y, aunque no lo pareciese, por su gran espiritualidad y lo sencillo de sus costumbres, esto precisamente la retenía para hacer confianza con ella.

Por aquel tiempo su padre despertaba muy de mañana, y Greta sabía que era necesario ponerle buena cara y no hacerle sentir preocupaciones. Necesitaba que le levantasen el ánimo. Era un hombre nervioso, propenso al abatimiento; quería a cualquiera a quien estuviera acostumbrado, y detestaba separarse de él; odiaba los cambios de cualquier especie. Aún no había asimilado ni mucho menos el matrimonio de su hija, y siempre hablaba de ella de un modo compasivo, a pesar de que había sido por completo por amor su matrimonio. Pero sus costumbres de plácido egoísmo y su total incapacidad para suponer que otros podían pensar de modo distinto a él, le predisponían a imaginar que Vivien había cometido un error, y que hubiera sido mucho más feliz de quedarse cerca de ellos y no irse tan lejos. Greta sonreía y se esforzaba para que su charla fuera lo más animada posible, para apartarle de estos pensamientos; pero luego a la hora de la cena y cuando Greta volvía del trabajo, a su padre le era imposible no repetir exactamente lo que ya había dicho en la mañana.

Greta empezó a concebir la idea de que tendría que encontrar a

alguien que sustituyese a Vivien, una cuidadora, una chica au- pair o lo que fuese.

—¡Pobre Vivien! Me gustaría que pudiera volver con nosotros. ¡Qué lástima que a Jacobo se le ocurriera pensar en ella! —dijo el padre lamentándose.

—En esto no puedo estar de acuerdo contigo, papá; ya sabes que no. Jacobo es un hombre excelente, de muy buen carácter y muy agradable, y por lo tanto merece una buena esposa; y supongo que no hubieras preferido que Vivien estuviera aquí para siempre y soportara todas mis manías, cuando podía tener una casa propia… y no una en alquiler y que tenía que pagar, aunque ella vivía de modo compartido.

—¿Tener una casa propia? ¿Eso es todo? Pero ¿qué sale ganando? Seguro que aquí tenía más espacio. Y tú nunca has tenido manías, hija mía.

—Iremos a verles a menudo y ellos vendrán a vernos… ¡Siempre estaremos juntos! Somos nosotros los que tenemos que empezar, tenemos que hacerles la primera visita, y muy pronto.

—Pero niña, ¿cómo voy a ir tan lejos? Ese pueblo está demasiado lejos. No podría andar ni la mitad del camino.

—No, papá, nadie dice que tengas que ir andando. Desde luego que tenemos que ir en coche.

—Pero en coche, ¿en qué coche? El mío lo vendí. Tú todavía necesitas sacar el práctico, para pasar el examen de conducir.

—Bueno, ya veremos. En todo caso, podemos coger un taxi.

Greta no regateó esfuerzos para conseguir que su padre se mantuviera en ese estado de ánimo, y confiaba, con la ayuda del backgammon, que era su juego de mesa preferido, lograr que pasara tolerablemente bien esa velada, sin que le asaltaran más pesares que los suyos propios. Greta tomó ese día de descanso en el trabajo, pero había decidido que tenía que hacer algo para encontrarle a su padre una sustituta de Vivien. Y pensó que no iba a ser fácil encontrarla. Le puso a su padre sobre la mesa el juego de tabla; pero inmediatamente llamaron a la puerta y Greta la abrió entrando una visita que lo hizo innecesario.

Edgar, su antiguo colega y profesor de instituto, y hombre de muy buen criterio, de unos treinta y seis años, no sólo era viejo e íntimo amigo del profesor, sino que ahora se hallaba particularmente concernido con la familia y con Greta, porque era el hermano de Jacobo, el reciente marido de Vivien.

Seguía viviendo en el mismo bloque de pisos, en una de las plantas superiores, y siempre gustaba de hacer una visita, cuando volvía del trabajo, para preguntar por su amigo y contarle las últimas novedades académicas. En verdad, siempre era bien recibido, pero esta vez era mejor recibido que nunca, ya que venía a llenar el vacío que Greta y

su padre sentían en aquellos días.

Después de varios días de ausencia y después de la hora de cenar bajó a ver a su amigo Federico. Edgar era un hombre alegre que siempre levantaba los ánimos; y sus numerosas preguntas acerca de cualquier reflexión o cualquier tema de literatura o sociología, todas eran contestadas, y, pasaban también revisión a las noticias del día. Mientras terminaban de compartir las novedades de ese día, Federico le agradecía su visita con palabras de aliento.

—Edgar, siempre eres muy amable al venir a visitarnos. En verdad, hoy hace una noche espléndida con una hermosa luna.

—Sí, hace una noche templada. Sin duda, ya está mejorando el tiempo. Por cierto, no os he preguntado por cómo lleváis lo de la ausencia de Vivien, tras su boda con mi hermano. Sé que ellos están bien. Creo que me doy cuenta de la clase de alegría que los dos debéis sentir, y por eso no os lo he preguntado lo primero. Pero espero que todo haya pasado sin más complicaciones. ¿Qué tal os encontráis? ¿Quién ha llorado más?

—¡Ay pobre Vivien! ¡Qué pena!

—Si me lo permites —arguyó filantrópicamente Edgar—, sería mejor decir pobre Federico y pobre Greta; pero lo que no me es posible decir es "pobre Vivien". Yo os aprecio mucho a vosotros, pero cuando se trata de una cuestión de dependencia o independencia… Sin ninguna duda, tiene que ser preferible complacer no más que a una persona, en vez de a dos.

—Sobre todo cuando una de esas dos personas es muy antojadiza y fastidiosa —dijo Greta bromeando—; ya sé que esto es lo que estás pensando… y que, sin duda, es lo que dirías si no estuviera delante mi padre.

—Lo cierto, niña, es que creo que esto es la pura verdad —dijo el padre suspirando—; temo que a veces soy muy antojadizo y fastidioso.

—¡Pero papá! ¡No vas a pensar que me refería a ti, o que Edgar te aludía a ti! ¿A quién se le ocurre semejante cosa? ¡Oh no! Yo me refería a mí misma. Ya sabes que a Edgar le gusta sacar a relucir lo defectos míos… en broma… todo es en broma. Siempre nos decimos mutuamente lo que queremos.

Efectivamente, Edgar era una de las pocas personas que podía ver defectos en Greta, y la única que le hablaba de ellos; y aunque eso a Greta no le era muy grato, sabía que a su padre aún se lo era mucho menos, y que le costaba mucho llegar a sospechar que hubiera alguien que no la considerase perfecta.

—Greta sabe que yo nunca la adulo —dijo Edgar—, pero no me refería a nadie en concreto. Vivien estaba acostumbrada a complacer a dos personas; ahora no tendrá que complacer más que a una. Por lo tanto hay más posibilidades de que salga ganando con el cambio.

—Bueno —dijo Greta, deseosa de cambiar de conversación—, lo que tú quieres es que te hablemos de cómo hemos sobrellevado los momentos después de la boda… pero aquí no se ha visto ni una sola lágrima, ni tampoco una cara larga. ¡Oh no! Todos sabíamos que íbamos a vivir relativamente cerca, y estábamos seguros de vernos casi todos los meses.

—Mi hija Greta lo sobrelleva todo muy bien —dijo su padre—; pero, Edgar, la verdad es que ha sentido mucho perder a la pobre Vivien, y estoy seguro de que la echará de menos más de lo que se cree.

Greta volvió la cabeza dividida entre lágrimas y sonrisas.

—Es imposible que Greta no eche de menos a una compañera así —dijo Edgar—. No la apreciaríamos como la apreciamos, si supiéramos una cosa semejante. Pero ella sabe lo beneficiosa que es esta boda para Vivien; sabe lo importante que tiene que ser para ella tener asegurada una vida desahogada, y poder descansar después de muchos años trabajados. Y, por lo tanto, Greta no puede por menos de sentir tanta alegría como pena.

—Y te olvidas —dijo Greta— de otro motivo de alegría para mí, y no pequeño: que fui yo quien hizo la boda. Yo fui quien hizo la boda, ¿sabes?, hace dos años; y ver que ahora se realiza y que se demuestra que acerté cuando eran tantos los que decían que tu hermano no volvería a casarse. A mí esto me compensa de todo lo demás.

Edgar inclinó la cabeza ante ella. Su padre se apresuró a replicar:

—¡Oh, hija! Espero que no vayas a hacer más bodas ni más predicciones, porque todo lo que tú dices siempre termina ocurriendo. Por favor, no hagas ninguna boda más.

—Papá, te prometo que para mí no voy a hacer ninguna; pero me parece que debo hacerlo por los demás. ¡Es la cosa más divertida del mundo! Imagínate, ¡después de este éxito! Todo el mundo decía que tu hermano no se volvería a casar. Había sido militar, había estado en una guerra, y seguía siempre ocupado y envuelto en negocios con la India, o aquí con sus amigos, siempre tan bien recibido en todas partes, siempre tan alegre. Unos decían que el hijo no le dejaría. Sobre este asunto se dijeron las más solemnes tonterías, pero yo no creí ninguna. Siempre, desde un día que empezó a lloviznar, y se ofreció tan precipitadamente en nuestra calle, cuando íbamos de compras, a prestarnos su paraguas, no dejé de pensar en ello. Sí, desde entonces. Y después de ver el éxito que he tenido en este caso, no puedes suponer papá que lo deje de hacer.

—No entiendo lo que quieres decir con eso de “éxito” —dijo Edgar —. Éxito supone un esfuerzo. Hubieras empleado tu tiempo de un modo muy adecuado y muy digno, si durante estos dos últimos años hubieras estado haciendo lo posible para que se realizara esta boda.

¡Una ocupación admirable para una joven! Pero si es como yo imagino, como tú dices, y tus funciones se reducen a decirte a ti misma un día en que no tienes nada que pensar: "Creo que sería muy conveniente que Vivien se casara con Jacobo", repitiéndotelo a ti misma de vez en cuando, ¿cómo puedes hablar de éxito?, ¿dónde está el mérito? ¿De qué estás orgullosa? Tuviste una intuición afortunada, eso es todo.

—¿Y nunca has conocido el placer y el triunfo de una intuición afortunada? Te compadezco. Te creía más abierto. Porque puedes estar seguro de una cosa: una intuición afortunada nunca es tan sólo una cuestión de suerte. Siempre hay algo de talento en ello. Y en cuanto a mi modesta palabra de "éxito", que tanto me reprochas, no veo que esté tan lejos de poder atribuírmela. Tú has planteado dos posibilidades extremas, pero yo creo que puede haber una tercera: algo que esté entre no hacer nada y hacerlo todo. Si yo no hubiese hecho que tu hermano nos visitara y no le hubiera tentado en mil pequeñas cosas, y no hubiese allanado muchas pequeñas dificultades, a fin de cuentas quizá no hubiéramos llegado a este final. Creo que tú conoces a tu hermano lo suficientemente bien para comprender esto.

—Sí ya. Pero un hombre franco y sincero como mi hermano, y una mujer sensata y sin melindres, como Vivien, pueden muy bien dejar que sus asuntos se arreglen por sí mismos. Mezclándote te exponías a hacerte más daño a ti misma, que bien a ellos.

—Greta nunca piensa en sí misma si puede hacer algún bien a los demás —intervino el padre, que sólo en parte comprendía lo que estaban hablando—; pero, por favor, no hagas más bodas, son disparates que rompen de un modo terrible la unidad de la familia.

—Sólo una más, papá; se trata de una chica del centro de refugiados. Tengo que buscarle alguien que la proteja. Verás, es una chica muy especial. No es como las demás. Es muy inteligente. Procede de una buena familia y estudió en el instituto técnico de Siria. Ella es siria, sí. Ya sé que ellos tienen otras costumbres. Pero ella está aquí sola. Ha seguido estudiando en el instituto técnico, y pronto podría ser una ingeniera. Sólo necesita mejorar su nivel de inglés. Porque el inglés se necesita para desarrollar el lenguaje técnico. Lo cierto es que necesita ayuda. Ella es muy bella, tiene una belleza morena, una belleza rara y exótica, y unos ojos negros muy bondadosos y grandes. Tienes que conocerla. Yo la aprecio mucho, y ése es el único medio que tengo de hacerle un favor.

—Pero, niña. Si quieres tener una deferencia con ella no me importa que le pidas que venga a cenar con nosotros cualquier día. Eso será mucho mejor. Y confío que Edgar será tan amable de poder acompañarnos.

—Con muchísimo gusto, siempre que me lo pidas —dijo riendo

Edgar—; y estoy totalmente de acuerdo contigo en que será mucho mejor. Invítala a cenar, Greta, y muéstrale todo tu afecto con el pescado o con el pollo, pero deja que sea ella misma quien escoja a esa persona. Créeme, no sé qué edad ella puede tener, y lo sola que se sentirá, pero tendrá que echar de menos a su familia, y supongo que será musulmana y querrá volver con los suyos.

Capítulo 2

La efímera República Árabe Unida, creada entre 1958 y 1961 por la unión de Egipto y Siria (y brevemente Yemen), puede ser una muestra de la toma de conciencia que necesita una gran comunidad humana para regular las fuerzas sociales y religiosas. Pues nunca se ha creado un Estado fiscal y social, al estilo europeo, ni ha sido una zona donde ha existido justicia fiscal, ya que la riqueza ha sido apropiada por unos pocos.

Desde este punto de vista, la crisis migratoria de 2015, en la que Europa adoptó de manera temporal una política relativamente abierta con los refugiados de Siria, constituye un momento crucial y revelador de la recomposición de esos países. Aún así a esta crisis se opusieron con fuerza algunos países, denegando las cuotas de refugiados, que durante un tiempo contemplaron los dirigentes europeos, y, al mismo tiempo, estigmatizaron a algunos dirigentes acusándolos de subordinarse a los dictados de Bruselas, Berlín y París. Algunos de estos dirigentes en sus propios países simultáneamente intentaban presentarse con cierto éxito, como los mejores defensores de las clases populares y medias, promoviendo políticas sociales redistributivas, como las ayudas familiares, y estigmatizando la rigidez de los criterios presupuestarios de Bruselas. En definitiva, el posicionamiento ideológico se asemeja en algunos aspectos a un tipo de "social-nativismo".

Lo que es seguro es que ese tipo de enfrentamiento entre nacionalistas-conservadores y liberales-conservadores, que encontramos en gran medida en Hungría y, en otros países de Europa del Este, no tiene que ver mucho con el conflicto electoral izquierda-derecha "tradicional", entre socialdemócratas y conservadores, que existe en Europa occidental y en Estados Unidos.

Greta en el centro de refugiados recibía clases por parte de un profesor de historia moderna, que se encargaba de administrar las pautas y reflexiones ideológicas que dominaban en ese momento, e

instruía a las personas que trabajaban con refugiados, para que acometiesen su trabajo con el mayor conocimiento posible de la situación, para poder atacar los males de la situación política que se vivía.

Tomás era un gran comunicador e intentaba concienciar a sus alumnos en todo lo que podía ser un peligro de fractura entre las naciones. Él era un convencido internacionalista o federalista, a favor de una coalición más igualitaria y redistributiva.

—¿Habéis entendido lo que os estoy explicando?

—Sí —respondieron todos atendiendo a una gran pizarra donde aparecían los nombres de algunos países.

—Por el momento, constatemos que esta fractura entre liberales-conservadores y nacionalistas-conservadores no es simplemente una curiosidad de la Europa del Este poscomunista; sino que es uno de los escenarios posibles hacia los que podría dirigirse en un futuro la estructura del conflicto político y electoral, en gran número de democracias electorales occidentales. Todo esto se deduce de los acontecimientos recientes, tanto en Francia y en Estados Unidos, como, por ejemplo, en Italia.

—¿Y qué quiere decir eso? ¿Cómo se puede interpretar esa situación a la larga, sobre todo, en relación con la cuestión de Oriente Próximo? —preguntó Greta alzando la mano para ser vista.

—Se trata de ver cómo el conflicto ideológico es algo que sigue y que cierra cualquier horizonte de reducción de las desigualdades socioeconómicas, y que abre el espacio a conflictos identitarios, que puede conducir a este tipo de escenarios. Sólo la construcción de un nuevo horizonte igualitario con una aspiración universal e internacionalista puede permitir superar estas objeciones.

Frente a cualquier posibilidad de economía justa, el sentimiento que el fin del comunismo había traído, a comienzos del siglo XXI, había alimentado los repliegues identitarios, y, sin embargo, debía ser superado de alguna manera.

El fin del colonialismo había conducido al desarrollo de nuevas relaciones económicas y migratorias menos desiguales que en el pasado, entre las diferentes partes del mundo; pese a todo, el sistema mundial seguía siendo muy jerárquico e insuficientemente social y democrático, de modo que estas relaciones habían engendrado nuevas tensiones entre países, como en el interior de los mismos.

Greta sabía todo esto. Ella y su amiga turca Sonay, que era trabajadora social, tenían buena relación entre ellas y llevaban bien su trabajo. Fundamentalmente cuidaban del mantenimiento del centro, así como de organizar el trabajo y hacer de intérpretes de los inmigrantes. Pero también debían supervisar y mantener un comedor social, y cuidar de las viviendas que se ofrecían a los refugiados, y el

que estuvieran en perfectas condiciones de habitabilidad.

Pero lo que pasaba con las desigualdades a escala regional e internacional, era siempre la pregunta del día, porque tenían que transmitir fuerza y seguridad a las personas refugiadas, para que siguieran confiando en ellos, que eran sus cuidadores y protectores. Y el conflicto podría estar dentro o estar fuera de esos mismos países.

Greta, a veces, se quedaba un rato con Tomás y charlaban del panorama político. Y aquel día además se había sumado Lissi, que era la refugiada siria. Ella estaba perfeccionando el inglés y recibía clases de un profesor particular. Pero, muchas veces, cuando terminaba sus clases se quedaba hablando con Greta, y se sumaba a las reuniones con ella también, ya que se podía invitar a todas las personas interesadas que quisieran.

—¿Y cómo has visto tú la cuestión? —le preguntó Greta a Lissi en el momento en que la lección de Tomás había ya terminado.

—No sé. Evidentemente hay mucha tensión y por las armas ése no es el método. ¿Cómo convencerlos de otro método?

—Si los ejércitos occidentales —respondió Tomás— no hubieran desalojado a las fuerzas iraquíes en 1991, con el fin de restablecer la soberanía del emir de Kuwait sobre ese territorio y sus recursos petrolíferos (así como los intereses de las compañías estadounidenses y europeas), es probable que el proceso de redefinición de las fronteras regionales no se hubiera detenido ahí. En el interior del Islam, el régimen chií iraní no es el único actor que denuncia la corrupción de las petromonarquías y su connivencia sabidamente con los occidentales. También los ciudadanos suníes, en su mayoría pacifistas y con dificultades para hacerse oír (cuando tienen derecho a ello), también comparten este discurso, al igual que hacen grupos terroristas que ocupan una parte importante de la actualidad mundial de las últimas décadas (como las organizaciones Al Qaeda y Daesh, en especial). Conviene destacar que el régimen iraní, a pesar de su discurso, se caracteriza también por una gran opacidad en el reparto de la riqueza. El Cuerpo de Guardias de la Revolución Islámica, o los llamados Pasdarán (“guardias”), directamente vinculado al guía supremo, constituye todo un Estado dentro del Estado y, según ciertas estimaciones, controla entre el 30 y el 40 por ciento de la economía iraní.

—Esos niveles tan extremos de desigualdad en todo Oriente Próximo, ya sabemos, sólo pueden engendrar más tensiones sociales.

—Sí, así es, Greta. Además basta recordar que la perpetuación de regímenes de este tipo reposa en aparatos represivos sofisticados y en la protección militar occidental, especialmente estadounidense.

—Aparte estas familias reinantes de saudíes, emiratíes y qataríes mantienen un discurso religioso bastante rigorista, sobre todo en

contra de las mujeres. Tal vez lo que desean es esconder sus ruindades financieras y desviar el discurso hacia otras cuestiones —agregó Greta con cierto enojo, mirando a Lissi.

—Sí, así va todo —dio Tomás—. Bueno, no tengo más tiempo. Ya sabes que de aquí tengo que ir al instituto, y hoy no me puedo escapar porque tenemos reunión electoral. Espero que la próxima podamos hablar más sobre el tema. ¿Cómo vas con el inglés? Espero que bien.

—Sí, pero me está costando. Gracias que Greta me ayuda mucho.

—Bueno, no es tanto —respondió Greta sacudiendo la cabeza—. Eres una buena alumna que pone siempre mucho interés. Verás que, muy pronto, alcanzarás más fluidez.

Capítulo 3

Greta se había propuesto atraerla a Lissi, y aquel día, en el centro, tenía un interés especial por que ella pareciera contenta. Tenía una belleza y una bondad que podían ser admiradas. Así que la invitó a su casa para el fin de semana, y aprovechó además e invitó también a Tomás. Ya que Greta era una especialista en hacer un picadillo de pollo muy rico y, al mismo tiempo, haría una ensaladilla de gambas. Ellos ofrecieron llevar bebidas y algún snack. Greta ya era un personaje importante allí en el centro de refugiados, por lo que una invitación suya podía producir un poco de temor a Lissi, pero, al mismo tiempo, alegría… La modesta y agradecida Lissi sólo pudo expresar palabras de gratitud. Y estaba muy contenta de la afabilidad con que ella la trataba.

La intimidad entre ellas pronto fue un hecho. Rápida y decidida en sus medios, Greta no perdió el tiempo y la invitaba muy a menudo a su casa. Y a medida que su amistad aumentaba, aumentaba también el placer que ambas sentían de estar juntas. Desde los primeros momentos, ya había pensado en lo útil que podía serle como compañera de deporte y jogging en el parque. La suerte es que ella vivía cerca del centro y siempre que se veían quedaban para verse el fin de semana y a veces se quedaba incluso a dormir en su casa. A veces Greta salía a pasear con su padre, pero sus paseos se habían reducido mucho. Y no iba más allá del primer sendero del parque. Otras veces se unía a él Edgar. Y Greta terminaba invitándolo a cenar. Y si podía, llamaba a Tomás, que enriquecía el ambiente cultural de la comida con sus profundas reflexiones. Y en todos los aspectos que se sumaban, cuanto más Greta trataba a Lissi, más la satisfacía, y más se reafirmaba en sus afectuosos propósitos.

Evidentemente, Lissi tenía un carácter dulce y era dócil y agradecida; carecía de todo engreimiento, y sólo deseaba ser guiada por alguien a quien pudiese considerar superior. En realidad, ella necesitaba alimentar su inteligencia con otra inteligencia similar. Aún

cuando su mente estaba acostumbrada a estudiar técnicas, no quería desviarse tampoco de estos planes por complacer a su amiga. Pero aquel afecto, en sí, alimentaba también su inteligencia y avivaba el brillo de sus ojos y parecía más bonita. Al mismo tiempo, Greta tenía un tipo de belleza clásica que contrastaba con la de ella. Era algo bajita de ojos avellana y cabello rubio largo con ondas. Tenía una gracia y finura y, al mismo tiempo, encanto y bondad. Lo espontáneo de su inclinación por Lissi mostraba un temperamento muy afectuoso. Su capacidad de apreciar lo que era elegante e inteligente, y su afición al trato de personas, independientemente de su origen o religión, demostraban que no estaba exenta de una capacidad especial para el talento y para el buen gusto. Greta estaba plenamente convencida de que Lissi era la amiga que necesitaba. Y exactamente también podría recomendarla para que trabajase en su casa, como cuidadora de su padre. Pues a su padre también le gustaba. Y aunque ella, en verdad, tenía que estudiar no le vendría mal aceptar algún tipo de trabajo temporal. En verdad, eso era lo que ella estaba buscando. También lo consultó con Sonay y con Tomás, y ninguno de ellos se opusieron, sino que lo recomendaron.

El afecto de Greta estaba basado no sólo en la gratitud y la estimación, sino que apreciaba a Lissi como a alguien a quien podía serle útil. Era distinto que la amistad que sentía con Vivien, por quien ya no podía hacer nada, pero por Lissi podía hacerlo todo.

Su primer intento para serle útil consistió en intentar saber quiénes eran sus padres; pero Lissi no se lo dijo. Era evidente que no se llevaba bien con ellos, y que sólo se trataba con su madre y a escondidas podían llamarse o verse por internet. Ella había contradicho los deseos de su padre de casarla con una buena familia suní. Pero el terror de la guerra, y no sólo sus deseos, los habían terminado separando. Y una vez ella vio la oportunidad de escapar de su país, con otros jóvenes estudiantes como ella, se prestó enteramente a esa nueva situación y se arriesgó. Lo que más quería era huir de ese ambiente de destrucción y de guerra del conflicto chiíta y sunita. Lo demás le importaba poco. Sólo lamentaba no poder ver o estar con su madre. Sólo eso. Pero se llamaban en secreto y cuando podían.

Lissi carecía de curiosidad en torno a lo que pudieran decirle de sus padres en el centro de refugiados. Había puesto una cortina de humo. Incluso se daba cuenta que de revelarle la verdad algún día podría encontrarse con la noticia de que sus padres o sus hermanos estaban muertos. Por esa razón, Greta no se preocupó de preguntar o averiguar nada más.

Mientras había estado en el centro, terminando sus estudios de ciencias técnicas y mejorando su inglés, había hecho amistad con otro chico árabe iraní. El había escapado también de la presión de su

gobierno, pero lo que le había hecho escapar, en su caso, había sido su capacidad intelectual para estudiar las nuevas tecnologías. Era un alumno brillante y destacaba en todas las asignaturas. Ella lo había conocido después de coincidir en la misma clase y porque habían pasado dos meses de vacaciones en una escuela de verano en la playa. Allí se habían conocido mucho mejor, y él la había invitado a pasear muchas veces y a estudiar y leer libros técnicos. Aun así, aunque se habían gustado, ninguno de los dos se había precipitado en más intimidades, puesto que vivían en grupos de estudiantes y normalmente las chicas iban con las chicas. Con todo les habían dejado charlar entre ellos, y habían compartido sus pensamientos por sus países y también por los otros.

En realidad, este chico, Mahmud ocupaba gran parte del pensamiento de Lissi. Le gustaba describir las delicias de la playa y del encanto del sitio que habían compartido en el verano. Greta la incitaba a charlar, divertida por la descripción que hacía, con la ingenuidad juvenil y el entusiasmo con el que hablaba de aquel género de vida junto a un pueblecito de la playa. Describía la situación del pueblo, los salones de reunión, el gran comedor de la escuela, sus paseos por la playa y por un mar muy azul. También tenían un pabellón de deporte en la escuela y podían practicar tenis y baloncesto, aunque ella no era muy buena en ello y prefería jugar al ajedrez.

Greta había empezado a imaginarse la situación pero cuando descubrió la importancia que Mahmud tenía en el relato, y de que estaba soltero y de que siempre lo mencionaba con elogios por su gran bondad en hacer tal o cual cosa, sospechó que podía haber algún riesgo para su amiga, tras toda aquella hospitalidad, de estar enamorada de él, y pensó que si ella no velaba por ella, se podía precipitar en una relación que de ningún modo le convenía. Pues en ese momento lo que ella quería es que se integrase más en la vida normal, no con otros inmigrantes, sino con la sociedad, en general, que era quien tenía los medios para que ella pudiera cambiar de vida.

Esta sospecha fue la que hizo que sus preguntas aumentaran en número, y fuesen cada vez más agudas; y, sobre todo, hizo que Lissi hablase más de Mahmud… y evidentemente ello no desagradaba a la joven. Lissi siempre estaba a punto de hablar de la parte que él había tomado en sus paseos a la luz de la luna y de las alegres veladas que habían pasado juntos jugando al ajedrez; y se complacía no poco en referir cuán buen carácter tenía y cuán amable era. Un día había dado un rodeo por los supermercados del pueblo para comprar unas nueces, porque ella le había dicho que le gustaban mucho… y en todas las cosas ¡era siempre tan atento! También le gustaban mucho las canciones, y un día habían compartido música en un tocadiscos de la

escuela. Ella le consideraba muy inteligente, incluso más que ella, en todo lo que tenía que ver con la informática y la tecnología, y su sueño era encontrar un buen trabajo y terminar la ingeniería, si pudiera lo antes posible. Ella creía que todo el mundo hablaba bien de él, y que tenía el respeto de sus profesores en la escuela.

Lo cierto es que Greta empezó a escamarse un poco más, y lo que parecía un riesgo se había convertido ahora en un peligro real para ella. Puede que Mahmud tuviese una gran cultura superior y accediese a estudios de gran nivel, pero la situación de refugiados en que estaban ambos se contradecía con todos los buenos augurios que ella predecía.

La pregunta siguiente fue:

—¿Qué aspecto tiene Mahmud?

—¡Oh! No es un chico guapo, no, ni muchísimo menos. Al principio me pareció muy corriente, pero ahora ya no me parece tan corriente. Al cabo de un tiempo de conocerle ya no lo parece ¿sabes? Pero ¿no le has visto nunca? Viene al centro bastante a menudo, y, por lo menos, una vez a la semana es seguro que pasa por allí. Has tenido que cruzarte con él muchas veces.

—Es posible, y quizá le haya visto cincuenta veces, pero sin tener ni idea de quién era. Porque en el centro yo atiendo a las mujeres sobre todo. Y esa es la razón de que no ha estado bajo mi interés.

—¡Oh! Sí, es probable que no te hayas fijado en él… pero él sí te conoce muy bien… quiero decir de vista.

—No dudo que sea un joven muy bueno y muy digno. La verdad es que sé que lo es. Y como tal le deseo mucha suerte en su carrera y en sus estudios. ¿Qué edad crees que puede tener?

—El día ocho del pasado junio cumplió veinticuatro años, y mi cumpleaños es el día veintitrés… ¡exactamente dos semanas y un día de diferencia! Qué casualidad, ¿verdad?

—Sólo veinticuatro años. Es demasiado joven. Ahora parece ser que vive bien, pero no tiene donde asentarse y la cosa no podría ser muy conveniente, si pensases en él tanto.

—Pero, Greta, un hombre de veinticuatro en mi país ya tiene la edad suficiente para formar una familia.

—Bueno, esa es la edad en tu país, pero no en este país. Te lo aseguro. A no ser que queráis regresar. Pero ya sabes, que tú ya no cuentas con el apoyo de tu familia, que ha renegado de ti. Ese es otro motivo que me hace desconfiar de que, en un futuro, tú pudieras relacionarte con un iraní y con una familia chiíta. Sabes que las relaciones de familia son lo primero en tu país. Piensa en ello. A mí me parece que no lo has pensado bien, hasta ahora, y que te has dejado llevar por los encantos.

—Desde luego tienes razón. Pero él vive muy bien ahora. Tú lo

puedes ver. Tiene ayuda para estudiar y para todo. Y supongo que no ha perdido el contacto del todo con su familia.

—Exactamente. Piensa que el día de mañana él querrá volver con los suyos.

—Sí, sí, tienes razón. Supongo que es así. Pero mientras tú frecuentes el centro, y tú seas tan amable conmigo, no tengo miedo de lo que otros puedan hacer.

—Lissi, comprendes muy bien lo que influyen las amistades. Y yo quisiera verte sólidamente establecida y que fueras independiente por ti misma. Y me gustaría verte bien relacionada y con amistades o amigos de un modo permanente… y para eso sería conveniente que tuvieses pocas amistades, pero éstas muy buenas y bien escogidas.

—Desde luego. Sí. Pero creo que Mahmud tiene una cultura elevada y suficiente. Sin embargo, no quiero decir con ello que te contradiga, yo estoy segura de que no sentiré deseos por él ni por nadie. Mi principal motivación es ser independiente, como tú dices. Siempre tendré mucho afecto por él o por los otros compañeros y compañeras del centro, y sentiría mucho ahora dejar de tratarlos. Pero claro está, si puedo evitar un malentendido o precipitar una situación que no me conviene ahora, es mejor evitarlo.

Greta estuvo analizándola a través de las fluctuaciones de este razonamiento, y no vio en ella síntomas alarmantes de amor. El joven había sido su primer amigo, aquí en el centro, pero ella confiaba que las cosas no habían pasado de ahí, y que no habría dificultades muy grandes como para que ella ya no pensase tanto en él. Incluso, ella pensaba en presentarle a alguien más, alguien que le inspirase mejor confianza.

Al día siguiente cuando se vieron en el centro, Lissi y Greta se encontraron con Mahmud, y fue el momento de presentárselo a Greta. Luego ella se retiró y ellos se quedaron hablando tan sólo por unos minutos. Pero Greta no se apartó demasiado lejos, y tuvo la ocasión de estudiar sus reacciones, desde la distancia, mientras ellos charlaban. Y su aguda mirada no tardó en formarse una idea suficiente. Su aspecto era el de un joven juicioso y pulcro y ordenado, no obstante, su persona carecía de otros encantos. Realmente parecía muy joven, y sin un carácter o una personalidad bien formada. Cuando lo comparó con el aspecto de otros de sus amigos, le pareció algo insensible y un poco tosco. Es como si llevase integrado el miedo de lo que había vivido en su país, y no pudiese ser natural o normal como los otros. Y parecía que no supiera ni lo que eran las maneras agradables.

Sólo estuvieron juntos unos minutos, y porque Lissi no podía hacer esperar a Greta, y porque él tenía que volver a sus clases. No obstante, Lissi se unió a su amiga un tanto confusa, pero con una sonrisa en su rostro, que Greta no tardó en interpretar debidamente.

—¡Piensa lo casual que ha sido encontrarle! ¡Qué coincidencia! Bueno, dime, ¿es como tú creías? ¿Qué te ha parecido?

—Confieso que lo imaginaba de otra manera. Pero parece un poco afectado en sus maneras, quiero decir que no es natural.

—Desde luego, es un poco tímido y le cuesta coger confianza.

—Ya pero me parece que no es sólo falta de confianza. Es una cuestión de educación y de sensibilidad sobre todo. Parece que tuviera miedo a expresar sus verdaderas emociones. ¿No te parece? ¿No te ha llamado la atención esto?

—La verdad, no sé. Desde luego, no es como vosotros. Nosotros pertenecemos a otra cultura. Veo muy bien la diferencia, Greta. Pero sentir que él es inferior por eso. No sé. Es lo mismo que yo soy.

—No, no me entiendes. Nunca he querido decir que él sea inferior a ti, pero sí me refiero a que con él nunca vas a poder integrarte en nuestra sociedad, porque parece una persona con la mente algo cerrada. Compara sus maneras, su modo de hablar, de guardar silencio, con otros de nuestros amigos. A veces es sólo la educación.

—Bueno. Pero ¿en quién quieres que pienses? Tomás es algo mayor. O, por ejemplo, tu amigo Edgar me parece que también ya va para mayor. Aunque aun sea joven de espíritu.

—Eso es exactamente de lo que se trata. De lo que se es en espíritu. Y cuánta más edad tiene una persona más educado y formado tiene que ser ese espíritu; y más importante es que tenga buen carácter y buenas maneras… y cualquier falta de tono es más notoria, una grosería o una torpeza destacan más. Lo que es tolerable en un espíritu rudo y no cultivado, se vuelve intolerable en un espíritu joven y puro, aunque sea maduro. La madurez para mí es la mejor prueba de la constancia y el verdadero carácter. No te puedes confiar a la primera impresión.

—Sí, es así, la verdad es que no sé como él será cuando sea mayor. Pero se advierte que le preocupan otras cosas, porque le recomendé la lectura de un libro y se ha olvidado de buscarlo en la biblioteca.

—Exactamente, sólo está preocupado por su carrera y sacar sus estudios, como los chicos de ahora, y no le importa cuidar su espíritu o desarrollar una sensibilidad superior. Pero, en fin, eso es un mal de nuestra época en general. Parece poco refinado. Es verdad, eso es lo único que yo le veo, si lo comparo con los otros amigos.

—Pero yo creo que es sensible, pero lo esconde. Me extraña, en verdad, que se olvidara del libro —fue todo lo que respondió Lissi, y en su voz había un matiz de profunda contrariedad, en la que Greta no quiso intervenir. Por lo tanto, dejó pasar unos minutos en silencio, y luego recomenzó:

—Bueno, ahora tenemos que ir a las clases de Tomás. Él, por ejemplo, tiene unas maneras muy delicadas. No sé si te has fijado en

él. Podrían considerarse como más modélicas. En Edgar hay una franqueza, una vivacidad, casi una brusquedad, que en él todo el mundo encuentra bien, porque responden a lo expansivo de su carácter… Aunque esa llaneza, ese aire imperioso y resuelto, a Edgar le sienta muy bien, también pasa igual con Jacobo, aunque cualquiera que pueda imitarles puede resultar insufrible. Y sólo su situación en la vida, su aspecto personal te puede permitir hacerlo. Por el contrario, Tomás es tan correcto y tan amable que cualquiera pudiera tomarle por modelo e imitarle.

—Sí, tiene buen carácter y es amable.

—Sí, y me parece que en estos últimos tiempos se muestra especialmente amable. No sé si tiene el propósito de llamar la atención de alguna de las dos, Lissi, redoblando sus amabilidades, pero me sorprende que sus maneras sean ahora más delicadas de lo que eran antes. Si algo se propone tiene que ser agradarte. ¿No te dije lo que había dicho de ti el otro día?

Y entonces repitió una serie de calurosos elogios que Tomás había hecho de su amiga, sin omitir ni inventar nada; y Lissi se ruborizó y sonrió, y dijo que siempre había creído que Tomás era muy agradable.

Tomás era precisamente la persona en quien Greta había puesto sus esperanzas para que Lissi pudiera olvidar al joven iraní. Temía que fuese algo que no se ajustara del todo a los propósitos de ella, o en lo que los demás pudieran pensar o predecir. Pero le parecía que podían formar una bonita pareja, y una pareja actual y multicultural.

Sin embargo, lo que era más probable es que a nadie más se le hubiera ocurrido antes que a ella, ya que la idea la había tenido la primera vez que Tomás fue invitado a cenar a su casa. La verdad es que Greta suponía que siempre era más ventajosa una situación donde el hombre poseía una posición económica decorosa y real. Hoy día esto empezaba a ser valorado más por las propias mujeres, dada la situación difícil de precariedad para el trabajo. Y por su educación Greta confiaba más en personas de cultura y experimentadas. Era lo que había pasado también con su amiga Vivien, y ella lo había atribuido a un éxito, pero lo había sido porque las condiciones que se daban lo hacían posible.

Greta estaba satisfecha de que él encontrase atractiva a Lissi, y confiaba que contando con que se encontraran frecuentemente en el centro o en su casa, en principio aquello bastaba para interesar a Tomás; y en cuanto a Lissi, no cabía apenas la duda de que la idea de ser admirada por él, tendría la influencia y la eficacia que tales circunstancias solían tener.

Y es que él era realmente un joven ya maduro, pero alguien muy agradable y culto, al mismo tiempo, un hombre que debía gustar a cualquier mujer que no fuera superficial o melindrosa. En verdad, se

le consideraba un hombre atractivo; su persona en general era muy admirada. Tal vez, Greta podía admirarle pero echaba de menos una distinción en sus facciones, tenía algo que le oscurecía, como si fuera una persona muy reconcentrada y estudiosa, pero, de otro modo, ella pensaba que si Lissi podía sentir agradecimiento por Mahmud, porque él le llevase nueces después de buscarlas por un largo recorrido, bien podía también ser conquistada por la admiración de Tomás.

Capítulo 4

-N

o sé qué opinión tienes, Vivien —dijo Edgar— acerca de la gran intimidad que hay entre Greta y Lissi, pero a mi entender no es nada bueno.

Edgar solía charlar con su cuñada cuando visitaba a su hermano y normalmente compartían todo lo nuevo acerca de Greta, ya que había sido hasta ahora su mejor amiga y confidente.

—¿Nada bueno? ¿Crees que es algo malo? ¿Y por qué?

—No creo que sea beneficioso para ninguna de las dos.

—¡Me sorprendes! Greta puede hacer mucho bien por Lissi; y al proporcionarle un motivo de interés puede decirse que Lissi le hace un bien a Greta. Yo veo su amistad con una gran satisfacción. ¡En eso sí que opinamos de modo distinto! ¿Y dices que ninguna de las dos va a salir beneficiada? Edgar, sin duda este será el comienzo de una de nuestras discusiones acerca de Greta…

—Tal vez pienses que he venido con el propósito de discutir contigo, sabiendo que mi hermano no llega hasta más tarde, y que tú deberías defenderte sola.

—Sin duda alguna Jacobo me apoyaría si estuviera aquí, porque, sobre este asunto, opina exactamente lo mismo que yo. Ayer mismo hablamos de ello, y estuvimos de acuerdo en que Greta había tenido mucha suerte de que hubiera en el centro una muchacha así, que pudiera frecuentar y, al mismo tiempo, estar en su casa al cuidado de su padre. Edgar, no creo que seas buen juez en este caso y me extraña en ti, que eres un profesor de sociología. Estás tan acostumbrado a vivir solo, que no sabes apreciar lo que vale la compañía; y quizá ningún hombre sería buen juez cuando se trata de valorar la satisfacción que proporciona a una mujer la compañía de alguien de su mismo sexo, después de estar acostumbrada a ello durante toda su vida. Ya me imagino la objeción que puedes poner a Lissi: no es una joven en la misma situación social, ni cultural ni religiosa que Greta. Pero por otra parte, Greta quiere integrarla más y para ella misma será un incentivo en los logros de su trabajo. Estudiarán juntas; y sé que eso es lo que se propone.

—Greta se ha propuesto estudiar cada vez más. Ella ya tiene su carrera terminada, pero yo le dije que hoy día no era suficiente con hacer una carrera, y que debía de hacer un máster también en

lenguas, pero no me hizo caso, y se conformó con el trabajo de la organización de refugiados, un trabajo que está muy mal pagado y en donde emplea muchas horas. Pero yo ya he perdido toda esperanza de que Greta se atenga a un plan de estudios. Nunca se someterá a nada que requiera esfuerzo y paciencia, una sujeción del capricho a la razón. Donde nada pudieron los estímulos de profesores que tuvo en el pasado, puedo afirmar, sin temor a equivocarme, nada podrá el influjo de Lissi.

—Yo diría —replicó Vivien— que antes tenía una opinión de Greta, de que no se dejaba llevar por los deseos de nadie, pero desde que me casé no me es posible decir eso ya más, y ella siempre quiso satisfacer los deseos de todos, y acoplarse lo mejor posible a todos y conservar el cariño de su padre. Es cierto que no parece una joven como las demás, ella no ambiciona poder aspirar a un cargo mejor, ni mejor pagado.

—Comprendo que no quieras evocar recuerdos malos de Greta ahora que habéis las dos tomado destinos diferentes —dijo Edgar vivamente.

Permaneció en silencio durante unos momentos, y, en seguida, Vivien añadió una objeción a su cuñado:

—A Greta le ha perjudicado ser la más inteligente de su familia. Siempre ha sido más rápida que su hermana contestando a las preguntas y ha estado más segura de sí misma. Su hermana ha sido lenta e indecisa. Y esto puede ser una cierta desgracia dependiendo del modo como se mire. Porque ella se ha considerado la dueña de su casa, desde que su madre faltó, y de todos nosotros con su decisión. Con su madre perdió la única persona capaz de hacerle frente. Ha heredado el talento de su madre, y si ella hubiera vivido ella se hubiera educado tal vez de otro modo.

— Tú has sido su mejor amiga e influencia estos años, y estoy segura de que ella siempre te consideró como la mejor persona, porque estuviste en el lugar adecuado para ella.

—Sí —dijo Vivien sonriendo—. Mi lugar ahora es éste, y ella estuvo siempre de acuerdo con facilitarnos el camino a cada una. Pero ella nunca ha querido casarse y ha mantenido sus reticencias con el matrimonio. En realidad ella siempre ha querido estudiar y formarse lo mejor posible. Pero tal vez lo que ella busca, el tipo de felicidad que ella busca, no se encuentra simplemente en los libros o en un cargo de poder. Me consta que ella hubiese querido ser profesora de lenguas o algo de más categoría, pero hubo algo que la desilusionó del ambiente de los grupos y de los masters.

—Yo no hago más que mencionar posibilidades. No pretendo tener la intuición de Greta para hacer predicciones y adivinar el futuro. Pero Lissi… como ves aún no he concluido, ni mucho menos, con Lissi. A mi entender no es una responsabilidad de Greta, sino del ministro de

inmigración. Lissi cree que Greta puede hacerlo todo y le atribuye más cualidades de las que tiene. Sólo le ha ofrecido un trabajo de turno partido, y por ciertos días, y ella es más joven, y quizá tenga otro tipo de talento ya que ha estudiado tecnologías. ¿Cómo puede Greta imaginarse que tiene que ofrecer algo a Lissi sin el consentimiento de otras autoridades en el centro? Creo que se está atribuyendo competencias que no le competen. Y al final puede redundar en un daño para Lissi y también para ella. Con ella, Lissi sólo conseguirá sentirse desplazada de los ambientes a los que ella pertenece. Adquirirá algo de refinamiento, de modernidad y de los caprichos de la hipermodernidad de nuestra sociedad, pero sólo los precisos para que se sienta incómoda con aquellas personas con las que tiene que vivir por su nacimiento y posición. Te lo digo, porque soy sociólogo, y porque he estudiado bastante acerca de los conflictos identitarios en nuestras modernas sociedades. Me equivocaría de medio a medio si lo que Greta le pueda transmitir, le otorga una personalidad más fuerte, porque ella es demasiado ingenua, y dudo que se adapte de un modo más racional a las diferentes situaciones que hoy plantea la vida. Lo único que logrará Greta será darle un poco de lustre pero nada más.

—Yo tengo más confianza que tú en el sentido común de Greta, o quizá me preocupo más por su bienestar de ahora; porque yo no lamento esta amistad. ¡Qué buen aspecto tenía la noche pasada!

—¡Oh! Veo que hablas de su persona y no de su vida interior, ¿no? De acuerdo; no pretendo negar que Greta estaba muy bonita.

—Lo cierto es que rebosa salud, no sólo en sus frescos colores, sino también en todo su porte, en su cabeza, en su mirada. A veces se dice de alguien que “parece que encarna de la lozanía”. Pues eso quiero decir. ¿No te parece, Edgar?

—Creo que es exactamente como la describes. Y yo añadiría aún este elogio: que no me parece que sea vanidosa. Da la impresión que no piensa mucho en ello, que no le importa que sea bonita. Su vanidad es por otras cosas. Y sigo pensando que no me complace su intimidad con Lissi, y que temo que una y otra salgan perjudicadas.

—Y yo, Edgar, también sigo sosteniendo que confío en que eso no será un mal para ninguna de las dos. A pesar de todos sus defectillos, Greta es una muchacha excelente. ¿Puede existir una hija mejor, una hermana más afectuosa y una amiga más fiel? No, no. Puede confiarse en sus virtudes; es incapaz de causar verdadero daño a alguien; no puede cometer un disparate que tenga importancia; por cada vez que Greta se equivoca hay cien veces que acierta.

—De acuerdo; no quiero importunarte más. Greta será un ángel, y yo me guardaré mis recelos. A veces pienso que os ciega el cariño que sentís por ella. Tanto tú, como su padre y su hermana. Yo soy un viejo amigo de su padre y la conozco desde hace algún tiempo, y por eso

creo que soy más imparcial.

—Te ruego que no lo tomes a mal y que no se haga de esto una larga discusión con su familia. Su padre aprueba esta amistad, y su hermana se alarma fácilmente y es más sugestionable, y no quisiera que se preocupase. Yo también he sido y lo soy su mejor amiga por muchos años. Te ruego que no se haga de esto algo más grande de lo que es; y suponiendo que encontráramos algún pequeño inconveniente en esta amistad, no es de esperar que Greta no pusiera fin a ella, mientras sea algo que la moleste.

—Tranquilízate, Vivien. No voy a provocar ningún alboroto. Me guardaré el mal humor. Siento un interés muy sincero por Greta. Pero tampoco puedo sentir más interés por ella, que el que siento por las personas que la rodean. Lo que siento es más una curiosidad, una ansiedad, dado que yo trabajo con grupos humanos y con colectividades culturales, como las que aquí están representadas. Y sinceramente me preocupa lo que pueda ser de ella.

—También a mí y mucho —dijo Vivien quedamente—. Greta siempre dice que nunca se casará, lo cual, por supuesto, no significa absolutamente nada. Yo no creo que haya encontrado aún a un hombre que atraiga su atención.

—Sí, le sería bien enamorarse perdidamente de alguien que la mereciese. Me gustaría verla enamorada, sin que estuviera segura de ser correspondida; le haría mucho bien.

—Y lo cierto es que ahora me parece aún menos decidida que antes a romper esta resolución —dijo Vivien—; porque la veo muy feliz con su trabajo. El formar una nueva relación, también le crearía problemas a su padre, que está cada vez más delicado. Y parece que pierde la atención y tiene problemas de memoria.

Parecía que Vivien acariciaba o tenía otros planes y proyectos de futuro para su amiga, pero no quería que nadie sospechase ahora de ellos. Por su parte, Edgar no tardó tranquilamente en cambiar de conversación, “¿Qué piensas del tiempo? ¿Crees que vamos a tener lluvia?”, y se convenció que él ya no podía barruntar más de los planes y proyectos de todo aquello.

Capítulo 5

Greta no tenía duda de que había estimulado bien la imaginación de Lissi, y que su instinto joven de vanidad se orientase hacia el buen camino, ya que advertía que la muchacha era mucho más sensible que antes a las palabras de Tomás y a sus gestos agradables. Y como no desaprovechaba ninguna oportunidad para hacer que Lissi se convenciese de la admiración que él sentía por ella, se la presentó de un modo sugestivo para que asistiera a sus clases, de forma que no tardó en estar segura de haber suscitado en la muchacha tanto interés como le era posible. Y aunque Greta dudaba de los sentimientos del joven Tomás, le hablaba de Lissi y la elogiaba con tanto entusiasmo que Greta no podía por menos de pensar que sólo con que pasase un tiempo más todo iba a ser perfecto. El que él se diera cuenta de los sorprendentes progresos que había hecho Lissi desde que frecuentaba sus clases, era una de las más gratas pruebas de su creciente interés.

—El clero chií aparece como la vía de resistencia al colonialismo en el siglo XIX. Entonces las potencias franco-británicas aspiraban al monopolio del tabaco, el ferrocarril y otros recursos naturales, pero se produjeron revueltas en Mesopotamia por una hambruna. Era un momento en que el Banco Imperial de Persia acababa de pasar a ser controlado por sus acreedores británicos, y el Banco Imperial Otomano estaba a su vez controlado por un consorcio franco-británico. Los occidentales, después del amotinamiento, retomarían el control más adelante, especialmente tras el descubrimiento del petróleo en 1908, con la ocupación de las ciudades iraníes por las tropas anglo-rusas en 1911, y el reparto franco-británico del Oriente Próximo otomano en 1919-1920. El clero chií se impuso entonces como la principal fuerza anticolonial y recogerá los frutos más tarde. Pero los Hermanos Musulmanes (suníes) son una fuerza que se funda en Egipto en 1928, y en lo sucesivo desarrollarán formas de servicios sociales y de solidaridad entre los fieles que guardan cierta relación con los cuasi Estados chiíes, con la diferencia de que estos últimos podían apoyarse en una jerarquía religiosa y en una clase clerical

mucho más estructurada. Bueno, hasta aquí podemos hacer una pausa, y luego continuamos con el resto de la historia, resumidamente. ¿Os resulta difícil entenderla?

Se oye una voz en general que dice que "sí". Pero luego alguien dice "un poco".

—Vale. Ya sé que es complicado. Lo importante es comprender lo que viene ahora para poder extraer de ahí las consecuencias de la violencia que todavía se mantiene en la zona. Poned atención ahora. Se intentó nacionalizar el petróleo, pero un golpe de estado de instigación estadounidense restauró en el poder al sah Muhammad de familias militares rebeldes, muy impopular por su nepotismo. Por lo que se volvió a imponer a Jomeini, que estaba exiliado. Y tras su muerte se impuso al atayola Jameini. Lo que es digno de destacar es la Constitución, que la nueva República Islámica de Irán instituyó en 1979, que dejaba bien atado el poder del clero.

Después de hablar del poder del clero y de que no se podía confundir a toda la clase religiosa con la Asamblea de expertos y teólogos, que eran los que realmente hacían o constituían el poder civil religioso y militar, Tomás dio por concluido ese tema. Pero no sin antes llamar la atención, como siempre hacía, sobre el conflicto nacional e identitario.

El fin del colonialismo y de la esclavitud produjo una ideología más igualitaria y movimientos más democráticos. Pero las divisiones socio-económicas son las que están detrás ahora de los conflictos étnico-raciales. En realidad, la dimensión étnico racial se ha intensificado, tanto en Estados Unidos como en Europa, donde los conflictos identitarios, y ligados a la migración, han ido cobrando importancia con el auge de partidos antiinmigrantes.

Después de pronunciada la lección, Greta y Lissi se quedaron atrás y esperaron a Tomás para charlar un rato con él.

—Me alegra saber que crees que he podido ser útil a Lissi —Tomás le dijo a Greta cuando hablaron de ella—. Pero, en verdad, sólo necesita un poco de orientación, recibir algunas indicaciones. Ya que tiene dulzura de carácter y no debe perderla, pero tiene que ser fuerte para poder integrarse con los demás, si no a la larga puede tener problemas, tanto si se queda aquí, como si decide volver.

—No, no creo que ella pueda volver. No tiene buena relación con su padre.

—Quizá, en ese caso, deba adquirir más decisión. Seguro que tú, Greta, puedes transmitírsela para que se sienta más autosuficiente.

—Sí, así lo hago —dijo Greta mirando a su amiga con una sonrisa en los labios.

—Ha tenido un buen modelo —dijo Tomás.

—Sí y también tiene un buen maestro en ti ¿no, Lissi?

—Sí. Es grato aprender con alguien así tan desinteresado.

—Yo no dudo de vuestra disposición y docilidad y buena voluntad para poner interés, y os lo agradezco.

Quedaron en que volverían a verse en la siguiente clase y en que tendrían que buscar un momento apropiado, para celebrar una cena en casa de Greta, junto con Lissi y sus otros amigos, Edgar, Vivien y su padre, que estarían presentes.

Capítulo 6

Como de costumbre, Lissi había llegado primero a dispuesta para iniciar su trabajo en casa de Greta. Lo primero era poner el desayuno a Federico y colmarlo con toda clase de atenciones para que no bajara en él el ánimo. Al cabo de un rato tuvo que volver al centro, porque tenía allí una clase de inglés. Aquel día era especial porque daban las notas del trimestre. Pero todo había ido bien para ella. Apenas se dirigía a volver a la casa de Greta, cuando se encontró con Mahmud, quien se alegró mucho de verla. Le dijo que la había estado buscando, porque había copiado en inglés la letra de dos canciones que a ella le gustaban mucho de un cantante muy especial, que durante las vacaciones de ese verano habían disfrutado. Ella se lo agradeció sinceramente y le pidió que la excusase, porque tenía que volver a la casa de Greta para cuidar de su padre. Pero le prometió que leería las canciones y que tendrían que cantarlas juntos en un karaoke.

Cuando Lissi volvió, Greta ya había llegado de su trabajo también, y compartieron juntas algunas tareas de la casa, como limpiar el polvo y el cuarto de baño, y hacer algún preparativo para la cena; así como Greta tuvo que salir para hacer la compra.

Mientras Greta salió, Lissi abrió la carta de Mahmud y encontró en ella las canciones escritas con una letra muy espaciada y bonita. Pero, a continuación, añadida a las canciones se encontraba una hoja más. Se trataba de una carta para ella. Empezó a leerla y no podía dar crédito a lo que allí decía. Esta carta declaraba su amor sincero por ella y le pedía que se casase con él, pues ya había terminado sus estudios de ingeniero, y ya había varias empresas interesadas en contratarle para trabajar, y se trataba de un buen trabajo con un buen salario. El quería cuidar de ella y podría hacerlo a partir de ahora, al mismo tiempo que podría alquilar alguna casa de una o dos habitaciones. Pero lo importante era que él la quería y que le entristecía la separación que había puesto ella con él tras regresar del verano, y que él quería volver a charlar con ella y renovar la antigua amistad que tuvieron antes en la casa de verano. Le decía que le

causaba tristeza y dolor la separación, pero que entendía que era necesario ya que ella también debía terminar su carrera y buscar un mejor trabajo, y que él nunca se opondría a ello sino que la apoyaría en todo.

No tardó Greta en llegar de la compra cuando se encontró que su amiga la miraba con una especie de entusiasmo especial, casi con alegría y con vergüenza a la vez.

—¡Quién hubiera podido creerlo! Mira, Greta, es una carta que he recibido hoy de manos de Mahmud, cuando me lo he encontrado en el centro. Es una carta muy bonita y atenta, o al menos a mí me lo parece. No sabes lo sorprendida que me he quedado, porque acabo de leerla y contiene una proposición de matrimonio en toda regla. Sí, sí, toda una proposición… y no sé lo que tengo que hacer, por eso te pregunto qué tengo que hacer…

Greta casi se avergonzó de su amiga, al ver que parecía tan complacida y dudosa.

—¡Vaya! —exclamó—. El joven está decidido a no dejarse perder nada por timidez. Por encima de todo quiere relacionarse bien.

—¿Quieres leer la carta? —Preguntó Lissi—. Te lo ruego. Me gustaría tanto que la leyeras.

Greta no se hizo rogar mucho. Leyó la carta y quedó asombrada. La carta estaba mucho mejor redactada de lo que esperaba. No sólo no había ningún error gramatical, sino que su redacción no hubiera hecho desmerecer a ningún nativo lingüista. El lenguaje, aunque llano, era enérgico y sin artificiosidad, y la expresión de los sentimientos decía mucho en favor de quien la había escrito. Era breve, pero revelaba buen sentido, un intenso afecto, liberalidad, corrección e incluso delicadeza de sentimientos. Se demoró leyéndola, mientras Lissi la miraba ansiosamente esperando su opinión, y Greta la leía murmurando:

—¡Vaya, vaya!

Hasta que, por fin, no pudo contenerse y Lissi añadió:

—Es una carta bonita ¿no? ¿O quizá te parece demasiado corta?

—Sí, la verdad es que es una carta muy bonita —replicó Greta con estudiada lentitud—, tan bonita, Lissi, que, teniendo en cuenta todas las circunstancias, creo que ha tenido que ayudarle alguien a escribirla. Apenas puedo concebir que el joven, que vi el otro día hablando contigo, se exprese tan bien sin ayuda de nadie. Desde luego es demasiado enérgico y conciso. No es suficientemente difuso, para ser escrito por una personalidad insegura o débil. Pero, sin duda, es un hombre de sensibilidad, y admito que puede tener un talento natural para escribir. Piensa de un modo directo... y cuando coge el bolígrafo sabe encontrar las palabras adecuadas para expresar sus pensamientos. Sí, eso les ocurre a ciertos hombres. Sí, ya me hago cargo de cómo es

su manera de ser. Enérgico, decidido, no sin cierta sensibilidad, sin la menor grosería. Lissi —añadió devolviéndole la carta— está mejor redactada de lo que esperaba.

—Sí —dijo Lissi, que seguía aguardando algo más—. Sí… y… ¿qué tengo que hacer?

—¿Que qué tienes que hacer? ¿Qué quieres decir? ¿Te refieres a esta carta?

—Sí.

—Pero ¿cómo es posible que dudes? Desde luego tienes que contestarla… y además en seguida.

—Sí. Pero ¿qué le voy a decir? ¡Greta, aconséjame!

—¡Oh, no, no! Es mucho mejor que la carta la escribas tú sola. Te expresarás con mucha más propiedad, estoy segura. No hay ningún peligro de que no te hagas entender, y eso es lo más importante. Tienes que expresarte con toda claridad, sin vaguedades ni rodeos. Y estoy segura de que todas esas frases de gratitud, y de sentimiento por el dolor que le causas, y que exige la urbanidad, se te ocurrirán a ti misma. No necesitas que nadie te aconseje para escribirle, lamentando la decepción que le causas.

—Entonces ¿tú crees que tengo que rechazarle? —Lissi preguntó bajando los ojos.

—¿Que si tienes que rechazarle? ¡Pero Lissi! ¿Qué quieres decir con eso? ¿Es que tienes alguna duda? Yo creía… pero, en fin, te pido mil perdones, porque tal vez estaba equivocada. Desde luego, si dudas acerca de lo que tienes que contestar, es que yo te había comprendido mal. Yo me imaginaba que sólo me consultabas sobre la manera de redactar la contestación.

Lissi callaba. Greta, adoptando una actitud más reservada, prosiguió:

—Según veo piensas darle una contestación favorable.

—No, no es eso; quiero decir yo no quiero… ¿Qué tengo que hacer? ¿Qué me aconsejas que haga? Por favor, Greta, mi amiga, dime qué es lo que debo hacer…

—Lissi, yo no puedo darte ningún consejo. No tengo nada que ver con eso. Esta es una cuestión que debes decidir tú sola, según tus sentimientos.

—Yo no tenía ni la menor idea de que le atrajese tanto —dijo Lissi, contemplando la carta.

Por unos momentos Greta siguió guardando silencio; pero empezó a comprender que el halago seductor de aquella carta podía llegar a ser demasiado poderoso, y pensó que era preferible intervenir:

—Lissi, para mí hay una norma general que es la siguiente: si una mujer duda si debe aceptar o no a un hombre, lo evidente es que debería rechazarle. Si puede llegar a dudar de decir “sí”, debería decir

“no”, sin pensárselo más. El matrimonio no es un estado en el que se pueda entrar tranquilamente con sentimientos vacilantes, sin tener una plena seguridad. Creo que es mi deber, como amiga tuya, y también por tener algunos años más que tú, el decirte todo esto. Pero no creas que quiera influir en tu decisión.

—¡Oh, no! Estoy tan segura de que me quieres demasiado para… Pero, sólo si pudieras aconsejarme qué es lo mejor que podría hacer… No, no, no quiero decir eso… Como tú dices, debería estar completamente segura… No se puede vacilar en estas cosas… Es algo demasiado serio… Quizá será más seguro decir que no; ¿crees que hago mejor diciendo que no?

—Nunca —dijo Greta sonriendo graciosamente— te voy a aconsejar que tomes una u otra decisión. Tienes que ser tú el mejor juez de tu propia felicidad. Si prefieres a Mahmud más que a cualquier otra persona; si te parece el hombre más agradable de todos los que has tratado, ¿por qué dudas? Te ruborizas, Lissi. ¿Es que en este momento piensas en algún otro a quien convendría mejor esta definición? Lissi, Lissi, no te engañes a ti misma; no te dejes llevar por la gratitud y la compasión. ¿En quién piensas en este momento?

Los indicios eran favorables… En vez de contestar, Lissi volvió la cabeza llena de turbación, y se quedó pensativa; y aunque seguía aún con la carta en la mano, la iba arrollando maquinalmente, sin mirarla. Greta esperaba el resultado con impaciencia, pero no sin grandes esperanzas. Por fin, con voz vacilante, Lissi dijo:

—Greta, ya que no quieres darme tu opinión, procuraré expresar la mía lo mejor que sepa; estoy totalmente decidida, y la verdad es que casi me he hecho a la idea… de rechazar a Mahmud. ¿Crees que hago bien?

—Haces muy bien, querida Lissi, te aseguro que haces muy bien; haces lo que debes. Mientras estabas vacilando, yo me reservaba mis sentimientos, pero ahora que te veo tan decidida, no tengo ningún inconveniente en aprobar tu actitud. Querida Lissi, no sabes cuanto me alegro. Me hubiera apenado mucho perder tu amistad y dejar de tratarte, y esta hubiera sido la consecuencia de que te casaras ahora. Mientras te hubiera visto dudosa, aunque hubiera sido en lo más mínimo, no te hubiera dicho nada acerca de esta cuestión, porque no quería influirte; pero para mí hubiera significado perder a una amiga. Porque tal vez te irías a vivir muy lejos o ya no podría ir a visitarte o tú venir del mismo modo. Ahora ya estoy segura de no perderte.

A Lissi no se le había ocurrido pensar en aquel peligro, pero entonces la sola idea la dejó muy impresionada.

—¿Que no hubieras podido visitarme? —exclamó horrorizada—. Seguro que hubiéramos encontrado algún medio. Pero Greta yo no iba a vivir en ningún gueto de musulmanes. Tú sabes que yo soy muy

liberal para las ideas religiosas. Hubiera sido horrible. ¿Y eso iba a ser la solución de mi vida? ¿En qué mundo voy a poder vivir? Yo no hubiera podido renunciar al placer de tu amistad.

—Sí, Lissi, yo no creo que Mahmud vaya a vivir tan lejos si es ingeniero y, en verdad, es alguien privilegiado en su situación. No pensemos ahora en eso. Pero claro que se me tiene que pasar por la mente algo así. Hay muchas personas refugiadas que yo ya no he vuelto a verlas más, cuando han pasado por el centro.

—Pero no yo. Yo no hubiera podido soportarlo.

—Hubieras perdido oportunidades para seguir con tus propios estudios y me gustaría que los terminases. Ese Mahmud debe tener muy buena opinión de sí mismo, cuando te ha pedido algo así.

—Tampoco creo que sea un engreído —dijo Lissi, cuya conciencia se oponía a esta censura—; sea como sea, es una persona de intenciones rectas, y yo siempre le estaré muy agradecida y pensaré en él con afecto… Pero esto es una cosa, y casarse con él otra… Y además, aunque yo pueda atraerle, eso no quiere decir que yo vaya a… y desde luego tengo que confesar que desde que vengo al centro he conocido a más personas… y si me pongo a hacer comparaciones, me refiero a la apostura y al trato, pues desde luego que no hay comparación posible… Aquí hay personas muy atractivas y de trato tan agradable… Sin embargo, la verdad es que considero a Mahmud un joven muy simpático, y tengo muy buena opinión de él; y el que se muestre tan atraído por mí y el que me escriba una carta como ésta… Pero yo no me separaría de ti por nada del mundo.

—Gracias, muchas gracias, querida amiga; ¡eres tan cariñosa! No nos separaremos. Una mujer no tiene por qué casarse con un hombre sólo porque él se lo pida, o porque le haya inspirado un afecto, o porque él sea capaz de escribir una carta aceptable.

—¡Oh, no! Y además es una carta demasiado corta…

Greta se daba cuenta del mal sabor de boca que le había quedado a su amiga, pero quiso pasarlo por alto y siguió:

—Desde luego; y de poco consuelo te iba a servir una carta, por muy bien escrita que estuviese, y luego él no puede darte más seguridades en la vida y rodearse de un buen ambiente social.

—¡Oh, sí! Tienes mucha razón. ¿Qué importa una carta? Lo que importa es gozar siempre de la compañía de personas agradables. Estoy totalmente decidida a rechazarle. Pero ¿cómo voy a hacerlo? ¿Qué voy a decirle?

Greta le aseguró que no había ninguna dificultad en contestar, y le aconsejó que le escribiera inmediatamente, a lo cual la muchacha accedió con la esperanza de contar con la ayuda de su amiga; y aunque Greta seguía afirmando que no necesitaba ninguna clase de ayuda, lo cierto fue que colaboró en la redacción de todas y cada una

de las frases de la carta. Al releer la de Mahmud para contestarla, Lissi se sintió más propensa a ablandarse, tanto que fue preciso que Greta robusteciera su decisión con unas pocas pero decisivas frases; Lissi estaba tan preocupada por la idea de hacerle desdichado, y pensaba tanto en lo que iba a pensar él o algunos de sus amigos iraníes, que ella había conocido por medio de él, y tenía, por eso, tanto miedo de que la considerasen una ingrata, que Greta no pudo, por menos, de convencerse de que si el joven hubiese acertado a pasar por allí en ese momento, a pesar de todo, hubiera sido aceptado.

Sin embargo, la carta fue escrita, sellada y enviada al centro. La cuestión estaba zanjada y Lissi a salvo. Durante toda la noche la muchacha estuvo más bien deprimida, pero Greta escuchó con paciencia sus tiernas lamentaciones, y, de vez en cuando, intentaba levantarle el ánimo hablándole del afecto que ella le profesaba. Y, a veces, también reavivando el recuerdo de Tomás.

—Nunca más volverán a invitarme él y sus amigos de otras familias iraníes —dijo Lissi en un tono más bien lastimero—. Pero tú sabes que muchas familias iraníes están en guerra con las sirias. Y ese es el caso de mi familia. Y tampoco esto le gustaría a mi madre.

—Bueno, pero aquí estáis todos como refugiados y tenéis el apoyo del centro y de las instituciones democráticas. Si te invitaran junto a ellos o a otras familias del centro, yo no me separaría de ti.

—Pero estoy segura de que nunca tendré deseos de ir allí con esas familias, porque se consideran superior a mí.

Y al cabo de un rato, Lissi prosiguió:

—Estoy pensando que los profesores del centro se quedarían sorprendidísimos si supieran todo lo que estoy pasando con esto.

—Me atrevería a decir que muchos de ellos y de los alumnos te envidiarían una oportunidad como ésta para casarse. Hasta ahora me imagino que tú y yo somos las únicas para quienes sus miradas y su proceder han sido suficientemente explícitos.

Lissi se ruborizó, sonrió y dijo algo acerca de su extrañeza de que hubiera quien pudiera interesarse tanto por ella. Evidentemente le halagaba pensar en Tomás; pero al cabo de un rato volvía a conmoverse pensando en la negativa que había dado a Mahmud.

—Confío en que esto no le afecte mucho. Me pregunto si lo sabrán sus amigos… Si él se siente desdichado, los demás lo estarán también.

—Pensemos en nuestros amigos ausentes que viven horas más felices —exclamó Greta—. En estos momentos quizá Tomás está enseñando o dando clase. ¡Qué alegre, qué animado debe estar con sus alumnos! ¡Cómo deben rebosar de fantasías y de hechos históricos sus imaginaciones!

Lissi volvió a sonreír, y sus sonrisas se fueron acentuando.

Aquella noche Lissi durmió en la casa de Greta. En las últimas

semanas pasaba allí casi la mitad del día, y poco a poco fue teniendo un dormitorio fijo para ella. Y Greta juzgaba preferible, en todos los aspectos, retenerla en su casa, segura y contenta, todo el tiempo posible, por lo menos en aquellos momentos.

Capítulo 7

A [illegible] que la tarde se ausentó de la casa de Greta, mientras el padre de Greta se preparaba para salir al centro de fitness para hacer sus ejercicios, algo que le era muy conveniente dada su avanzada edad. Su hija le convenció para que no lo aplazara más, que sólo perdería una hora de su tiempo, y luego lo ganaría con creces. Y la insistencia de ella y de Edgar logró vencer sus escrúpulos, ya que se resistía a dejar a su amigo por ese motivo. Edgar que no tenía nada de ceremonioso, con sus respuestas concisas y rápidas, ofrecía un divertido contraste con las interminables excusas y vacilaciones de su interlocutor.

—Edgar, permíteme que me tome esta licencia —dijo el padre—; si tú quisieras excusarme, si no me considerases demasiado grosero, yo seguiría el consejo de Greta, y me iría al gimnasio sólo por un rato. Como el sol se ha puesto, creo que debo darme prisa, pues luego empieza a refrescar. Ya ves que no hago ningún cumplido contigo, pero los que ya vamos para viejo nos consideramos con ciertos privilegios.

—Por favor, no faltaba más, no tienes que tratarme como a un extraño.

—Te dejo a mi hija, que es un excelente sustituto. Greta estará muy complacida en atenderte. Así que vuelvo a pedirte mil perdones y me voy al gimnasio.

—Me parece muy buena idea, Federico.

—Yo te pediría que vinieras conmigo, pero ya sé que has tenido un largo día de trabajo y que lo único que te apetecerá ahora es descansar.

—Muchas gracias, y eres muy amable. Y sí, vengo cansado y pronto me recogeré en casa. Greta va a buscarte el abrigo. Ahora te lo trae y yo te acompaño hasta la puerta.

Por fin, Federico se fue; pero Edgar, en vez de disponerse a salir también, volvió a entrar como si estuviese deseoso de más conversación. Empezó hablando de Lissi y haciendo espontáneamente

grandes elogios suyos, más de los que Greta había oído jamás en sus labios.

—Yo no creo que le faltan méritos. Su personalidad depende de los que la rodean; pero en buenas manos llegará a ser una mujer no sólo linda sino de gran talento.

—Me alegra saber que piensas así; y confío en que no eche de menos esas buenas manos.

—¡Vaya! —dijo él—. Veo que lo que estás deseando es que te haga un cumplido, de modo que te diré que gracias a ti ha mejorado mucho. Tú le has hecho perder su risita boba de colegiala, y eso dice mucho en tu favor.

—Muchas gracias. Confieso que me llevaría un disgusto si no pudiera creer que haya servido para algo; pero no todo el mundo nos elogia cuando lo merecemos. Tú, por ejemplo, no sueles abrumarme con demasiadas alabanzas.

—Decías que la estás esperando para esta tarde.

—Sí, de un momento a otro. Puede que se haya retrasado. Ya sabes en el centro siempre se quedan charlando entre ellos cuando terminan las clases.

Greta sabía que esto era una verdad demasiado evidente, por lo que prefirió guardar silencio y no seguir. Al cabo de un momento añadió con una sonrisa:

—Es posible que venga con Tomás, pues le hemos invitado las dos a cenar. Y me agradaría que te sumases a la reunión. No hemos hecho muchos preparativos. Sólo he preparado ensaladas y habrá hamburguesas de pescado. Pero eso sí hay una buena sopa de pollo. Quédate. Te sentará bien.

—¿De veras? Suena estupendamente. Pero ¿qué pasa con ese amigo Tomás? ¿A cuál de las dos os está pretendiendo?

—¿No pensarás que me pretende a mí? ¡Oh, no! Se trata de Lissi. Ella es quien está enamorada de él.

—¿Estás segura? ¿Os habéis hecho confidencias?

—Bueno, ella no me ha hecho saber que está tanto como enamorada, pero sí que le agrada.

—Y ¿crees que eso es suficiente? Tomás parece una persona un poco complicada como para emparejar con ella, que es mucho más simple. Quiero decir, ella no tiene tantas vueltas en la cabeza, no piensa tanto como él. Él se parece más a un intelectual. ¿No has pensado en eso?

Greta estaba casi segura de que Tomás le había hecho alguna insinuación acerca de la bondad y la belleza de Lissi, por lo que nunca había llegado a torturarse con ese tipo de ideas y de lo complicado que puede ser un hombre para encajar con una mujer. Edgar era un poco el consejero y el amigo de todo el mundo, y Greta sabía que él y

Tomás habían congeniado y que les gustaba charlar juntos. Por lo que el punto de vista de Edgar podía ser útil y a tener en consideración.

Mientras tanto, en el centro de refugiados, Lissi y Tomás charlaban con otros alumnos, y finalmente éste se disponía a salir con Lissi para la casa de Greta, ya que habían sido invitados. Por el camino, Tomás se volvió hacia Lissi, charlando, para decirle que debía continuar con aquellos progresos. Pero añadió:

—Hay una persona de la que quiero hablarte ahora. Creo que tú le conoces bien. Hace dos días vino al centro para consultar cierto caso conmigo. Él sabe que le tengo gran aprecio, y creo que me considera como a uno de sus mejores amigos. Se trata de Mahmud.

Lissi le miró con expresión de sorpresa pero guardó silencio, mientras Tomás continuó:

—Bueno, bueno. La cuestión es que él vino a consultarme si me parecía oportuno que se casara tan joven y si le parecía acertada la persona que él había elegido para sí. En resumidas cuentas, si yo aprobaba su decisión. Él tenía cierto miedo de que a ella se le considerase de otra clase social, superior a la suya. Me gustó mucho todo lo que me dijo. Nunca había oído hablar a nadie con más sentido común. Hablaba de un modo franco y atinado, no se andaba por las ramas y no tenía nada de tonto. Me lo contó todo; su situación y sus proyectos, todo lo que se proponía hacer en caso de que él se casara. Es un joven excelente. Yo no vacilé en aconsejarle que se casara. Me demostró que estaba en situación de poder hacerlo, y en este caso me convencí de que no podía hacer nada mejor.

—Pero ¿por qué me cuentas a mí todo esto? Ya sé que yo le agrado pero…

—Sí, es así y es a ti a quien quiere proponerte matrimonio, o quizá te lo ha propuesto ya. Porque yo le hice también elogios de ti y te aseguro que se hizo una visión más favorable de todo. No obstante, me dijo que tú le habías rechazado cuando él te escribió hace unos días una carta. ¿Es eso verdad? Porque te aseguro que no lo comprendo en un joven como él, que ha terminado la carrera de ingeniero.

—No sé. Pero él es iraní. Nuestras familias están en guerra.

—Pero vosotros no tenéis ningún familiar en la República Islámica, que es la que está en guerra. Yo creo que deberías reconsiderarlo. Esa es la razón por la que te estoy hablando en este momento. Suponiendo que antes no hubieras tenido en mucho su opinión, porque temes perder la relación que tienes con Greta o con los amigos de ésta, aún así creo que deberías reconsiderarlo. Por favor, sólo una vez más. Intenta pensar en tus verdaderos sentimientos y en la clase de hombre que te conviene. Tal vez, tú seas muy joven y ése es el motivo de tu miedo. Pero entre todos te ayudaremos a salvar los miedos.

Al mismo tiempo, Edgar y Greta seguían en animada charla en la casa de ésta y esperaban a que en unos momentos pudieran aparecer el resto de los invitados.

—Verás, en justa correspondencia con lo que te he contado de Lissi, he de hacerte una confidencia más, sólo porque me gustaría que me ayudases en esta labor de aconsejar. Porque para mí es también algo difícil, he de reconocer. Yo voy a contarte algo que creo que no sabes. Mahmud, el amigo iraní de Lissi, le ha propuesto matrimonio hace unos días, pero ella lo ha estado pensando con toda libertad y criterio, y ha decidido rechazarle. Le escribió una carta excusándose y le rechazó.

Greta se vio obligada a repetirlo para que su interlocutor lo creyese; y al momento Edgar se ruborizó de sorpresa y de contrariedad, y se expresó no sin indignación:

—Pero ¿cómo has podido influir tanto en ella como para hacerla rechazar una petición de matrimonio? ¿No entiendes que la puedes hacer infeliz para toda su vida?

—¡Oh, ya me hago cargo! —exclamó Greta—. A un hombre siempre le resulta incomprensible que una mujer rechace una proposición de matrimonio. Un hombre siempre imagina que una mujer siempre está dispuesta a aceptar al primero que pida su mano.

—¡Ni muchísimo menos! A ningún hombre se le ocurre tal cosa. Pero ¿qué significa todo eso? ¡Lissi rechazando a un joven musulmán como ella! Se te olvida esta distinción y que ella puede resultar estigmatizada con este rechazo por las demás familias musulmanas. Y además ella sigue llevando el velo en decoro y honor a su familia. Es decir todavía muestra raíces profundas y respetuosas con su cultura. ¡En verdad es una locura en un momento como éste en que se están replegando los grupos nacionalistas y que hay mayor discriminación, si cabe, contra los inmigrantes. Esto es obra tuya con tu influencia. Tú la convenciste para que le rechazara.

—Y si lo hubiera hecho (lo cual estoy muy lejos de reconocer), no creería haber hecho nada malo. Mahmud es un joven muy honorable, pero hay ciertos escrúpulos también en él, que no me dan confianza.

—Greta, tú estás cegada por la pasión que sientes por esa muchacha. Pero la quieres proteger tanto que puede que no la estés ayudando. Ella no tiene ninguna experiencia, es una joven muy influenciable. Es agraciada y tiene buen carácter, eso es todo.

—El único escrúpulo que tuve, para no dar mi opinión favorable, no es porque no crea que Mahmud no la merece, porque Mahmud es ingeniero, no sé si lo sabes, sino porque quería que ella fuese independiente y fuerte y no arrastrarla a un matrimonio antes de tiempo. Comprendo también tus escrúpulos. Yo no pienso que él sea vanidoso, ni que quiera someterla considerándose él superior. Por eso,

yo también tenía mis dudas. E intenté que fuese ella en todo momento quien tomase la decisión.

Edgar no replicó y se esforzó por adoptar un aire de alegre despreocupación. Esta vez fueron Tomás y Lissi, los amigos que esperaban, los que tomaron el protagonismo, pues llegaron a punto de que la cena estuviese lista y se sirviese. Ellos se habían encargado de comprar vino y agua mineral en la tienda y algunos aperitivos para tomar como entrantes, como aceitunas, y corazones de alcachofas. Una vez todo estuvo sobre la mesa, bien presentado, se animaron a recuperar el buen sentido de la charla y la armonía entre ellos.

—Sí, hay países —terció Tomás para animar la charla dirigiéndose a Edgar que le había preguntado sobre la actualidad— que basan su desarrollo en las emisiones de carbono, y que así explican su éxito, cuando en verdad se está entrando en fases de regresión y retrocesos sociales.

—En todo caso —reafirmó Edgar—, al menos yo lo explico así a mis alumnos, la revolución industrial se apoyó en sistemas de dominación, extremadamente violentos, propietaristas, esclavistas y coloniales, que adquirieron una dimensión histórica sin precedentes, antes de que las potencias europeas entraran en una fase de autodestrucción genocida entre 1914 y 1945. Esas mismas potencias tuvieron que claudicar, como todos sabemos, y acceder a las descolonizaciones, mientras al mismo tiempo los estadounidenses extendían, por fin, los derechos civiles a los descendientes de esclavos.

—En realidad, el comienzo del siglo XXI ha sido como entrar en un nuevo letargo —replicó Tomás—: el letargo del calentamiento global y del repliegue identitario y xenófobo.

—Sí, y eso después de haber superado el colapso del mundo soviético, el temor a una apocalipsis nuclear y el recién abolido apartheid sudafricano —dijo Edgar para apostillar.

—Todo esto me parece muy bien —replicó Greta—, mis queridos hombres intelectuales. Pero debemos empezar a dar un bocado a esto. De lo contrario, todo se va a arruinar. Bueno, no importa. Ahí está el microondas porque la sopa ya está fría. Pero te aseguro que está muy buena, y he puesto en ella muchas verduras.

—Muchas gracias, Greta. Está deliciosa —dijo Tomás vivamente.

Cuando ya iban por el postre, que era una sarta de dulces de merengue y limón, abrieron una botella de champán y entonces los hombres se animaron más para charlar entre ellos. El padre de Greta no participó en la última parte de la cena y se retiró antes.

—Si alguna lección —provocó Edgar a su interlocutor con la mirada — podemos retener de los tres últimos siglos de historia mundial es que el progreso humano no es lineal. Sería un error partir de la hipótesis de que todo irá siempre a mejor y que la libre competencia

entre las potencias estatales y los actores económicos es suficiente para llevarnos, como por arte de magia, a la armonía social y universal.

—El progreso humano existe. Es algo que todos contemplamos con los nuevos adelantos —dijo Greta.

—Sí, el progreso humano existe, Greta —añadió Edgar—, pero es un combate permanente, no una línea recta. Y es un combate permanente que debe estar basado en un análisis razonado de las experiencias históricas pasadas, con todo lo positivo y lo negativo que éstas conllevan.

—Pero es muy difícil, querido amigo —terció Tomás—, es muy difícil imaginar soluciones a los desafíos climáticos y migratorios, si antes no somos capaces de reducir las desigualdades y construir un estándar de justicia económica que sea aceptado por la mayoría. Es decir, el aumento de las desigualdades socio-económicas, observado en la mayoría de los países del mundo, figura entre los cambios estructurales de este nuevo siglo XXI. Y, ciertamente, esto es bastante inquietante, y lo que hace sumirnos en un letargo al común de la humanidad. Bueno, no sé, si os estoy aburriendo, sobre todo a las mujeres, con estos temas.

—No, en absoluto que no —respondió Greta y miró a Lissi que dejó escapar un ligero bostezo en su boca.

—Os propongo una cosa —dijo Edgar—. Ahora les toca a las mujeres hablar. Y a nosotros los hombres escuchar. El tema es libre, por supuesto. Podéis hablar de lo que queráis, siempre que albergue vuestro interés.

—Bueno, en justa contrapartida podríamos hablar de nosotras. En verdad, yo he estado preocupada por Lissi este último tiempo. Hay quien me ha dicho que he intentado sobreprotegerla o influir en su estado o en su ánimo.

—No, por supuesto que no —respondió Lissi—. Yo siempre me he sentido bien tratada. No tengo motivo ninguno para quejarme.

—Bueno, pero ya me entiendes, me gustaría hablar no exactamente de ti, sino de otras muchas mujeres, musulmanas, hindúes o budistas o de cualquier religión. Me gustaría hablar de las mujeres. El grado en que una mujer posee las cualidades de la gracia y de la belleza parece que es lo único que importa, y no otras cualidades. En fin, me refiero a las cualidades que destacan su femineidad. No estoy hablando de su buen juicio o de su inteligencia. Y, en general, los hombres siempre se han guiado, para enamorarse de las mujeres, por su belleza, y en materia de belleza son más filósofos que nosotras. Por eso, mientras no se enamoren de los espíritus cultivados, en vez de las caras bonitas, una muchacha que sea simplemente atractiva y bonita seguirá estando segura de ser admirada y pretendida. Además su buen carácter

tampoco es una cualidad tan desdeñable (no olvidemos en la materia el tratado de Rousseau). Con un natural dulce y aplacible, una gran modestia y la virtud de acomodarse muy fácilmente a otras personas, todavía hoy en el siglo XXI tiene más probabilidades de gustar así una mujer. Y, en general, los hombres considerarían una belleza y un carácter como éstos, como los mayores atractivos que puede poseer una mujer. ¿No es así?

Greta dejó abierta la pregunta sobre la mesa y aunque Edgar no quiso interrumpir ese momento, dijo:

—Aunque sólo sea esta vez y por alusiones a mi sexo voy a contestar o intentar dar mi opinión, Greta. Pero me parece que tener inteligencia es una cosa y abusar del ingenio es otra. De ese modo, tú argumentas que las mujeres ya no van a tener otros problemas para enamorar a los hombres si sólo cumplen un estándar de belleza. Bueno, parece muy razonable, pero parece también una broma que estemos hablando de las mujeres del siglo XXI en ese aspecto. Ya sé qué es lo que la mayoría de los hombres ven y anhelan en una mujer. Tal vez esto no ha cambiado mucho. Una mujer cautiva por los sentidos. Pero te aseguro, Greta, que si no lo hace también por su inteligencia la cosa no va funcionar mucho tiempo. Tú quieres que la mujer se envanezca con esas ideas, sobre su belleza, y sobre lo que podría aspirar, y dentro de poco ninguna persona le parecerá de suficiente categoría para ella. Porque así siempre podrá aspirar a más.

—Pero ¿no es eso lo que pasa hoy día con las artistas, con las actrices y con las bellezas?

—Bueno, Greta, yo no me guio por ese mundo tan sofisticado. Me guio por este mundo, nuestro mundo. Cuando se tiene poco seso o poco juicio, la vanidad llega a causar toda clase de desgracias. Los hombres de buen juicio, a pesar de lo que te empeñas en decir, no se interesan por esposas bobas. Y si son hombres prudentes todavía te aseguro temerán más las contrariedades y las desdichas de la vanidad en la belleza. Hay novelas como Madame Bovary que dan ejemplo, aún cuando dan nota de otros tiempos. Pero hoy día también lo que más se mira es tener una vida segura, respetable y dichosa, y nada más. Si tú empujas a una mujer a casarse más ventajosamente, y le enseñas a no contentarse, sino es con alguien de gran posición, tal vez le estés empujando a quedarse durante todo el resto de su vida sola hasta que se desespere, y luego se conforme con cualquier cosa.

—Edgar, de verdad, en esta cuestión nuestros puntos de vista son tan radicalmente distintos, que no serviría de nada que siguiésemos discutiendo. Sólo conseguiríamos enfadarnos el uno con el otro. Porque los chicos de hoy en día tienen unos modales muy bastos. En verdad también estamos retrocediendo en educación. Los hombres de hoy en día no cuentan con sentimientos, ni sinceridad.

—Pero ¡qué desatinos! ¡Nunca he oído una cosa más descabellada! No creo que el hombre de hoy día no pueda ser de un espíritu más delicado que nunca. Incluso es una mezcla de sentimiento, sinceridad y buen humor lo que lo hace más atractivo. Y por supuesto que hombres así existen.

—Ya, claro que existen. Pero tú sabes a lo que me refiero y también Tomás, porque trabajáis con jóvenes. Vosotros veis cómo en el ambiente donde vive Lissi, y donde se juntan muchos inmigrantes, se ha perdido el respeto y la educación. Yo tenía miedo, también pensando por Lissi, a que ella cayera en ese ambiente tan marginal y gregario. Las casas que se han donado a los chicos del centro están en buenas condiciones, pero en estos barrios cada vez hay más problemas y criminalidad, y abusos sexuales contra mujeres. Tú eres sociólogo, Edgar. Tú lo sabes mejor que yo. Yo sólo he querido proteger a Lissi, porque ella es muy cariñosa. Ella es muy especial y es diferente a otras chicas.

—Yo comprendo, Greta, el interés que te ha motivado y espero que todavía podamos encontrar algún punto de unión en nuestros razonamientos. Pues te aseguro que yo no estoy tan lejos del tuyo. Pienso que ellos no están instalados en un gueto, como se ha dicho para atacarles, pues sus comunidades, que tienen todos los servicios sociales y municipales, se mantienen de forma razonable. Hoy día los índices de delincuencia han aumentado en todos los sitios. Te lo aseguro, Greta, que son tan sólo tus prejuicios los que te hacen ser parcial.

—¿Prejuicios? Pero si yo trabajo con ellos y elegí este trabajo por propia voluntad, incluso perdiendo la posibilidad de encontrar mejores trabajos.

—Venga, vamos a dejarlo aquí —dijo de repente Tomás—. No se trata de crear una disputa entre antiguos amigos. Todos sabemos cómo pensáis ahora y seguro las cosas tendrán que evolucionar por su propio peso y su propia inercia. Y, en general, yo veo aquí muy buena voluntad.

Edgar y Tomás no eran realmente aquel tipo de hombre que se dejara llevar por sus sentimientos, sino que actuarían con la cabeza. Y, en verdad, no se arriesgarían en relaciones imprudentes. Aún así Greta quedó agradecida por las palabras conciliadoras de Tomás, y la verdad es que estaba cansada de oír hablar de bodas y de propósitos para otra gente. Decidió que prefería abandonar este cometido en plena fama, antes de tener ningún fracaso. Y se conformaría con la boda de su amiga Vivien. Se sentía enojada también. No se sentía tan satisfecha de sí misma, después de haber hablado con Edgar. Ni se sentía ya tan absolutamente convencida de que tenía razón y de que su adversario se equivocaba.

Pero aunque ella quedó abatida no era tanto como, para que al cabo de poco que se hubieran marchado los comensales, y ella recuperase la calma con su amiga Lissi, esto no le hiciera volver a estar segura de sí misma. Y aún cuando Lissi no tuvo muchas oportunidades de expresarse, o de expresar su temor o de sentirse concernida por los deseos de su amiga, sin embargo, pronto recuperó su buen humor, volviendo a su charla habitual con Greta. Y ésta sintió tal satisfacción que la hizo reafirmarse en su parecer. Y, a pesar de todo lo que pudiera pensar o decir Edgar, no había hecho nada que la amistad y los sentimientos femeninos no pudieran justificar.

Capítulo 8

Él estaba tan contrariado que tardó, más de lo que tenía por costumbre, en volver a la casa de Greta para visitar a su padre. Y, cuando volvieron a verse, la seriedad de su rostro demostraba que Greta aún no había sido perdonada. Eso a ella le dolía, pero no se arrepentía de nada. Al contrario, después del cariz que tomaron las cosas y de ver que Lissi era tan feliz junto a ella, sus planes y sus procedimientos le parecían más justificados.

Sin embargo esta seguridad no duró mucho después de asistir a una de las clases de Tomás. Porque Lissi aprovechó ese momento para confesarle a Greta la charla que tuvieron previamente ellos dos. Le dijo que Tomás conocía a Mahmud, y que éste le pidió consejo a él, como amigo y tutor, para escribirle aquella declaración. Y que entonces Tomás sabía lo de la declaración de Mahmud y que él mismo le había aconsejado que se la mandase, y que le había extrañado el hecho de que ella le hubiese rechazado. Ella ya no había vuelto a hablar más con Mahmud, ni tampoco había hablado del tema de nuevo con Tomás. Lo importante era que Lissi ahora percibía con claridad que Tomás no pensaba en ella, sino como amiga, y que tanta amabilidad mostrada con Greta tal vez respondía a que él estaba enamorado de Greta.

Esto alarmó a Greta que vio que la imaginación de su amiga era mayor de lo que ella esperaba, pero se inquietó al poder ver que no carecía de sentido también ella.

—¡Oh, Greta! ¿Qué vamos a hacer? Yo no significo nada para él. Él cree que yo estoy pensando en su amigo Mahmud. Y tal vez él sólo piense en ti, para sí mismo. Él está enamorado de ti.

—Oh, cállate. No des pábulo. Él nunca me ha dicho nada. Lo mejor es que charlemos con él un poco, y nos vamos.

—Hola Tomás. Este fin de semana viene mi hermana con sus niños a visitarnos. A mi padre le agrada muchísimo cuando ella viene y tengo que atenderlos. No creo, por eso, que podamos quedar para vernos. Pero ¿qué tal si salís vosotros? A Lissi le gustaría salir, ¿no?

—Bueno, también tengo que estudiar. Pero me vendría bien un descanso.

—No os preocupéis. Ya quedaremos en otra ocasión.

—No. Lissi puede estudiar hoy y mañana. Id al cine. Salir es bueno.

—Bueno, la verdad es que me gustaría ver una película. Y estaba pensando en ir este fin de semana. ¿Qué te parece Lissi? —sugirió Tomás.

—Si te parece bien a ti, pues sí. A mí también.

—Es una película actual, muy interesante sobre las clases medias, que sienten que declinan y sus hijos vivirán menos bien. Se habla de una época de la ligereza, como su título, porque se trata también de la paradoja de la ligereza: cuanto más va la sociedad hacia la ligereza, hacia el ocio, el consumo, las nuevas tecnologías, a la vez la vida no es ligera, es pesada. Esa nueva pesadez tiene que ver con la globalización, las nuevas tecnologías, la inteligencia artificial, las desigualdades, la emigración... Es un mundo ambivalente. En realidad, es un poco de ciencia ficción, pero te gustará por los buenos actores.

Lissi puso una cara rara, mientras veía que Greta se quedó pensando, pero Tomás siguió hablando:

—Tenemos alrededor marketing, turismo, libertad sexual, entretenimiento... pero una sociedad más pesada, una sociedad cansada.

—¡Oh Greta! ¡Tienes que venir tú también a verla!

—Me gustaría mucho. Pero no puedo dejar solos a mis sobrinitos. El argumento parece bastante interesante, un tanto futurista. No sólo es recomendable verla, sino que debería ser formativa para mí. No sé. Ya veré lo que puedo hacer.

—Sí, el argumento no deja de ser de lo más interesante —dijo Tomás—. Sería interesante ver el reflejo de esta sociedad ahora.

—¡Oh, Greta, qué lástima que no puedas venir! Estoy segura que podrás encontrar alguna excusa.

—Otro tema es el consumismo, en nuestras sociedades. El hiperconsumo ha penetrado las conciencias. Pero no se diaboliza. Donde el consumismo se desarrolla, la esperanza de vida crece. Y el consumo da satisfacciones en su ligereza. Si no, la vida es siniestra. El problema grave es que los medios sean el fin. El consumo en nuestra sociedad ha ocupado demasiado lugar, y hay individuos que viven para él. La aventura humana no puede reducirse a comprar marcas, uno espera otras cosas que ser un consumidor. Es uno de los desafíos del siglo XXI. Proponer a los jóvenes en las escuelas modelos de vida diferentes. Sin vivir para él, no hay problema con el consumo. Eso sí, pensar que el consumo acentúa el egoísmo es falso. Una visión nostálgica del pasado, como si antes fuéramos generosos, humanitarios. Greta, en verdad, deberías verla.

—Sí, me encantaría. Veré qué puedo hacer.

—En la película, queda patente que la ligereza no es igual a la felicidad. Y se iguala la dinámica del consumo con la de la individualización. Esas dos lógicas continúan transformando profundamente nuestras actitudes, esperanzas, motivaciones. La individualización no ha hecho más que desarrollarse, particularmente a través del neoliberalismo y las nuevas tecnologías. El neoliberalismo celebra la competencia y donde había lógicas de servicio público hoy las hay de empresa. Los museos se han convertido en empresas. Y las nuevas tecnologías han desarrollado una especie de narcisismo digital, virtual. Los jóvenes se comunican por la red, se toman selfies, hablan de ellos continuamente en facebook, los nuevos deportes como el windsurf son muy individualistas. Así que la segunda revolución individualista es real y es en la que estamos ahora.

Capítulo 9

Rebeca, la hermana de Greta, era una mujer de maneras finas y reposadas, y de carácter extremadamente sensible y cariñoso; enamorada de su marido, un abogado de la ciudad, y encandilada con sus dos hijos, sentía un vivo afecto por su padre y su hermana, y no sabía ver ningún defecto en ellos. Y ningún amor más intenso que el que sentía por sus hijos le hubiera parecido posible, al que también sentía por ellos. Se parecía a su padre ya que había heredado de él su constitución física y su temperamento; era de salud delicada, preocupada en exceso por la de sus hijos, y se asustaba por cualquier cosa. Y a veces tenía muchos nervios. La actitud del marido de Rebeca para con Greta era la de un hermano y amigo, fríamente objetivo y cortés, sin prodigar alabanzas y sin que le cegara el cariño; pero por mucho que él hubiese querido halagarla, difícilmente Greta hubiese podido pasar por alto lo que a sus ojos era la más imperdonable de las faltas, y en la que su cuñado incurría a veces: carecer de respetuosa paciencia para con su padre. No siempre tenía con él la paciencia que hubiera sido necesaria. Siempre estaba pensando en el trabajo, como por deformación profesional. Y las rarezas y las aprensiones de Federico a veces provocaban en él palabras de sentido común, un tanto bruscas o réplicas demasiado duras. Pero eso no ocurría a menudo. Pues lo cierto es que su cuñado sentía un gran afecto por su suegro, y en general era muy consciente del respeto que le debía. Pero aun así era demasiado brusco a menudo para la susceptibilidad de Greta. Sin embargo, solía reinar un ambiente muy afectuoso, cuando su hermana venía con su familia, y era de esperar que se quedaran al menos ese día.

La hermana se preocupó también por cómo había llevado la separación con Vivien al casarse. Pero Greta objetó que se veían muy a menudo, y también que ahora tenía la ayuda de su amiga Lissi, una chica inteligente del centro, que le era muy útil en la casa y en los cuidados del padre. Hablaron del nuevo marido de Vivien, de su buen carácter y de que él tenía un hijo, un hijo que podía tener ahora la

edad de Greta. Entonces se sumó a la charla el cuñado de Greta:

—No entiendo cómo el marido de Vivien consintió en separarse de su hijo después de la ruptura de su matrimonio. Por lo visto, no se ven nunca o casi nunca. Me malicio que nunca nadie ha tenido buena opinión por su madre, tan acaparadora. Sin embargo, no creo que él sintiera lo mismo que Rebeca podría sentir, ya que se parece más a una persona acomodaticia, y no a un hombre de sentimientos arraigados u hogareño. Se toma las cosas tal como vienen, y de un modo u otro se aprovecha de las circunstancias; y yo sospecho que para él eso que llamamos sociedad tiene más importancia, desde un punto de vista de las comodidades, es decir, de poder comer, beber y ver el fútbol o jugar al billar y leer el periódico, que desde el punto de vista del afecto familiar o de cualquier otra cosa de las que proporciona un hogar.

A Greta le contrariaba todo lo que significase insinuar una crítica del marido de Vivien, y estaba casi decidida a intervenir en su defensa; pero se dominó y no dijo nada. Si era posible prefería que no se turbara la paz; y había algo digno y estimable en la intensidad de los afectos hogareños, en la idea de la autosuficiencia de un hogar, que predisponía a su cuñado a desdeñar el trato social de la mayoría de la gente y a las personas para las que este trato resultaba importante… Y Greta se daba cuenta de que sus argumentos eran poderosos y que había que ser tolerante con su interlocutor.

Edgar se pasó aquella tarde por la casa, sin saber que su amigo Federico tenía tan grata compañía con toda su familia reunida. Pero Greta tenía especial interés en verle, después de la larga pausa sin venir, que se había producido desde la última vez, así como sabía que también se alegraría su padre, quien le invitó a entrar, y a tomar un refrigerio.

Greta confiaba en que volverían a ser buenos amigos, después de la reciente disputa que tuvieron. Le parecía que ya era hora de hacer las paces. Desde luego, ella tenía razón, pero él jamás reconocería que la había tenido. O sea que era indudable que ninguno de los dos cedería. Pero era la ocasión de aparentar que habían olvidado la disputa; y cuando él entró en la estancia, Greta, que estaba con uno de los hijos de su hermana, pensó que aquella era una buena oportunidad, que podía contribuir a reanudar su amistad. Y efectivamente la oportunidad fue favorable; pues aunque él empezó poniendo cara muy seria y haciendo preguntas bruscas, no tardó en hablar del pequeño en un tono ordinario y normal. Greta se dio cuenta de que volvían a ser amigos. Al principio, a Greta le produjo una gran satisfacción, y luego le inspiró una cierta insolencia, y no pudo por menos de conceder, mientras él admiraba al pequeño:

—Es un consuelo que, por lo menos, estemos de acuerdo respecto a

estos pequeños. Porque a veces sobre las personas mayores tenemos opiniones muy distintas; pero respecto a este niño observo que siempre estaremos de acuerdo.

—Si al juzgar a las personas mayores —respondió Edgar—, en vez de dejarte arrastrar por tu imaginación y por tus caprichos, te dejaras guiar por los sentimientos naturales, como haces con este pequeño, siempre podríamos estar de acuerdo.

—Desde luego, nuestras diferencias se deben a que yo estoy equivocada, ¿no es así?

—Sí —dijo él, sonriendo—; y hay una buena razón para ello: cuando tú naciste yo ya tenía diez años.

—Cierto, es una diferencia de edad —replicó Greta—, y no dudo de que en aquella época tenías mucho más criterio que yo: pero, ¿no crees que los veintitrés años que han transcurrido desde entonces pueden haber contribuido a igualar bastante nuestras inteligencias?

—Sí… bastante.

—A pesar de todo, no lo suficiente como para concederme la posibilidad de que sea yo la que tenga razón, si disentimos en algo.

—Aún te llevo la ventaja de tener diez años más de experiencia y de no ser una linda muchacha y una niña mimada. Vamos, Greta, seamos amigos y no hablemos más del asunto. Y tú, pequeñín, dile a tu tía que no te dé el mal ejemplo de remover antiguos agravios, y que si antes tenía razón ahora no la tiene.

—Es verdad —exclamó—, es la pura verdad. Pequeño, tienes que llegar a ser mejor que tu tía. Sé que muchísimo más listo, y no seas ni la mitad de vanidoso que ella. Ahora, Edgar, permíteme dos palabras más, y termino. Creo que los dos teníamos las mejores intenciones, y debo decirte que aún no se ha demostrado que ninguno de mis argumentos sean falsos. Pero ¡vaya, démonos las manos!

Apenas habían acabado de estrecharse las manos, y con gran cordialidad, cuando volvió a hacer su aparición el padre de Greta, pidiéndole excusas por no poder atenderle. Pero que lo haría de buen grado otro día.

Antes de despedirse Greta le habló de que Lissi y Tomás iban a ir al cine. En principio, ella pensó en sumarse, pero finalmente dijo que no iba a poder por su familia. Pero tal vez, ellos podrían ir otro día, si coincidían, y quedaron así en verse para otro día, ya que la película prometía.

Capítulo 10

-E

s imposible no tener frío en este tiempo. Hace una noche fría —dijo Lissi.

—Tiempo navideño —comentó Tomás—. Es lo propio de la estación.

—En el cine hemos estado bien, pero esta corriente de aire no me gusta. Vamos a tener que volver a casa. Es una pena que Greta no pudiese venir.

—Sí. ¿Qué se le va a hacer? La verdad es que esta es la estación del año más adecuada para las reuniones familiares y también las amistosas. Tenemos que encontrar algún día, para poder comentar esta película.

—Seguro que Greta y Edgar proponen algo en casa, o también nosotros podemos proponer algo en el centro.

—Sí, he quedado para comentar los aspectos de esta película entre los alumnos interesados.

—Sí. Exactamente la película está muy bien. No deja de ser una crítica de todo. Casi una sátira.

—Y luego se ve la repercusión que estos episodios han tenido en las sociedades, como en una huida hacia adelante. El nuevo papel desempeñado por la creación monetaria desde 2008 ha alterado profundamente la percepción de los papeles respectivos del Estado y los bancos centrales, de los impuestos y de la moneda, así como, en general, qué se entiende por una economía justa.

—La verdad es que los temas de economía no son mi fuerte. Recuerdo que Mahmud también criticaba mucho a la economía. ¿Qué sabes de él? ¿Sabes algo?

—La verdad es que no está bien. Yo he intentado animarlo. La verdad es que quería hablarte de él, hoy al vernos. Pues yo le recomendé mucho el que saliera contigo, pero ahora veo que vuestra relación se ha enfriado. El no quiere verte, ni salir. Supongo que tendrá que pasar un tiempo. ¿Qué otra cosa vamos a hacer?

—Ya. Lo siento mucho, de verdad. Yo nunca me planteé hacerle daño. Desde que he estado trabajando en casa de Greta no he tenido tiempo de pensar profundamente en todo ello. Creo que sus sentimientos son buenos y sinceros, pero me da mucho miedo dar ese paso sin pensarlo bien. Hay mucha gente que me ha querido ayudar.

Realmente estoy muy agradecida.

—Creo que debes meditarlo. Piensa en todo lo que puedes ganar con él. En la película también se ven casos así, parejas que salen adelante, con pocos medios, y algunas son muy felices así.

—Muchas gracias de verdad. Ahora vamos a volver. Yo dormiré hoy en el centro y mañana pasaré a ver a Greta. Sí, lo pensaré. Nos podemos ver mañana en el centro.

—Sí, me gustaría mucho.

Al día siguiente en la clase de Tomás este no desdeñó atacar los problemas económicos que se desentrañaban en esa película, que, según él, le había impactado por sus innovadoras propuestas.

—El aumento del tamaño de los balances de los bancos centrales ha permitido la financiarización de la economía. Es un efecto de la globalización financiera. Pero el problema está en que una situación en la que todos los actores están cada vez más endeudados entre sí, y el tamaño total de la esfera financiera está creciendo estructuralmente más rápido que la economía real, no es sostenible indefinidamente. Y pone a toda la economía en una situación de gran fragilidad. En realidad, ya estamos en ella.

Aquella tarde antes de despedirse de sus alumnos anunció que dado que ya estaban en tiempo de navidad se interrumpirían las clases, pero que había también la posibilidad de hacer encuentros o excursiones en algunos sitios. Él recomendó la excursión a la montaña a una gran casa rústica. Estaba organizado por una gran organización, no sólo de refugiados sino de los inmigrantes de todos los países del mundo. Entre ellas habían organizaciones latinoamericanas y otras. Se trataba de estar reunidos durante un fin de semana, y de hacer deporte de montaña y de pasear por el bosque y también por el lago. Quienes quisieran apuntarse tendrían que escribir su nombre en una lista que se les había proporcionado.

Capítulo 11

Greta estaba en realidad. Era una alegría para ella el poder estar con Lissi y el poder asistir al campamento, aunque decidió que sólo estaría un día, lo preciso para acompañar a su amiga. Tomás también iría, y nadie como Tomás en quien confiar más para resguardar a su amiga. Él despertaba siempre el mismo interés y la misma comprensión por los demás.

En aquella visita de campo deberían encontrar un medio para sus expansiones, y decidieron disfrutar del momento.

El día de la partida se produjo y se reunieron en torno a un autobús. Tomás se desvivió por que Greta y Lissi no sintieran frío, cuando hubieron llegado a la gran casa, y lo primero que hicieron es hacer un gran fuego. Había una chica peruana en el grupo de ellos, y también un chico colaborador de la organización. Todos se mostraron muy atentos y tuvieron que hacer un esfuerzo por solventar el frío y conservar la calma y naturalidad. Había una gran cocina y pudieron hacer café para todos. El programa era salir de ruta esa misma mañana con un gran bocadillo que todos llevaban preparados, y volver a la hora de cenar donde les esperaba un gran guiso de ciervo y un gran pastel de almendras. El dormitorio era colectivo con literas, y tenían prevista la ropa de cama. Sólo hacían falta dos personas más en el grupo de Greta para poder hacer la ruta. La chica peruana y un amigo colombiano se unieron. Ya estaban todos e irían en torno al lago, sin intentar profundizar mucho por el bosque para no perderse.

Lissi no tuvo que esforzarse mucho por manifestar su alegría, pero se vio forzada a retroceder antes, porque empezó a constiparse. La acompañó la chica peruana, que conocía el camino mejor, y Greta siguió a Tomás y también por detrás vino el otro chico, que se quedó rezagado esperando a su amiga.

Decidió esperarla. Greta estaba deseando también volver con Lissi,

pero Lissi se negó y dijo que no era necesario. La chica peruana fue muy amable y ella sabía el camino. Iba maquillada de una forma que llamó la atención de Lissi. Parecía un rostro de muñeca. Le preguntó acerca de lo que hacía. Dijo que estaba terminando el doctorado en historia, que vivía con ayuda, y tenía muy poco dinero porque no tenía trabajo. Tenía familia en Londres y si quería trabajar de catering tenía trabajo allí. Aquí ella se sostenía con muy poco. Era un caso realmente espiritual. Pero llevaba un maquillaje muy blanco en el rostro.

—¿Por qué te maquillas tan claro? —le preguntó Lissi— ¿Quieres esconder tu color natural?

—La verdad es que sí. No me gusta tan oscura. También porque me realza los ojos. Los ojos no los llevo pintados, sólo llevo el maquillaje y es para dar un aspecto natural y limpio. ¿A ti no te gusta maquillarte? La verdad es que tu rostro es muy lindo.

—Gracias. La verdad que me gusta así —respondió Lissi—. No me gusta pintarme los ojos, aunque muchas de mis compatriotas lo hacen. Pero tú ¿cómo puedes estudiar el doctorado? ¿No te parece algo muy difícil? Sé tiene que ser muy espiritual para entregarse tanto al estudio.

—Es lo que me gusta. Y sí, creo que tengo mucha paciencia. Al final, terminaré la tesis. Mi idea es volver a Perú y encontrar allí trabajo en la universidad.

—Desde luego si lo logras es realmente admirable. Hoy día la gente no estudia ya en la universidad, porque se han vuelto muy caras. Yo sólo he hecho técnicas en el instituto tecnológico, pero mi amigo Mahmud ha hecho ingeniero, y aún así tienes que saber muy bien el inglés. Y luego cuando terminas la carrera, te exigen que tengas que pagarte un máster para poder alcanzar el trabajo de tus sueños. Es algo imposible.

Lissi se puso nostálgica al hablar de su amigo, y se dio cuenta de que todavía sentía algo por él.

Mientras tanto Greta se quedó charlando con Tomás, y no tardaron en aludir a la conversación que Tomás tuvo con Lissi, acerca de los méritos que estaba logrando y del gran progreso que había experimentado junto a Greta.

—Sólo hay una cosa que me ha disgustado —dijo Tomás—. Ella no debía haber rechazado una proposición como la de Mahmud. Yo le conozco y es una persona del todo juiciosa y cabal.

—Ya sé. Pero, de verdad, quería que Lissi se apartase un poco de esa influencia, quería que ella se sintiese más independiente. En verdad, quería presentársela a otros miembros de la organización. Ella es muy atractiva. Tú eres un buen profesor y no me dirás que no te has fijado en ella.

—¿Fijarme yo en ella? Oh, no. Sólo es una alumna. No puedo mirar así a mis alumnas. Al menos, mientras exista esa relación.

—Yo entiendo que tú eres muy superior a ella, pero ella es tan cariñosa y necesita de alguien. Tú también necesitas. Y yo había pensado en ti.

—¿En mí? Oh, no. Greta, no. ¿Pensar yo en ella?

En ese momento pararon el paso. El se quedó con los ojos fijos en ella durante un minuto largo, y luego miró a sus manos y se las tendió abiertas, y cogió la mano de Greta enguantada por el frío.

—Es en ti en quien me gustaría pensar. ¿No lo has notado? Es en ti en quien yo pienso, a quien yo necesito. Ya sé que no he tenido tiempo para dirigirme a ti, o para prestarte más atención. Pero yo siento algo, yo te miro y siento algo más fuerte por ti.

—Oh, no sigas, Tomás. No puede ser. Yo lo siento. No quise darte a entender eso. Tenemos que volver. Yo no estoy preparada para una relación con nadie. No es eso el objetivo ahora mismo de mi vida. No sé si me puedes comprender. Lo siento de verdad.

—Ya sé. ¿Es porque me consideras mayor? ¿Es porque ya no tengo tu energía?

—No, por supuesto que no. Yo no te considero mayor. Yo había pensado en ti para Lissi. A Lissi la destrozarás. Ella siente por ti algo. Te mira con entusiasmo.

—Yo no podría. No estoy enamorado de ella. Si alguien está enamorado de ella es Mahmud. Acéptalo, Greta. Ése es su destino.

—¿Su destino? Muy raro que un profesor de historia nos hable de destino. ¿Es que tú crees en un determinismo de las causas históricas?

—Por supuesto que no. Pero sé realista y mira a tu amiga. Ella no va a tener otra posibilidad mejor. Se quedará sola. O quizá se dejará llevar por unos y otros, tendrá amantes, pero nunca tendrá una real seguridad. ¿Ese es el mundo que tú sugieres para ella?

—Yo confío en que ella podrá dar una respuesta. Yo no la he influenciado hasta ese punto de querer apartarla de nadie. Pero sí, le he enseñado a dudar y a que sea fuerte por sí misma. Pero te aseguro que ella tiene la última palabra y que yo deseo que ella escuche a su corazón.

—Eso será lo mejor, Greta. Volvamos, pues se hace tarde.

—Sí, volvamos. Siento mucho todo esto.

—Yo también lo siento.

Tomás se paró ante ella y volvió mirarla a los ojos. Pero ella se retiró. Ella no sentía lo mismo. No creía que pudiera llegar a sentir lo mismo. Y le emplazó para volver.

Capítulo 12

Greta se alegró al ver de nuevo a Lissi, que estaba sentada junto a un gran fuego, y se abrazaron de que estaba a encontrarse, y comprobar que Lissi se encontraba casi del todo repuesta. Y con color en las mejillas. Se sentaron juntas frente al fuego.

Pronto todo el mundo se dio cuenta de que no tardaría en nevar y de que estaba a punto de desatarse un temporal de nieve. Había sido admirable el valor de algunos que todavía quedaron por regresar al refugio, y que luego llegarían sanos y salvos. Poco a poco fueron disponiéndose para cenar junto al fuego y preparar un gran caldo, y la comida de venado, que tenían ya preparada.

—Aunque nieve durante una o dos horas más, no creo que los caminos se pongan intransitables.

—Yo tengo que volver mañana por la mañana. Tendré que esperar el autobús de línea. Espero poder hacerlo —dijo Greta—. Tengo que volver para cuidar de mi padre que ya es mayor.

En cuanto a lo de que hubiera caído o estuviera a punto de caer tanta nieve, que hiciera los caminos impracticables y que pudiera retenerlos a todos, podía parecer una broma pero era verdad. Pero su amiga Lissi la tranquilizó, inspirándole confianza en lo bueno que eran los caminos y las carreteras. De modo que ello reanimó un poco a Greta.

A la mañana siguiente, Greta estaba convencida de que por el momento no había ningún peligro en regresar a casa. Al cabo de unos minutos, Greta pensó con alivio de que no tardaría en dejar atrás esa sensación fastidiosa que había tenido toda la noche, y toda esa confusión de sentimientos en torno a Tomás. Tal vez al marcharse, recuperaría la sensatez y la serenidad, mientras que su amiga Lissi volvería a su estado normal de calma y equilibrio, una vez terminara aquella visita.

Llegó el autobús y se dirigió sola hasta el camino, donde emprendieron la marcha. Y a pesar de lo que se dijo del tiempo, nada pudo evitar que Greta se asustara un poco al ver la nieve que había

caído, y al darse cuenta de que el cielo seguía cubierto y más oscuro de lo que hubiera querido.

"Me temo que voy a tener un mal viaje de regreso", pensó.

Al llegar a casa allí fue acogida con grandes muestras de alegría por su padre, quien temblaba de miedo al pensar en los peligros que podía representar el que viniese en un autobús por una carretera de montaña en esas condiciones climáticas. Y parecía como si esperara su regreso, para que todo empezara a marchar perfectamente.

Su presencia trajo paz y sosiego a su padre, pero aún así no para Greta… que se hallaba turbada y nerviosa por las sensaciones vividas en el refugio de montaña, y tuvo que hacer un gran esfuerzo por mostrarse alegre y fingir que prestaba atención a todo lo que le decía su padre. Hasta que no llegó la noche y se retiraron a descansar, como de costumbre, ella no pudo permitirse el alivio de reflexionar con calma.

¡La verdad es que todo había salido mal! Todos sus planes desechos, todas sus esperanzas frustradas ¡y de qué modo! ¡Qué golpe para Lissi! Eso era lo peor de todo. Todas las circunstancias de aquella cuestión eran penosas y humillantes, por un motivo u otro; pero comparándolo con el mal que se había hecho a Lissi, lo demás carecía de importancia.

Y Greta hubiera aceptado gustosa haberse equivocado aún más —haberse hundido más en el error—, tenerse que reprochar una falta de criterio aún mayor, con tal de que ella misma fuera la única que pagase por sus torpezas.

—Si yo no hubiese convencido a Lissi para que se inclinara hacia él, ahora me sería más fácil sobrellevarlo todo. El quizás no hubiera redoblado sus pretensiones hacia mí… pero ¡pobre Lissi!

¡Cómo podía haber estado tan ciega! Y él aseguraba de que nunca había pensado en ella… ¡nunca! Intentó recapitular lo ocurrido en aquellas semanas; pero todo lo veía confuso. Supuso que tenía una idea fija, y que había hecho que todo lo demás se acomodara a su prejuicio. Sin embargo, el modo de comportarse de Tomás forzosamente tenía que haber sido ambiguo, incierto, poco claro, o de lo contrario ella no hubiera podido equivocarse tanto.

Cierto que ella había notado en él a veces algunas rarezas, algunas de sus exageraciones. Una muestra más de falta de tacto, una prueba más de que a veces carecía de esa cualidad que tienen las personas más inteligentes. Pero él tenía esos prejuicios también con sus estudiantes, y las diferencias estaban plasmadas entre ellos de forma que existía una separación.

Su amigo Edgar ya se lo había advertido a Greta. Él fue el que tomó el primer vislumbre de la situación, y dio la primera noticia de que aquello no era posible.

Greta se sonrojaba al pensar que aquellas opiniones demostraban un conocimiento mucho mayor del carácter de aquella persona, que lo que ella misma había observado. Era algo terriblemente mortificante; pero Tomás en muchos aspectos demostraba ser todo lo contrario de lo que ella había creído; era orgulloso y algo arrogante; muy convencido de sus propias excelencias, y no tan preocupado por los sentimientos de los demás.

Contrariamente a lo que suele ocurrir, Tomás al querer rendir homenaje a Greta, había perdido toda estimación ante los ojos de la joven.

Su declaración de amor y sus proposiciones no le sirvieron de nada. Ella no se sintió halagada por esta predilección. Tenía el atrevimiento de fingir que estaba enamorado, pero ni en sus palabras ni en su manera de actuar había verdadero afecto. No podía concebir unas expresiones, un tono de voz que tuviesen que ver con el amor verdadero. Lo único que él quería era alguien igual en posición social o igual en inteligencia. Él aceptaba las diferencias, pero el hecho de que Lissi fuese musulmana no le convenía para él, sino que era mejor que volviese y aceptase a Mahmud… En fin, era algo indignante.

Tal vez no tenía derecho a esperar que él comprendiese el abismo que les separaba en talento natural y en delicadezas de espíritu. La simple ausencia de esta igualdad impedía que se diera cuenta de ello; pero sí hablaba mucho y debía saber de otras desigualdades, como las desigualdades económicas, de las que siempre hablaba en sus clases y que consideraba ofensivas en una sociedad justa. Aún así él mismo se guiaba por el mismo patrón que la sociedad.

Pero él había llegado a imaginar que Greta estaba enamorada de él; evidentemente al invitarle a cenar a su casa varias veces le dio confianza, a pesar de que siempre habían estado con otros invitados y nunca solos. Pero si ella se había dejado engañar por sus sentimientos, no podía extrañarse que él también se hubiera dejado cegar por las atenciones. Y a veces existía muy poca adecuación entre modales corteses y una mente orgullosa que malinterpreta las intenciones.

El primer error y el más grave de todos lo había cometido ella. Era un disparate, una gran equivocación empeñarse en casar a dos personas. Era ir demasiado lejos, hacer algo que no le incumbía, convertir en frívolo algo que debería ser serio, en artificioso lo que debía ser natural. Estaba muy preocupada por todo aquello, y sentía vergüenza de sí misma, y decidió no volver a hacer nunca más nada parecido.

“He sido yo —se decía a sí misma— quien ha convencido a la pobre Lissi para que se sintiera atraída por ese hombre. Si no hubiera sido por mí, nunca hubiera pensado en él; y desde luego nunca habría pensado en él alimentando esperanzas, si yo no le hubiese asegurado

que Tomás se interesaba por ella, porque Lissi es tan modesta y humilde como yo creía que era él. Yo la estaba integrando en la sociedad, y dándole ocasión de que alguien se sintiese atraído por ella, pero no debería haber intentado nada más. Pero ahora, pobre muchacha, se le acabó el sosiego durante algún tiempo. Sólo he sido buena amiga a medias."

Se detuvo a ver si se le ocurría alguien más en quien pensar para su amiga, para que no se llevase tal decepción. Pero se sonrojó y se echó a reír al ver que reincidía; por lo que, en seguida, se puso a reflexionar más seriamente, aunque con menos optimismo, acerca de lo que había ocurrido y lo que podía y debía ocurrir. La penosa explicación que tenía que dar a Lissi, y todo lo que iba a sufrir la pobre, además de lo violentas que iban a ser para las dos las futuras entrevistas, las dificultades de seguir con aquella amistad o de romper, de dominar su pena, disimular su resentimiento, y evitar que se supiera todo aquello, bastaron para ocuparla en melancólicas reflexiones durante algún tiempo más, y por fin se acostó sin haber decidido nada, pero convencida de haber cometido una terrible equivocación.

Greta, con su temperamento juvenil y espontáneamente alegre, con la llegada del nuevo día no podía dejar de sentirse animosa de nuevo, a pesar de los sombríos pensamientos que la habían dominado la noche anterior. La juventud y la alegría de la mañana parecían corresponder a las de su espíritu, y ejercían sobre él una poderosa influencia; y si sus cuitas no habían sido lo suficientemente graves como para impedirle cerrar los ojos, éstos al abrirse hallaron sin duda las cuitas más aliviadas y las esperanzas más luminosas.

Por la mañana Greta se levantó mejor dispuesta para encontrar soluciones de lo que le costó, cuando se había acostado, más resuelta a ver con buen ánimo los problemas que tenía que afrontar, y con más confianza para salir airosa de ellos.

Era un gran alivio que Lissi no tuviera una extrema sensibilidad en la que los sentimientos son más intensos y duraderos…, ni que Tomás estuviera realmente enamorado sino que había fantaseado con ella y que tampoco él poseía una extrema delicadeza a la que decepcionar. Además no había necesidad de que nadie más se enterara de lo que había pasado, que todo quedara entre ellos tres, y, sobre todo, que su padre no tuviera ni un momento de preocupación por ello.

Éstos eran pensamientos muy alentadores; y la espesa capa de nieve que cubría la tierra vino también en su ayuda, ya que en aquellos momentos cualquier cosa que pudiese justificar el que los tres se mantuvieran totalmente alejados los unos de los otros debía ser bien acogida.

Como la nieve lo cubría todo y la atmósfera se hallaba en ese estado inestable entre la helada y el deshielo, que es el que menos

invita a estar al aire libre, y como cada mañana empezaba con lluvia o nieve y al atardecer volvía a helar, durante muchos días Greta tuvo el mejor pretexto para no salir de casa y para no tener que ir al centro de refugiados, entre otras cosas porque también tenían vacaciones de navidad, y lo mismo pasó con Lissi, que Greta le dio muchos días de vacaciones para que pudiera estudiar y aceptaron no verse, por el momento, hasta que fuese el día de Navidad y año nuevo.

El tiempo que hacía explicaba perfectamente que todo el mundo se encerrara en su casa. Solo Edgar podía exponerse a salir, ya que vivía en el mismo bloque, y podía hacerles una visita, pero tampoco se prestó a ello. Por lo que aquellos días de reclusión fueron muy gratos para todos —excepto para Greta que seguía con sus íntimas cavilaciones—. A pesar de sus esperanzas optimistas y del alivio que proporcionaba aquella tregua, Greta se sentía amenazada por la idea de que tarde o temprano tendría que dar una explicación a Lissi, y ello hacía imposible que la joven se sintiera totalmente tranquila.

Capítulo 13

Greta decidió por fin informar a Lissi de lo ocurrido y la invitó a su casa para el día de navidad. Según sus noticias había reincidido en un resfriado, pero ya se había curado, y era también necesario que ella tuviese un espacio de tiempo para recuperarse de la mala noticia que le iba a dar. Así pues tenía que destruir todas las esperanzas que ella misma había estado alimentando con tanto afán, mostrarse en el ingrato papel de la que había sido preferida y reconocer que se había equivocado totalmente y que todas sus ideas sobre aquella cuestión habían sido erróneas, como todas sus observaciones, con todas sus convicciones y todos los augurios que ella había hecho durante los últimos tres meses.

La confesión renovó por completo en Greta el sonrojo de unos días atrás y, al ver las lágrimas de Lissi, pensó que aquello nunca podría perdonárselo.

Lissi aceptó la realidad con mucho temple, sin hacer ningún reproche a nadie, y demostrando en todos los detalles un candor y una modestia que en aquellos momentos tenían un gran valor ante los ojos de su amiga.

Greta estaba en una buena disposición de ánimo para apreciar hasta el máximo la sencillez y la modestia; y todo lo que era afecto y comprensión, todo lo que debería resultar tan atractivo, le parecía estar de parte de Lissi, no de la suya. Lissi no se creía con derecho a quejarse de nada. Ganarse el afecto de un hombre como Tomás le parecía una distinción muy grande. Y nadie excepto una amiga tan parcial y cariñosa como Greta hubiera pensado que tal cosa fuera posible.

Derramó abundantes lágrimas, pero su aflicción era auténtica, tan poco afectada, que ninguna otra actitud hubiera podido impresionar más a Greta, y la escuchaba e intentaba consolarla recurriendo a todo su afecto y a toda su inteligencia, aquella vez realmente convencida de que Lissi era muy superior a ella, y que de parecerse más a su amiga conseguiría más bienestar y felicidad de lo que podrían proporcionarle todo su talento y toda su sensibilidad.

Quizá ya era demasiado tarde para proponerse ser ingenua y candorosa o inocente; pero Greta se separó de su amiga al día siguiente, tras pasar la navidad juntas y con su padre también, reafirmándose en su anterior propósito de ser humilde y discreta, y de refrenar su imaginación durante todo el resto de su vida.

Ahora su segundo deber, inferior tan sólo a las obligaciones que tenía con su padre, era el de procurar el bienestar de Lissi y demostrarle su afecto del mejor modo posible sin necesidad de tener que pensar en más bodas. Se esforzaría por distraerla y hacer que se divirtiese en el centro, y que pudiese encontrar buenas amigas y no la separaría de los suyos, porque ella se encontraba perdida cuando tenía que cambiar de identidad. Ni siquiera se había quitado el velo, lo cual decía de su respeto por su cultura y religión. Y Greta en esto nunca se había inmiscuido.

Parecía, por otra parte, lógico pensar que una vez hubiera transcurrido un cierto tiempo y una vez regresaran a la rutina normal de las clases en el centro y tuvieran que encontrarse con Tomás, pudiera haberse llegado ya a un estado de serenidad que permitiera a todos volver a encontrarse sin ningún peligro de delatar sus sentimientos ni de acrecentarlos.

Lissi consideraba a Tomás un hombre perfecto, y seguía sosteniendo que no podía existir nadie que pudiera comparársele ni física ni moralmente, y la verdad es que demostraba estar mucho más enamorada de lo que Greta había previsto. Y a pesar de todo, le parecía una cosa tan natural, tan inevitable tener que luchar contra una inclinación no correspondida de aquella clase, que no suponía que pudiera seguir siendo tan intensa durante mucho más tiempo.

Pero era inevitable que se encontrarían unos con otros y que tenían que componérselas como pudieran. Tal vez Tomás manifestaría su indiferencia de un modo evidente e inequívoco, y tampoco creía que Lissi siguiese empeñada en cifrar su felicidad en verle o recordarle.

Donde se había producido la herida allí debía ser curada, y Greta se conformaba con mantenerla trabajando con ella y con su padre en la casa, pues allí era el único sitio en donde Lissi podía tener ocasión de oír de él y hablar de él, si es que había que hacerlo, con fría serenidad y con crudo realismo.

Capítulo 14

-La política económica de subsidio a la oferta (no la de demanda del pleno empleo) no le funcionó a Reagan, ni le funcionará tampoco a Trump —alegó en una discusión de clase Raquel que era una aventajada alumna de Edgar.

—Y ¿por qué? Eso es lo que los empresarios desean —preguntó Edgar a su interlocutora.

—Sí, porque los republicanos se dicen a sí mismos y le dicen al pueblo estadounidense que el recorte de impuestos de Trump revitalizará la economía, hasta tal punto que las pérdidas consiguientes en impuestos serán menores que las que vocean los escépticos. Ese es el argumento y a estas alturas ya deberíamos saber muy bien que no se cumple. El recorte impositivo de Reagan en 1981 dio pie a una era de enormes déficits fiscales, menor crecimiento y mayor desigualdad. Y Trump en su reforma tributaria de 2017, está imponiendo una dosis aún mayor de estas políticas basadas en el egoísmo. El mismo presidente George Bush llamó a la política económica de Reagan de subsidio a la oferta "economía vudú". La de Trump es una economía vudú con asteroides.

Estalló la risa general en la clase. Raquel era una alumna aventajada y brillante que gustaba de defender las causas sociales. Al final de la clase, Edgar y ella se quedaron discutiendo un poco más y, finalmente, salieron de clase juntos y siguieron dando un paseo por el parque adyacente a la luz que aún clareaba de la tarde.

—Algunos de quienes apoyan a Trump admiten que sus políticas distan con mucho de la perfección, pero lo defienden señalando que, cuando menos, ha puesto su atención en aquellos sectores largo tiempo ignorados, concediéndoles la dignidad y la consideración de ser escuchados. Pero yo lo diría de otro modo: Trump ha sido suficientemente listo para detectar el malestar general, agitar las llamas de ese descontento y explotarlas de manera inmisericorde —aludió Raquel sarcásticamente.

—Sí, que esté dispuesto a empeorar la situación del estadounidense medio, al despojar de cuidados médicos a trece millones de estadounidenses, en un país que se tambalea por el declive de la esperanza de vida, demuestra que los desprecia —respondió Edgar.

—Lo mismo en cuanto a conceder exenciones tributarias a los ricos,

mientras incrementa los impuestos a la mayoría de los que se sitúan en los niveles intermedios. Y luego está la dura política proteccionista de reducción de importaciones, poniendo aranceles, lo mismo que Reagan, una hipocresía detrás de su discurso neoliberal.

—Sí, y sus políticas sobre el cambio climático negacionistas.

—Oh sí, negándolo todo.

—Verás, Raquel, tengo una amiga que trabaja en un centro de refugiados, y hay muchas personas colaboradoras. Bueno ella es mi vecina, en realidad, yo soy amigo de su padre, ex colega mío. Me gustaría que algún día pudieras visitar el centro y ver cómo funciona. No sólo se asiste en ayuda básica, también se asiste en la educación y enseñanza, y todos están estudiando. Me gustaría que la conocieras, al menos que vieras su trabajo. También hay clases de historia y sobre los problemas sociales. Yo creo que podrías asistir a alguna de ellas.

—Sí. Me parece interesante. En realidad, te quería preguntar para que me orientaras sobre qué estudiar en el futuro.

—Tal vez ella pueda hacerlo. Verás ¿tú puedes el sábado? Creo que se reúnen para una clase de historia. Pásate.

Capítulo 15

-En la idea de política de la identidad — Tomás hablaba a la clase — lo que más me ha sorprendido es lo que ha ocurrido en Estados Unidos, y en Reino Unido, y en algunos países que eran parangones de la democracia. No me sorprende que Polonia o Hungría se muevan en esa dirección, pero que Estados Unidos eligiese a alguien como Trump es algo que no habría predicho. Me sorprendió el auge de estos movimientos populistas en democracias consolidadas. Son un riesgo para el sistema liberal democrático que hemos creado. Es un fenómeno global, alejado de la agenda del siglo XX, donde se pasa de la lucha sobre asuntos económicos a otra más basada en la identidad. Es un movimiento preocupante, en el que los políticos usan su legitimidad democrática para atacar las partes liberales del sistema, como la Constitución, las instituciones.

—En la idea de política de la identidad —preguntó Raquel que estaba escuchando la clase— se mezclan asuntos muy dispares: nacionalismo, feminismo, Vladímir Putin, el movimiento afroamericano Black Lives Matter...

—Lo que tienen en común es una cierta psicología. La identidad se basa, en mi opinión, en el sentimiento de que todos tenemos, sobre todo, un yo interior con una cierta dignidad o valor. Y queremos que la gente reconozca esa dignidad. Ahora bien, la evaluación moral de esos movimientos es obviamente muy diferente. Black Lives Matter o Me Too se construyen a partir de una injusticia social real; mientras que la Rusia de Putin, un caso distinto, es agresiva, su sentido de nación significa la dominación de otros países a su alrededor. Y eso no es legítimo. No hay una equivalencia moral entre estos movimientos. Pero sí les une un sentimiento de dignidad insatisfecha.

—Pero la diferencia también estriba en que el feminismo o movimientos como Black Lives Matter buscan justamente que la identidad deje de importar —arguyó Raquel—. Que un afroamericano en coche tenga tantas posibilidades de que la policía le pare como a una mujer blanca. Y que a esa mujer una entrevista de trabajo le resulte igual que a un hombre.

—Sí, está bien, todos tenemos identidades particulares, pero en democracia también es importante tener un sentido de comunidad, porque debes participar en el sistema político democrático, y si sientes

que no tienes nada que ver con el resto de la gente por esas diferencias —relativas a raza, género o religión…— es un problema para la democracia. El reconocimiento de grupo se vuelve problemático cuando este se basa en principios no democráticos. Ese es uno de los motivos por los que el islam se ha vuelto controvertido. Las comunidades musulmanas más conservadoras no tratan a los gays, las mujeres o los judíos con el nivel de igualdad y respeto que la sociedad demanda. Ese tipo de cultura contradice los principios subyacentes de la sociedad general.

—¿Podría una democracia perfecta, con equidad perfecta, lograr el fin de la identidad?

—No lo creo —respondió Tomás—, la identidad viene de las experiencias compartidas y no existe una democracia en el mundo con todas las experiencias compartidas, de hecho, no creo que sea deseable. La diversidad es inherente a la sociedad y está creciendo. El problema no es el islam en sí, el problema en Europa es una interpretación extremadamente conservadora del islam, que viene apoyada con mucho dinero desde Arabia Saudí. Y ese es el problema, que tienen comunidades paralelas que no se quieren integrar.

—Hay musulmanes que no quieren formación sobre la comunidad gays lesbianas en las escuelas o que no quieren ser atendidos por médicas —declaró Raquel mientras miraba como se crispaba el rostro de algunas personas aludidas.

—No es aceptable —respondió Tomás—. El respeto a la diversidad cultural no debería extenderse a prácticas culturales que contradicen principios fundamentales de tu propia democracia. Uno de ellos es la igualdad de las mujeres y otro son los derechos de gays y lesbianas. No puedes reducir esos derechos por respetar una cultura a la que no le gustan.

Algunas personas empezaron a reírse y otras murmuraban entre ellos. Pero Tomás siguió hablando y esta vez introdujo un giro sorprendente:

—Lo que ha hecho bien Estados Unidos es crear una identidad nacional que no tiene que ver con la raza o la etnia. No fue así durante años, ya que los negros no tenían derechos, fue una larga lucha que requirió una guerra civil y luego vinieron 100 años de segregación… Eso es lo que Europa necesita, una identidad cívica en la que un musulmán en Italia o Alemania pueda considerarse italiano o alemán, pero esos conceptos están ahora ligados a una etnia. Lo que EE UU ha hecho mal es que han acabado tan polarizados en el asunto de la inmigración, que no son capaces de resolver el gran problema que tienen.

Se hizo una pausa de nuevo mientras se veía que el clima del discurso estaba acalorándose más y había muchas personas que se

consideraban interpeladas.

—El gran problema es que tenemos muchos inmigrantes ilegales, no hemos sido capaces de controlar el flujo ni de ofrecerles una senda a la regularización, que debería dárseles, debido al auge del discurso antinmigración. Ese es un peligro en EE UU pero también en Europa, que hemos visto con la gran crisis de refugiados de Siria. Las democracias se benefician de la inmigración, pero deben beneficiarse de una inmigración controlada, y eso no lo estamos haciendo bien.

Edgar que también asistió a la clase se quedó esperando a su amiga Raquel para finalmente presentársela a Tomás y a Greta. También Sonay estaba con ella. Ambas eran colaboradoras y atendían a las clases. Esta vez no pudo venir Lissi, que prefirió apartarse de las clases de Tomás para no tener que pasar el trago de disimular sus sentimientos.

Pero, en verdad, Tomás quedó sorprendido por la capacidad intelectual de Raquel y por su asistencia a la clase.

—Te felicito por tus preguntas y por tu atención y tu capacidad de contestar a las preguntas. Lo cierto es que se hace la clase más agradable, cuando hay más motivación en la gente. Hoy desde luego hemos tenido más personas interesadas en venir, porque el tema les tocaba más de cerca.

—Sí, ciertamente es así. —Raquel prestó atención a Sonay, que estaba también a su lado con otros compañeros y viendo que ella llevaba el velo religioso, le preguntó—: ¿De dónde eres tú?

—Soy de Turquía.

—¿De Turquía? Pero hablas muy bien nuestra lengua. Realmente tú estás muy bien integrada, ¿no?

—Sí, yo llegué siendo una niña y estudié la lengua, y luego seguí estudiando. La verdad es que me siento bien aquí.

—¿No te resulta duro con nuestras costumbres?

—La verdad es que no. Tengo una hija y estoy casada.

—Yo la he invitado muchas veces a mi casa —declaró Greta— y no quiere venir. Se ha casado y tiene ahora otras responsabilidades.

—Me cuesta ir, sí. No puedo dejar a mi marido solo, eso no está bien. Y luego yo no sé, Greta, qué decir. Cuando vosotros os reunís habláis de muchas cosas, pero yo no sé de qué conversar.

—Sí, mujer, claro que puedes hablar.

—Ya sé. Pero yo siempre digo cosas sin importancias, mientras que tú y Tomás tenéis más cultura.

—Nada de eso. En realidad, podríamos hacer un concurso de decir tonterías. Tú puedes empezar…, y entonces podríamos reírnos de decir la peor tontería.

Pero Sonay no entendió bien la broma de su amiga Greta y se quedó callada y seria. Edgar que observó aquel momento intentó

intermediar:

—No os preocupéis por los concursos, y aquí hay mucho que decir de todos nosotros que es ridículo. Hemos criticado a los políticos, y podemos también criticarnos a nosotros por no estar tan dispuestos a dialogar.

—Lo siento, Sonay. Yo no quería ofenderte —dijo Greta en el momento en que se dio cuenta de que había herido algo la susceptibilidad de su amiga—. Yo no quería decir eso. No tiene importancia. En verdad, somos muy buenas colegas.

Tomás se quedó hablando con Raquel un poco más, y la animó a que viniera a las clases cuando quisiera. Ambos sintieron mutua simpatía, y quedaron en que ella pudiese asistir más y colaborar, incluso, en sus clases.

Al final, todos quedaron satisfechos y se despidieron.

A la despedida, Edgar anunció a Greta que iba a venir el hijo de Jacobo a visitar a su hermano al día siguiente. Y que él había sido invitado también a ir a almorzar a su casa, y que si ella quería podría también venir, ya que Vivien había extendido la invitación a ella expresamente, para que se pudieran conocer. Era un chico que era de su misma edad, y podrían congeniar. Greta, en principio, se mostró encantada con la posibilidad de asistir, pero sólo puso la condición de poder regresar no muy tarde, para poder atender a su padre, que no se encontraba muy bien de ánimos.

Capítulo 16

-Quienes vivieron la era de Reagan era igual. Como Trump ahora, Reagan explotaba el miedo y la intolerancia.

Jacobo interpeló a su hermano Edgar, mientras se habían hecho ya las nuevas presentaciones. Pasaron a la mesa del comedor y empezaron a hablar de política al azar y entre todos.

—Trump —asintió su hijo, Ricardo— es en muchos sentidos más un revolucionario que un conservador. Podemos entender las fuerzas que hacen que sus concepciones distorsionadas resuenen entre tantos estadounidenses, pero eso no las hace más atractivas ni menos peligrosas.

—El déficit, por supuesto, se ha incrementado —dijo Jacobo—, pero eso ya se sabía, la pregunta sería en cuánto se había incrementado.

—La reforma fiscal de 2017 —añadió Edgar— ha dejado vacíos legales para los que invierten en bolsa se las ingenien, y sólo paguen como máximo un 20 por ciento de la tasa impositiva, mientras los demás trabajadores pagan una tasa el doble de alta. La economía va hacia la financiarización. Es decir la economía se ha desindustrializado. Estamos en una economía de servicios, y los países más ricos se las ingenian para vender todo tipo de activos financieros, y en verdad por esa parte muchos se han arriesgado. Pero es una economía que no crea riqueza directa. En cierta manera, salimos hacia adelante en huida y porque otros compran los bonos con deuda pública.

—Estoy de acuerdo contigo, Edgar —dijo Ricardo—. Tú lo has explicado mucho mejor que lo que yo podría. Pero, para mí, lo peor de Trump, es que se ha dedicado a explotar las divisiones entre el pueblo y a ahondarlas, a veces de una forma irracional. El civismo requerido para forjar un orden civilizado ha quedado de lado, así como cualquier pretensión de decencia en el discurso y las acciones.

—¿De decencia? —arguyó Greta—. La gente se levanta temprano por la mañana, va a trabajar todos los días. La gente está ahí, se entrega y da todo. La gente esta machacada por todos los días igual. Yo lo que creo es que Trump responde a una verdad, que es ésa, la realidad cruda de la gente de todos los días. La gente ya no se guía por principios de civismo. La gente se levanta y se esfuerza y está

estresada. Al menos Trump pelea, da la cara, su estilo machacón gusta a un sector bastante grande. La gente no cree en discursos cívicos de derecho. Se ha perdido la cortesía que antes distinguía las buenas maneras. Pero, no. No es eso. En EE UU, lo que la gente quiere es la verdad.

—En eso sí que no estoy de acuerdo, Greta —dijo Ricardo—, en que Trump respeta la verdad. No. Es una persona para quien la razón y la búsqueda de la verdad no son relevantes. No percibe el cambio climático, por ejemplo, como una amenaza a la vida. Trump es el desdén por la verdad, la ciencia, el conocimiento y la democracia, lo que lo diferencia de Reagan que todavía tenía una fachada de lógica y razón.

—La verdad es que no ha respetado a las instituciones del conocimiento, ni a la prensa —asintió Greta—, ni a los jueces, pues, como él ha dicho, los ha calificado como: "los llamados jueces".

—No respeta la ciencia, ni la teoría económica y ha desviado la cuestión de dónde se encuentran las verdaderas fuentes de riqueza de un país —respondió Ricardo mirando a su hermano y a Greta—. Esas fuentes son la productividad, la creatividad y la vitalidad de la población. Lo que ha hecho posible los avances en la ciencia y la tecnología en los dos últimos siglos.

—Y también —dijo Edgar— los avances en la organización económica, política y social habidos en ese periodo, incluidos el imperio de la ley, la competitividad, los mercados bien regulados y las instituciones democráticas, con mecanismos de pesos y contrapesos, y un gran número de instituciones que "dicen la verdad". Esos avances han aportado la base de los enormes incrementos en la calidad de vida, que se han dado en los dos siglos precedentes.

—Tú Edgar eres sociólogo —dijo Jacobo—, y tú representas muy bien a esas instituciones. Pero hoy el mercado no está equilibrado, no cuentan con la misma información, y se oculta y hay una enorme brecha entre ricos y pobres. Pero es que Trump parece que les da la razón a los ricos. De hecho, él recomienda en un libro suyo invertir en bolsa, cuando tú sabes que el mercado de bolsa es tan volátil hoy día y tan incontrolable. ¿Es ésa la verdadera fuente de riqueza de un país?

—Se ha visto como una salida todo lo que proviene de la financiarización y de los recursos financieros, que es un mercado extremadamente volátil. Y demasiados de ellos —respondió Ricardo con cierta ironía— viven cautivados por un pensamiento de tipo suma cero, que implica que la única forma en que uno puede enriquecerse, es quitando algo a los que están abajo. En la bolsa lo que uno gana, otro lo pierde. Y es así siempre. Luego tiene que venir el Estado y crear más dinero para ayudar a los bancos que se han arriesgado. Y no hay otra manera. Lo que explica las enormes deudas de los Estados

Unidos y el Brexit. Porque está claro que lo que se está haciendo es seguir por el mismo camino.

Vivien apareció y se unió a los comensales anunciando que se dispusieran a sentarse en la mesa, que ya estaba asado el pavo, y también tenían preparado lomo de cerdo y había jamón como entrante. Todo se serviría conjuntamente, junto con abundante ensalada de vegetales variados del tiempo. Aquello sonaba estupendamente para los comensales que estaban agotados de tanto discurso político.

Capítulo 17

Ricardo parecía un chico bastante normal, de la misma edad que Greta, por lo que los pusieron a ellos dos sentados juntos durante la cena, para que hicieran amistad. Al otro lado de Ricardo estaba Jacobo y el resto se situó en el lado de enfrente.

Greta estaba impresionada con él, pues se había hecho a la idea de que podía ser un chico extravagante y retraído o distante, dado a los cambios bruscos, por la manera en que podía haber sido educado, dado que sus padres se habían separado desde hacía años. Pero no había sido educado con resentimiento, y su madre incluso tenía un empleo mejor que el padre, ya que trabajaba en la administración. Lo cierto es que parecía muy agradable y tenía una sonrisa favorecedora y era atractivo a sus ojos. Y lo que más le sorprendió fue su carácter, no parecía inestable, sino todo lo contrario, una persona centrada, ni mostraba una inquietud excesiva, como ciertas personas que siempre tienen que estar haciendo algo, bueno o malo. Ni tampoco mostraba falta de atención por su padre o por su nueva mujer. Ni indiferencia por el modo en que su proceder pudiera ser juzgado por los demás.

Cuando estallaron entre risas porque quería echar mano del pavo y, de una buena parte, antes de que le sirviesen, su padre se limitó a llamarle “pequeño zoquete”, y a tomar a broma lo sucedido. Y Edgar dijo: “Todos los jóvenes tienen sus pequeñas manías”.

Pero Greta consideraba que, hasta entonces, sólo podía juzgar muy favorablemente el comportamiento del joven. También Vivien le habló de que era atento y amable con ella. En verdad, era de carácter abierto, alegre y vivaz. En cuanto a su madre la veneraba y hablaba muy bien de ella. Y de su padre hablaba con respeto.

La verdad es que tenía mucha gracia, llevaba el cabello ligeramente suelto, pero sin dar la impresión de avergonzarse por ello. No veía ningún mal en querer llevar el pelo un poco largo por los hombros, lo que le proporcionaba un semblante casi femenino. Se mostraba así igual de impertérrito que animado.

Greta se quedó pensando para sí y se daba cuenta de las diferencias que había entre él y Edgar. Éste ya era un joven no tan joven, sino

maduro, y no era ni alocado ni vanidoso, ni podría actuar como lo había hecho Ricardo.

El día siguiente le trajo la agradable perspectiva de volver a verse porque todos irían a cenar a un restaurante de pizzas de leña muy cerca de la casa de Edgar. Esta vez, Greta también fue invitada, junto con su padre, aceptando ambos el ofrecimiento de Edgar. Este quería compensarlos por la amabilidad de la que él tantas veces había sido objeto en casa de ellos, y añadió que si no les gustaba la pizza siempre podrían pedir un buen plato de pasta italiana.

Se proponían pasar así el resto del fin de semana, en familia, y también propusieron disfrutar todos de un buen paseo por el parque, que quedaba muy cerca de las casas de ellos.

Cuando pasearon, Greta se apartó un momento con Edgar para hablar de las últimas cosas que habían hecho. Edgar se refirió a su alumna Raquel, aquélla que estuvo en el centro con ella, y Edgar la elogió también por su capacidad y méritos.

—Ya sé que tienes muy buena opinión de Raquel —dijo Greta.

—Sí —replicó él—, todo el mundo sabe que tengo muy buena opinión de ella, también en el instituto.

—Y a lo mejor… —dijo Greta rápidamente mirándole con intención, e interrumpiéndose en seguida, pero era preferible saber lo peor cuanto antes, de modo que siguió diciendo muy aprisa—: Y, a lo mejor, ni siquiera tú mismo te has dado cuenta del todo de hasta qué punto la admiras. Tal vez, un día u otro, te sorprendas a ti mismo del alcance de tu admiración.

Edgar andaba muy entretenido con los botones de su chaqueta, que intentaba cerrarla del todo, para protegerse de la brisa de la tarde y, cuando al fin miró a Greta para replicar, se le habían subido los colores a la cara.

—¡Oh! ¿Pero aún estamos así? Andas lamentablemente un poco atrasada de noticias. Pues ya Tomás me sugirió algo así hace un par de semanas. En realidad, era él el que parecía que estuviera interesado en ella.

Se interrumpió de momento. Y estaba tan desconcertada que no sabía qué pensar. Al cabo de un momento, Edgar prosiguió:

—Sin embargo, puedo asegurarte que eso no ocurrirá jamás. Tengo por norma no mezclar la vida personal y el trabajo. Ella es una persona entrañable, pero estoy completamente seguro de que no me dejaré llevar por una incitación. Aparte es muy joven, y estoy seguro que ella no está enamorada.

Greta devolvió rápidamente la mirada de reojo a su amigo, y exclamó:

—No eres vanidoso si piensas que ella no está enamorada de ti. Pero ¿por qué no podría estarlo?

Edgar no dio muestras de haberla oído y estaba pensativo, y en un tono que delataba la contrariedad, no tardó en preguntar:

—¿De manera que ya me suponías que me iba a poner en relaciones con Raquel en serio? Hemos estado saliendo algunos días a pasear por el parque del instituto, y hablando de los proyectos de futuro, pero nada más, tratando de orientarla en los estudios.

—No, te aseguro que yo no imaginaba nada. Ya me he escarmentado de hacer de casamentera con mis amigos. Además tú mismo me precaviste del riesgo. Lo que he dicho ha sido sin darle importancia. Ya sabes que siempre se comentan esas cosas sin ninguna intención seria. ¡Oh, no! Te prometo que no tengo el menor deseo de que tú te cases o te ennovies. Si estuvieras casado ya no vendrías a mi casa a visitar a mi padre, y no nos harías compañía de ese modo tan agradable.

Edgar había vuelto a quedarse pensativo. El resultado de sus meditaciones fue:

—No, Greta, no creo que el alcance de mi admiración por ella llegue nunca a darme alguna sorpresa. Te aseguro que nunca he pensado en ella de ese modo.

Y poco después añadió:

—Raquel es una joven muy inteligente, pero ni siquiera ella es perfecta. Tiene un defecto. No tiene una visión realista de lo que quiere y es demasiado idealista, tanto que rompe con todo lo establecido. En verdad, es algo inestable y rebelde, y todavía tiene que aprender bastante de la sociedad, y mezclarse con ella para saber lo que puede conseguir y a lo que puede aspirar. Creo que necesita a alguien de su edad o alguien con una mente tan exacerbada como la de ella.

Greta no pudo, por menos, de alegrarse al oír que Raquel tenía un defecto.

—Bueno —dijo—, entonces supongo que no te costó nada contestar a Tomás, si él te hizo una insinuación acerca de ella.

—La verdad es que no. Y no tendría que sorprenderme que Raquel acepte sus atenciones. Ambos tienen un tipo de inteligencia muy superior, aparte de que ambos están llenos de elogios para con ellos, como para no insistir en sus intenciones o no tratar consolidar una situación que parece sólida entre ellos.

—Raquel es una muchacha muy despierta —dijo Greta—. Yo no la acuso de querer prevalecer siempre y adivino en ella una gran sensibilidad, y un temple excelente, como se ve por su paciencia, por su dominio de sí misma. Aunque le falta el espacio que requiere, el saber poner límites a sus deseos. Ella es despierta y parece querer siempre más.

—Sí, a mí me gustan los caracteres un poco más reservados, sin ello

querer decir falta de franqueza. Reserva que es moderación y más equilibrio.

—La verdad es que te veo —añadió maliciosamente Greta— tan obsesionado con la idea de no estar enamorado de ella, que no me extrañaría mucho que terminaras estándolo. Aún no me has convencido.

Ricardo se interpuso entonces entre ellos, procurando un poco de la atención de Greta, para recordarle que pronto irían al restaurante, y que tenían que prepararse para recoger al padre de Greta.

Durante la comida Ricardo se sentó al lado de Greta y estuvo muy cordial y alegre con ella, y la elogió varias veces por su labor en el trabajo, y su dedicación a su casa y a su padre. El estuvo hablando de que había terminado los estudios de informática, y que quería viajar por Europa, y luego ponerse a trabajar en alguna empresa.

Al final de la comida, y al despedirse para volver a sus casas, Ricardo volvió a exigir un poco de la atención de Greta, y la apremió para que volvieran a verse, ya que le gustaría mucho salir algún día con ella y poder conocerse, tal vez podrían ir al cine. Y le dijo que la llamaría.

Capítulo 18

Después de un período de tiempo, algunos días cuando Greta regresaba a casa después del trabajo, sucedía que Lissi se quedaba hablando con su padre y con Edgar más de lo normal y como una nueva costumbre. Y, a su vez, la presencia de Edgar era más frecuente de lo habitual. Entre ellos habían estrechado lazos de confidencias y amistad, de un modo que había pasado inadvertido para Greta.

Greta quiso hablar aquel día con ella, porque tenía la sensación de que tenía que prevenirla o, al menos, quería saber qué era lo que pasaba en su corazón.

—Te prometo que ya no sé leer en los corazones, Lissi. Y siempre te he alentado a que hables con la gente y a concebir esperanzas de que puedas volver a enamorarte. Puedes tener la seguridad de que si yo pudiera sospechar algo de este tipo yo te alentaría a seguir adelante.

—¿Pero de qué se trata, Greta?¿Por qué me tendrías que alentar? ¿Es que supones algo? —replicó Lissi sonriendo.

—¡Lissi! —exclamó Greta, después de un momento de pausa—. ¿Qué quieres decir? ¡Por lo que más quieras, dime por qué tengo que suponer…!

No pudo seguir hablando… Había perdido la voz; y se sentó esperando con ansiedad a que Lissi contestara. Lissi, que estaba de pie, a cierta distancia, volviéndole la espalda, tardó unos minutos en hablar; y cuando por fin lo hizo, su voz estaba tan alterada como la de Greta.

—Nunca me hubiese parecido posible —empezó diciendo—. Nunca hubiese creído posible, pero él es tan superior a todos los demás. Es la única persona que he visto que se ha preocupado realmente por mí, y que se ha interesado en mi persona.

Greta entonces recordó como Edgar, en un primer momento, le había prevenido de la amistad con Lissi, por tratarse de una amistad desigual, que sólo podía conducir a Lissi a más problemas, al sacarla fuera de su círculo social, ya que podía sufrir desilusiones y el rechazo de los demás.

—No te entiendo —dijo Greta—. Yo siempre he apoyado tus sentimientos…

—Sí, pero ya sé que al principio tú lo hubieses considerado como una presunción excesiva por mi parte, el atreverme a pensar en él. Al principio, si no me hubieras dicho que cosas más difíciles habían ocurrido; que parejas más desiguales se habían unido. Si tú no me hubieras dicho eso, ya sé que yo no me hubiera atrevido nunca a tener esperanzas… Y sé si tú lo hubieras considerado imposible… tú que tienes tanta amistad con él…

—Lissi… —exclamó Greta, dominándose resueltamente—. Es mejor que ahora nos entendamos las dos. ¿Estás hablando de Edgar, no?

—Desde luego. Tú sabes que siempre me ha apoyado, que tiene paciencia conmigo y me aconseja. Y que le gusta mucho el guiso de ratatouille que yo preparo y, por eso, se queda muchas más veces y nos acompaña a tu padre y a mí. Y además me ha defendido cuando tuve problemas con el inglés, y vino a hablar para que me dieran el certificado, porque se retrasaban y lo necesitaba para prepararme en los estudios del instituto técnico. Le estoy muy agradecida por ello. ¿Por qué no podía enamorarme? Él también parece tan solitario, tan necesitado. Aunque, en verdad, es una persona tan decidida, tan positiva, que parece que no necesita nada.

—¡Santo Cielos! ¡Pero Lissi! —exclamó Greta.

Hizo una breve pausa. Greta no se veía con ánimos para hablar.

—Greta, debes estar pensando que él está infinitamente mucho más por encima de mí. Pero yo espero, Greta, que suponiendo… que si… por extraño que pueda parecer… y si yo fuese tan afortunada, tanto que… si Edgar llegara… si a él no le importara esta desigualdad, confío, querida amiga, que tú no te opondrías… que no nos crearías dificultades. Pero estoy segura de que eres demasiado buena para hacer algo así.

Lissi estaba de pie, junto a una de las ventanas. Greta se volvió para lanzarle una mirada llena de consternación y dijo rápidamente:

—¿Tienes algún indicio de que Edgar corresponde a tus sentimientos?

—Sí —replicó Lissi, con humildad, pero sin temor—. Puedo decir que sí lo tengo.

Inmediatamente Greta desvió la mirada. Y durante unos minutos permaneció en silencio, meditando, con los ojos fijos. Unos pocos minutos bastaron para revelarle lo que había en su propio corazón. Una inteligencia como la suya, una vez concebía una sospecha, hacía rápidos progresos hacia su objeto. Greta suponía… admitía… reconocía toda la verdad. ¿Por qué era mucho peor que Lissi estuviera enamorada de Edgar que de Tomás? ¿Por qué aquella contrariedad adquiría proporciones tan enormes con el hecho de que Lissi tuviese

esperanzas justificadas de ser correspondida? Una convicción se abrió paso, con la celeridad de una flecha, en el ánimo de Greta: ¡era ella quien estaba enamorada de Edgar!

En aquel corto espacio de tiempo comprendió cuál había sido su conducta y vio claro en su propio corazón. Lo vio todo con una lucidez, como hasta entonces nunca había tenido. ¡Qué mal había estado haciendo! ¡Con qué falta de atención y delicadeza! ¡Qué insensato y qué cruel había sido su proceder! ¿Cómo había podido dejarse llevar por aquella ceguera, aquella locura? Se daba perfectamente cuenta de lo que había hecho y estaba tentada a aplicarse a sí misma los términos más duros. Sin embargo, un resto de respeto por sí misma, a pesar de todas sus culpas, la preocupación por salvar las apariencias, y un intenso deseo de ser justa para con Lissi (no necesitaba compasión la muchacha que se creía amada por Edgar, pero era justo que ahora ella no pudiera sentirse dolida al verse tratada con frialdad)... impulsaron a Greta a esperar y a soportarlo todo con calma e incluso con aparente afabilidad. Por su propio bien, era preciso que se enterara de todo lo posible concerniente a las esperanzas de Lissi; y Lissi no había hecho nada para que le negara el cariño y el interés que ella le había otorgado tan voluntariamente, ni merecía ser ahora menospreciada por la persona cuyos consejos siempre habían sido desacertados. Así pues, abandonando sus reflexiones y dominando su emoción, se volvió de nuevo hacia Lissi y, en un tono más acogedor, reanudó la conversación.

Lissi, que había estado absorta en sus gratos ensueños, no dejó de sentirse halagada cuando la despertaron de ellos, al ver la alentadora invitación a hablar que le hacía una persona de tanto criterio, una amiga como ella, y no necesitó más que una insinuación para referir toda la historia de sus esperanzas con gran deleite, pero con temblorosa emoción. Mientras hacía preguntas y recibía las respuestas, Greta lograba ocultar mejor que Lissi su emoción, que no era menor que la suya. Su voz no tambaleaba; pero su espíritu no podía hallarse más turbado por aquel descubrimiento que acababa de hacer, por la confusión que producían todas aquellas impresiones tan súbitas… Escuchó el relato de Lissi con un gran sufrimiento interior, pero aparentando una gran serenidad; no podía esperar de su amiga que se expresase de un modo más metódico, ordenado ni tampoco demasiado claro; pero una vez la narración fue surgiendo, esta contenía sustancia suficiente como para dejarla muy abatida, sobre todo, teniendo en cuenta las circunstancias que su propia memoria evocaba ahora, y que corroboraban el hecho de que Edgar había ido teniendo cada vez una opinión más favorable de Lissi.

Desde aquellos días decisivos en que la había ayudado con el certificado de inglés para su acceso en el instituto de ciencias, Lissi se

había dado cuenta de que la actitud de Edgar para con ella era distinta… Desde aquel día, Lissi había empezado a advertir que su amigo hablaba con ella mucho más de lo que antes tenía por costumbre y de que la trataba de una manera diferente; en su trato había una amabilidad, un afecto… Cada vez iba siendo más consciente de ello. Lissi repetía frases de aprobación y de elogio que él le había dedicado… y Greta sabía que concordaban perfectamente con lo que ella sabía de sus opiniones acerca de Lissi. La elogiaba por carecer de artificio y de afectación, por ser sencilla, sincera, generosa… Sabía que él veía todas estas cualidades en Lissi; le había hablado de ellas en más de una ocasión… Muchas de las cosas que ella guardaba en su memoria, muchos pequeños detalles que revelaban la atención que él le prestaba, una mirada, una frase, el hecho de pasar de una silla a otra para sentarse, un cumplido disimulado, una preferencia sobreentendida, habían pasado inadvertidos para Greta, porque no había sospechado nada semejante. Circunstancias que hubieran bastado para llenar un relato de media hora, y que contenían múltiples indicios para quien las había presenciado, habían pasado por alto para Greta, que ahora escuchando a Lissi se enteraba por primera vez. En uno de esos indicios, él le había preguntado si había entregado su corazón a alguien, como interesándose más por ella. Sólo que esa conversación se vio interrumpida pues él tenía que partir para otras obligaciones.

Acerca de este indicio, después de reflexionar un poco Greta se atrevió a formular la siguiente pregunta:

—¿Y si hubiese querido decir otra cosa? ¿No es posible que al preguntarte, según creíste entender, si ya habías entregado tu corazón, estuviese aludiendo a Mahmud? ¿No podía estar pensando en los intereses de Mahmud?

Pero Lissi rechazó enérgicamente la suposición:

—¿Mahmud? No, no, desde luego que no. No aludió para nada a Mahmud.

Una vez Lissi hubo terminado su relato, apeló a Greta para que le dijera si tenía motivos o no para alimentar sus esperanzas.

—Yo nunca me hubiera atrevido a pensar en él —le dijo Lissi—. Lo único que hice fue observar su proceder y dejar que mis sentimientos se guiaran por él. Y ahora empiezo a pensar que si él me elige no me parecerá una cosa tan extraordinaria.

La amargura, la terrible amargura que Greta sintió en su interior al oír estas palabras, le obligó a hacer un gran esfuerzo para dominarse y poder contestar:

—Lissi, yo lo único que puedo decirte es que Edgar es una persona absolutamente incapaz de dar a entender deliberadamente a una mujer que siente por ella más atracción de la que en realidad siente.

Por otro lado, está la amistad que él siente por ti y por mí, pero no te dejes llevar por la galantería o por sus buenos modales simplemente o por su interés. Si él sintiese algo te lo diría claramente. Ya sé que ahora tienes más experiencia con los hombres. Pero no te puedes enamorar, sólo porque te hayan hecho un favor. Sino que, en principio, la amistad y sólo la amistad es lo que predomina y lo que está presente.

Lissi pareció casi dispuesta a adorar a su amiga por una frase tan grata; y Greta sólo logró evitar sus manifestaciones de cariño y de entusiasmo, que en aquel momento le hubieran sido particularmente penosas, y gracias a que se oyeran los pasos de su padre que se dirigía hacia el salón, Lissi, que estaba demasiado alterada para poder presentarse ante él, decidió marcharse.

—No podría dominarme si tu padre me ve así. Con la emoción estoy temblando. Y es mejor que me vaya ahora. Ya dejé planteada la cena y limpia la cocina. Lo siento por todo esto.

Y así, con la inmediata aprobación de su amiga, se dispuso y partió hacia el centro de refugiados… Y apenas ella se hubo ido, los sentimientos de Greta se exteriorizaron en una espontánea exclamación:

—¡Oh, madre mía! ¡Nunca hubiera pensado hasta qué punto podría llegar a explotarme todo en la cara! ¡Ojalá no la hubiera traído hasta aquí!

El resto del día y la noche siguiente apenas bastaron para sus pensamientos. Se hallaba turbada por la confusión de todo lo que había irrumpido en su vida en aquellas últimas horas. Cada momento había aportado una nueva sorpresa; y cada sorpresa era un motivo más de humillación para ella. ¿Cómo podía comprenderlo todo? ¿Cómo podía comprender que hubiera estado engañándose a sí misma de aquel modo hasta entonces, viviendo en aquel engaño? ¡Aquellos errores, aquella ceguera de su mente y de su corazón! Se quedó sentada, se paseó, anduvo de una a otra habitación, probó a pasear por el parque… En todos los lugares, en todas las posiciones no podía dejar de pensar que había obrado de un modo insensato; que se había dejado engañar, por los demás, de un modo mortificante; que se había estado engañando a sí misma de un modo más mortificante aún; que se sentía desgraciada y que probablemente aquel día no era más que el principio de sus desgracias.

Por el momento, lo primero que debía hacer era ver claro, ver totalmente claro en su propio corazón. Hacia este objetivo tendieron todos los momentos de ocio que le permitieron sus obligaciones en el centro y para con su padre, y todos los momentos de involuntario ensimismamiento.

¿Cuánto tiempo hacía que sentía aquel afecto por Edgar que ahora

sus sentimientos le revelaban con toda evidencia? ¿Cuándo había empezado a ejercer su influencia, aquella clase de influencia, sobre ella? ¿Cuándo había conseguido ocupar en su afecto el lugar que sólo, por un breve espacio de tiempo, pareció ocupar Ricardo con su jovialidad y su seducción hacia ella? Intentó recordar los últimos momentos; comparó a los dos… les comparó según la estimación que había sentido por cada uno de ellos. Se daba cuenta de que, en todo momento, había considerado a Edgar como infinitamente superior al otro, que en todo momento había sentido por él un afecto mucho mayor. Se daba cuenta de que al convencerse a sí misma de lo contrario, al imaginarse que así debía ser y obrar en consecuencia, se había engañado, ignorando totalmente lo que había en su propio corazón. Y, en resumen, a pesar de haber salido una y hasta dos veces con él ¡en realidad nunca había sentido la menor atracción por Ricardo!

Esta fue la conclusión de sus primeras reflexiones. Esta fue la primera convicción sobre sí misma a la que llegó, respondiendo a las primeras preguntas que se había formulado; y sin que necesitara mucho tiempo para ello… Se sentía enojada y apenada. Y se avergonzaba de todos sus sentimientos, menos del que acababa de descubrir: su afecto por Edgar. Todo lo demás, de lo que encontraba en su interior, le repugnaba.

Con una imperdonable vanidad, se había creído poseedora del secreto de los sentimientos de todo el mundo; con una inexcusable arrogancia, se había propuesto arreglar las vidas de todo el mundo. Y se había demostrado que se había equivocado en todo; y ni siquiera no había hecho nada, sino que había provocado dolor y desgracias… Había traído la desgracia a Lissi, y a ella, y mucho se temía que también a Edgar.

Lissi y Edgar ¿era posible? No; no lo era. Y sin embargo estaba lejos, muy lejos de ser algo imposible… ¿Sería la primera vez que un hombre de grandes prendas se sintiese atraído por una mujer de otra raza o religión? ¿Sería la primera vez que alguien, quizá demasiado entregado a una profesión y a unas ideas, y con poco tiempo para buscar por sí mismo, se dejase seducir por una muchacha interesada en agradarle? ¿Sería la primera vez que ocurría en el mundo algo desproporcionado, inconsistente, incongruente… y que un azar o unas circunstancias, como causas segundas, dirigiesen el destino humano?

¡Oh! ¡Ojalá no se le hubiera ocurrido nunca la idea de querer mejorar la posición o la integración de Lissi! ¡Ojalá nunca hubiera impedido, cometiendo una insensatez que no tenía palabras bastantes para expresar, que se hubiese casado con un joven irreprochable de la misma raza que ella, que la hubiese hecho feliz y sería respetada igualmente, y no hubiera ocurrido nada de todo aquello! ¡No se

hubieran producido ninguna de aquellas terribles consecuencias!

¿Cómo había sido posible que Lissi se hubiera atrevido a pensar en Edgar? ¿Cómo podía atreverse a imaginar que era la elegida, si él todavía no le había asegurado nada, ni le había pedido salir? Pero Lissi era menos humilde y tenía menos escrúpulos ahora que antes… Parecía sentirse más en igual posición, tanto intelectualmente como en posición social. Pero ¡ay! ¿No había sido ella quien la había alentado a ello? ¿Quién si no ella se había preocupado tanto por conseguir que Lissi se valorase a sí misma? ¿Quién si no ella le había inculcado que iba a encumbrarse socialmente, dentro de lo que fuera posible, y que tenía grandes condiciones para aspirar a una situación mucho más elevada? Si Lissi había dejado de ser humilde para ser vanidosa, esto era también obra suya.

Capítulo 19

Hasta ese momento en que se veía amenazada de perderlo, Greta nunca se había detenido a pensar en lo mucho que dependía su felicidad del hecho de tener el interés y el afecto de Edgar. Convencida de que era así, y creyendo que era como un derecho suyo, había disfrutado de ello, sin pararse a reflexionar; y sólo ante el temor de verse suplantada advirtió lo indeciblemente importante que había sido él para ella… Greta se complacía desde hacía algún tiempo de ser su amiga favorita. Ella no lo había merecido; a menudo se había mostrado indiferente, e incluso con mala intención, había desdeñado sus consejos y, en ocasiones, incluso se había opuesto voluntariamente a él, sin reconocer ni la mitad de sus méritos, disputando con él porque se negaba a admitir la idea insolente que tenía de sí misma. Pero, a pesar de todo, por la relación que tenía con su padre desde hace años y por la costumbre, y gracias a que él tenía un espíritu superior, él había intentado que ella fuese mejor, y con un afán para que obrara rectamente, de un modo que nadie más que ella había compartido con él. Y a pesar de todos sus defectos, Greta sabía que había un afecto entre ellos, y que él la quería; acaso podía decir que la quería mucho… Sin embargo, cuando pensaba en las posibilidades del futuro, no se veía con ánimos de verlas muy halagüeñas.

Lissi podía considerarse a sí misma digna de ser amada de un modo muy especial, exclusivamente, apasionadamente, por Edgar. Ella no. No podía engañarse a sí misma, pensando que él estaba ciego al sentirse interesado por Lissi. Tenía una prueba muy reciente de su imparcialidad. Cuando él le llamó la atención, porque quiso rebajar a Sonay diciéndole que podían hacer con ella un concurso de decir tonterías. ¡Cómo se lo recriminó luego! Aunque, en ese momento, aquello todo pasó como si fuera una broma. Pero ¡de qué modo tan claro se expresó sobre aquel caso! No demasiado enérgico, si se tenía en cuenta la ofensa. Pero sí, suficiente como para suponer que detrás de aquella actitud había un sentimiento menos rígido, que el de una justicia inexorable y una buena voluntad clarividente… No tenía, por

ello, esperanzas, nada que mereciera el nombre de esperanzas de que pudiera sentir por ella aquella clase de afecto en el que ahora pensaba; pero había una esperanza (a veces débil, otras mayor) de que Lissi se hubiese engañado a sí misma y diera al afecto que Edgar sentía por ella más importancia de la que en realidad tenía… Debía desear por el bien de su amigo… que ella fuera la única en pagar las consecuencias, pero que siguiera soltero y sin compromiso. Sólo que siguiera siendo el mismo Edgar, para ella, y para su padre, el mismo Edgar para todo el mundo. Si no perdiera nada de su inapreciable trato amistoso y cordial, para ella la paz quedaría asegurada para siempre… En realidad, el matrimonio no estaba hecho para ella. Nada podría separarla de su padre y de sus proyectos de carrera. No se casaría, ni siquiera si se lo pidiese Edgar.

Su más ardiente deseo debía ser que Lissi tuviera una decepción. La observaría y observaría también a Edgar. Pero no sacaría ninguna ventaja de hablar más del asunto con Lissi. Le diría que no viniese a su casa por ahora, porque ahora estaba muy susceptible con su amigo, y porque era mejor esperar un tiempo para que ella pudiera tranquilizarse. Que era mejor que se concentrase ahora en sus estudios y que estuviese más tiempo en el instituto. Así se lo rogó, de un modo amable, pero resuelto, en una conversación que mantuvieron por teléfono. Y diciendo que confiaba que si dejaban pasar unos cuantos días sin verse, excepto en compañía de otras personas (sólo se oponía a un tête-a-tête o a más confidencias), podrían obrar como si hubiesen olvidado la conversación del día anterior… Lissi se sometió, aprobó la idea y manifestó su gratitud.

Aquel día el atardecer fue muy largo y muy triste. Y el tiempo pareció contribuir a hacer más sombrías aquellas horas. Se desató una borrasca de lluvia fría, se levantó viento y la duración de la luz en el mes de julio prolongó aquel melancólico espectáculo.

El mal tiempo afectaba al padre de Greta, y el único modo para que se sintiera pasablemente a gusto, debía ser el recibir las constantes atenciones por parte de su hija, que a Greta le costaron doble esfuerzo del que hasta entonces había necesitado en aquellos casos. Aquella tarde le recordaba la primera vez en que padre e hija se quedaron solos, la tarde del día en que se casó su amiga Vivien. Pero ahora el porvenir que se abría junto a ella, viendo que sus amigos ya no volverían a visitarla del mismo modo, era tan amenazador que no podía ser totalmente conjurado. Ni, en parte, parecía poder llegar a ser más halagüeño y ella tendría que alentar a su padre con los ánimos que le quedaran de su desaparecida felicidad.

¡Edgar ya no volvería a hacerles compañía por las tardes! ¡Ya no volvería a visitarles a todas horas como si estuviera siempre dispuesto a cambiar su propio hogar por el suyo! ¿Cómo iba a poder soportar

todo eso? Y si la causa de que le perdiera era Lissi, si Lissi iba a ser para él la elegida, la primera, la amiga más querida, la esposa en quien debía cifrar toda la felicidad del mundo; ¿qué idea podía resultar más desconsoladora para Greta, sino la que no podría jamás apartarse de su mente, de que todo habría sido obra suya?

Cuando sus reflexiones llegaban a este punto extremo, no podía evitar estremecerse, emitir un profundo suspiro e incluso pasear por la habitación durante unos breves segundos… y el único pensamiento del que podía extraer algo parecido a un consuelo, a una resignación, era su decisión de que a partir de ahora iba a corregirse, y la esperanza de que, aunque el próximo año no pudiera compararse con éste en animación y en alegría, iban a encontrarla más sensata, conociéndose más a sí misma, y terminarían dejándole menos cosas de que arrepentirse.

Capítulo 20

Durante toda la mañana siguiente continuó haciendo, más o menos, el mismo tiempo; y en casa de Greta parecía reinar la misma soledad y la misma melancolía. Pero, a primera hora de la tarde, el cielo se despejó; el viento cedió en su fuerza; las nubes se disiparon; lució el sol; había vuelto el verano, con toda la vehemencia que inspira un cambio de tiempo como éste. Greta se propuso salir al aire libre lo antes posible. Nunca el maravilloso espectáculo, los olores, la sensación de la naturaleza tranquila, cálida, brillante, después de una tempestad, le habían resultado más atractivos. Ansiaba la serenidad que todo ello iba a introducir gradualmente en su espíritu; y aprovechando que su padre se encontraba de ánimos para ir al centro de fitness, y que se fue en seguida, ella se tomó ese tiempo libre para poder salir al parque, y dar una vuelta por la naturaleza. Se disponía a franquear la puerta de salida de su edificio, cuando, en ese momento, vio que llegaba Edgar. Llegaba con una pequeña maleta de avión. Era la primera noticia que tenía de que había vuelto de su viaje-conferencia en Londres. Un momento antes Greta había pensado en él, considerándole sin la menor vacilación a tanta distancia como fuera posible. Sólo tenía tiempo para hacer una rápida composición de lugar. Tenía que dominarse y sosegarse. Cuando estuvieron el uno enfrente del otro se saludaron de un modo tranquilo y mesurado, por una y otra parte. Se miraron y ella puso un beso en su mejilla. Los "cómo estás y cómo lo has pasado" se sucedieron el uno al otro.

—¿Cuándo has partido de Londres?

—Esta misma mañana.

—Has debido mojarte por el camino.

—Sí.

Greta vio que deseaba dejar la maleta en casa, pero vio que también deseaba seguir hablando con ella.

—Mi padre ha salido al gimnasio, y yo voy a dar un paseo por el parque. Anímate. Te espero y si quieres lo damos juntos. El tiempo ha mejorado tanto y ha salido el sol.

Así lo hicieron. El bajó por el ascensor después de dejar los objetos

de peso en su casa, y volvió junto a ella.

Se pusieron a andar juntos. Por su aspecto y manera de hablar parecía contrariado; y Greta inspirada por sus temores no dijo nada y él guardaba silencio. Greta tenía la impresión de que, de vez en cuando, la miraba de reojo, como si quisiera leer en su rostro más de lo que a ella le convenía dejar entrever. Y esta suposición le inspiró más temor. Quizá quería hablarle de Lissi, posiblemente, y sólo esperaba que ella le diera pie. Pero Greta no lo hacía, no podía hacerlo, no se sentía con fuerzas para que la conversación derivase hacia aquel tema. Él tendría que hacérselo todo. Y tratándose de él, aquel silencio era algo fuera de lo común. Él estuvo pensando, se decidió y por fin, intentando sonreír, empezó:

—Esta mañana he recibido un email de mi hermano, en el que me dice que Ricardo se ha puesto en relaciones con una joven de su instituto.

—¿Cómo es posible? ¡No nos había dicho nada! —exclamó Greta, volviendo hacia él su rostro encendido.

Edgar se sintió más aliviado al ver su rostro, y al momento pudo decir con algo más de serenidad:

—¿No sospechabas nada? En realidad, era mi hermano quien tenía interés en que tú conocieras a Ricardo. Y él le había hablado muy bien de ti. Creo que salisteis un par de veces.

Durante unos momentos hubo un silencio, pero Greta no se advirtió de la gravedad de sus palabras, hasta que sintió que él le había cogido la mano y se la apretó, y le oyó decir en voz baja, en un tono muy emocionado:

—El tiempo, Greta, lo cura todo y también curará esta herida… Tienes un gran sentido común y tienes que hacer un esfuerzo pensando en tu padre. Ya sé que para ti…

Volvió a apretar de nuevo la mano de la joven, mientras añadía con voz aún más cálida y más entrecortada:

—La desilusión... Se ha portado como un pánfilo y un papanatas… —Y en un tono más bajo pero más resuelto—: Él se cree un joven alegre.

Greta le comprendió, y apenas pudo recuperarse de la intensa sensación de gozo que le había producido aquella prueba de afecto por parte de él, replicó:

—Eres muy bueno, pero te equivocas. Y tengo que decirte cuál es la verdad. No necesito esta clase de compasión. Mi ceguera, ante todo lo que estaba pasando, me llevó a actuar de un modo que me vi tentada a decir y hacer muchas cosas que pudieron dar pie a esas suposiciones, pero esta es la única razón que tengo, mi ceguera. Y la sensación de que no he sido partícipe de nada. No ha habido tiempo de conocernos.

—¡Greta! —exclamó él mirándola afanosamente—. No, no, ya te

entiendo. No ciertamente no vale la pena lamentar su pérdida. Confieso que yo no sabía tu actitud, nunca podía estar seguro de hasta donde llegaban tus sentimientos. Pero en ti había una predilección.

—Edgar —dijo Greta, tratando de mostrarse animosa, pero sintiéndose en realidad en medio de la mayor confusión—, me pones en una situación muy delicada. No puedo dejar que sigas en este error; y, sin embargo, tal vez, puesto que mi proceder te dio esa impresión, no me faltan motivos o no siento vergüenza en confesar que nunca me he sentido enamorada de la persona de que estamos hablando, como podría sentirse una mujer que confesara lo contrario… ¡Nunca!

Él la escuchó en silencio. Greta hubiese querido que él le hablara, pero él seguía callado. Supuso que debía añadir algo más, antes de hacerse merecedora de su clemencia. Y siguió diciendo:

—Mi proceder tiene pocas disculpas. Me tentaron sus atenciones, y me permití a mí misma mostrarme complacida. Una vieja historia… probablemente un caso muy corriente, algo que les habrá ocurrido a centenares de mujeres antes que a mí. Y en resumen —con un suspiro —, no voy a ocultarte con frases ingeniosas cuál ha sido la causa más importante de todo esto. Halagaba mi vanidad, y consentí sus atenciones. Sin embargo, en estos últimos tiempos yo ya no pensaba que aquello pudiera significar algo. Era como un juego al que una se acostumbra, pero sabes que no va a pasar a más. Nunca había estado enamorada de él. Y ahora puedo interpretar aproximadamente su conducta. Él nunca quiso enamorarme. Aquello no era más que una pantalla para ocultar su verdadera situación con otra chica. La verdad es que nadie pudo engañarse de un modo más efectivo que yo, sólo que no me engañé. Esta fue mi mayor suerte. Por el motivo que fuera me libré de él.

Al llegar a este punto, Greta hubiera deseado que él le respondiera, aunque sólo fueran unas pocas palabras para decir que, por lo menos, su conducta era comprensible; pero seguía en silencio; y por lo que ella podía conjeturar, sumido en sus pensamientos. Por fin, casi en su tono habitual, dijo:

—Nunca he tenido buena opinión de Ricardo, no sé si porque ha estado distanciado de mi hermano por su madre. Sin embargo, siempre puedo suponer que no haya sabido apreciar sus cualidades. Mi relación con él ha sido muy superficial. E incluso admitiendo que le haya juzgado con rigidez y no muy bien, creo que puede llegar a ser mejor. Y no tengo motivo para desearle mal. La verdad es que es un hombre de suerte. Su familia está dispuesta a ayudarle a ser feliz. Un hombre tan joven, por otra parte, en una edad en que cuando se elige mujer uno casi siempre se equivoca...

—¡Hablas como si le envidiases!

—Y le envidio, Greta. En una cosa te aseguro que le envidio.

Greta no se atrevió a decir nada más. Parecían estar ya a medio camino de hablar de Lissi, y en aquel momento todo lo que quería era evitar aquel tema, si le era posible. Y cuando ya se disponía a hablar sobre un tema distinto, Edgar la sorprendió diciendo:

—¿No vas a preguntarme en qué le envidio? Veo que estás decidida a no tener curiosidad. Eres prudente, pero yo no puedo serlo. Greta, debo decirte lo que no vas a preguntarme. A pesar de que un momento después me arrepienta de haberlo dicho.

—¡Oh! Entonces no me lo digas, no me lo digas —exclamó ella rápidamente—. Tómate más tiempo, reflexiona, no te precipites.

—Muchas gracias —dijo él en un tono ofendido.

Y no añadió ni una sílaba más. Greta no podía soportar la idea de haberle hecho daño. Él, tal vez, deseaba hacerle una confidencia, tal vez consultarle algo. Por mucho que le costara, le escucharía. Podía ayudarle a resolverse o a confirmarle en su opinión. Podía limitarse a elogiar a Lissi o, recordándole el valor de su independencia, sacarle de aquel estado de indecisión, que para un espíritu como el suyo, debía de ser más doloroso que cualquier alternativa… Habían llegado frente a la puerta de casa, de nuevo, tras rodear parte del parque.

—¿Entras? —preguntó él.

—No —replicó Greta, segura ya de su decisión, al ver el abatimiento que demostraba él al hablar—. Me gustaría seguir el paseo. Mi padre aún no ha llegado del gimnasio.

Y, después de dar unos pasos, añadió:

—Hace un momento te he interrumpido muy bruscamente, Edgar, y temo haberte ofendido. Pero si deseas hablar francamente conmigo como amiga, o pedirme la opinión sobre cualquier cosa que tengas en proyecto. Como amiga estoy a tu disposición. Escucharé todo lo que quieras decirme. Y te diré exactamente lo que piense.

—¿Como amiga? —repitió Edgar—. Greta, lo que temo es una palabra… No, no, prefiero que no… Sí, ¿por qué voy a vacilar? Ya he ido demasiado lejos para poder ocultarlo ahora. Greta, acepto tu ofrecimiento. Por raro que pueda parecerte, lo acepto y me confío a ti como amiga… Dime, ¿puedo tener... alguna esperanza de que algún día puedas hablarme no como amiga, sino como algo más? ¿Puedo tener alguna esperanza acerca de ti como mi mujer?...

Se interrumpió como para dar más énfasis a su pregunta, mientras con la mirada dominaba completamente a la joven.

—Mi amiga Greta —siguió diciendo—, porque mi amiga lo serás siempre para mí, sea cual sea el resultado de esta hora de conversación, mi amiga Greta, pero mi querida también… contéstame en seguida. Di “no”, si eso es lo que tienes que decir.

Greta era absolutamente incapaz de decir nada, y él exclamó muy excitado:

—¿Te callas? ¿No dices nada? Por ahora no pregunto más.

Greta estaba a punto de desvanecerse por la emoción de aquellos momentos. Entonces el sentimiento más acusado en ella era el temor a despertar del más feliz de los sueños.

—No soy hombre de muchas palabras, Greta —siguió diciendo en un tono tan sincero, tan decidido, tan afectuoso, que no podía sino convencer—. Si te quisiera menos tal vez podría hablar más. Pero ya sabes cómo soy… De mí sólo has oído la verdad. Ya sé que te he sermoneado, que nos hemos hecho reproches mutuos. Pero tú lo has soportado como ninguna otra mujer. Mis modales tal vez no abonan demasiado lo que trato de decirte. No soy un enamorado ejemplar. Pero tú ya me comprendes… si tú ves, tú comprendes mis sentimientos. Y si puedes, corresponderás a ellos. Ahora sólo te ruego que me dejes oír, aunque sólo sea una vez, que me dejes oír tu voz.

Mientras Edgar hablaba, la mente de ella estaba en plena actividad, y con toda la prodigiosa celeridad del pensamiento había podido, sin perder una palabra, captar y comprender cuál era la verdad exacta de todo aquello; ver que las esperanzas de Lissi habían sido totalmente infundadas, un error, un engaño, un engaño tan total como cualquiera de los suyos propios… que Lissi no era nada para él, que ella lo era todo, que su agitación, sus dudas, su contrariedad, su desánimo, él los había tomado como un medio de desanimarle a él. El camino que Greta ahora veía ante sí era claro, pero no sin dificultades. Ante los apremios de Edgar se vio forzada a hablar… Dijo lo suficiente como para darle a entender que no tenía por qué desesperarse, invitándole a decir algo más. Por un momento, él había perdido las esperanzas, al ver que se le instaba a la prudencia y al silencio, como si aquello representase una negativa. Ella había empezado por negarse a oírle. Luego el cambio de actitud había sido un tanto brusco. Su proposición de seguir paseando y el modo en que Greta había reanudado la conversación, que ella misma acababa de interrumpir, no había dejado de causarle sorpresa. Ella se dio cuenta de que había obrado de un modo incongruente, pero Edgar seguía siendo amable con ella. Greta se volvió hacia él con la mirada llena:

—Oh, Edgar. No tienes por qué desesperar. Aquí me tienes —le ofreció su mano y él la cogió con suavidad y candor—. Sí, siempre he soportado tus sermones. Siempre has sido, como un amigo querido o un hermano mayor, y el amigo de mi padre. Pero ahora que podía perderte, porque sabía que había otras mujeres, me he visto triste y confundida. Pero no, no, ahora no. Ahora solo tengo gratitud y sentimientos de felicidad. No me guardes rencor. Sé que ahora tengo que hacerme cargo de cosas más significativas, y que significan tanto para la felicidad, para nosotros.

Por un instante él la sujetó por el brazo atrayéndola hacia sí, como

en una danza, y se refugiaron debajo de un árbol que había en el camino, y sellaron su amor con un beso tierno en los labios. Un beso que llevó a más cálidos besos.

Pocas veces, muy pocas, sucede que los seres humanos pueden obrar mostrando la verdad completa acerca de sus actos; casi siempre queda algo un poco oculto, algo en una cierta penumbra; pero cuando, como en este caso, hay algo oculto en la manera de obrar, pero no en los sentimientos, no tiene importancia. Edgar no podía encontrar un corazón más enamorado que el de Greta, un corazón más dispuesto a aceptar el suyo.

En realidad él no había tenido ni la menor sospecha de la influencia que ejercía sobre la joven; había salido a pasear con ella, pero sin la intención de ponerla a prueba. Había acudido preocupado por ver cómo ella tomaba la noticia del compromiso de Ricardo, sin ninguna mira egoísta, sin ninguna intención de ninguna clase, excepto la de intentar, si ella se lo permitía, consolarla o aconsejarla… El resto había sido obra de las circunstancias, el efecto inmediato de lo que oyó y también de sus sentimientos. La grata certidumbre de que Greta sólo tenía indiferencia por Ricardo, de que jamás le había entregado su corazón, hizo nacer en él la esperanza de que con el tiempo podía llegar a conquistarlo para sí; pero no había sido una esperanza de algo concreto, inmediato… Tan sólo, fueron unos momentos en los que la vehemencia de su anhelo se impuso a la razón, y aspiró a oír que ella no se oponía a su tentativa de llegar a conquistar su amor… Las esperanzas de algo más que, progresivamente, ella le fue ofreciendo le dejaron enajenado de alegría. El afecto, que él había estado rogando por crear dentro de lo posible, era ya suyo. En media hora, había pasado de un estado de ánimo totalmente abatido, a algo tan semejante a la felicidad perfecta, que este era el único nombre que podía darle.

El cambio experimentado en ella fue parecido. Aquella media hora había dado a ambos la misma inapreciable certeza de ser amados, había disipado en uno y otro las mismas brumas de la incomprensión, de los celos, de la desconfianza… Por parte de él, había estado enamorado de Greta y celoso de Ricardo, desde aquellos días, en los que probablemente un sentimiento le había permitido darse cuenta del otro. Se había distanciado de ella en las últimas semanas para no ser testigo de aquellas atenciones que ella permitía a Ricardo… Había estado fuera y se había ido con el objetivo de aprender a ser indiferente. Pero tras recibir el correo y la noticia de su hermano con la historia de su hijo aquella misma mañana, ello forzosamente le trajo una alegría y no sintió el menor escrúpulo por ello, pues él no había creído nunca en esa relación. Y así surgió en su ánimo una solicitud tan afectuosa, una inquietud tan intensa por ella, que no pudo seguir

en Londres ni un día más de la conferencia. Había regresado bajo la lluvia; e inmediatamente después salió la luz del sol, cuando se encaminaba hacia su casa para encontrarse con ella y ver cómo la más encantadora de todos los seres humanos, perfecta a pesar de sus imperfecciones, sobrellevaba la noticia.

La encontró nerviosa y deprimida… Ricardo era un villano. Greta le dijo que nunca le había amado… Al fin y al cabo, ese joven no era un caso tan ruin como podría suponerse. Cuando ambos volvieron a su casa, Greta era ya "su" Greta, su mano y sus palabras lo atestiguaban. Y si entonces hubiera podido pensar en ese otro joven, probablemente le hubiera considerado como un excelente muchacho.

Capítulo 21

¡Qué enorme diferencia había entre los sentimientos de Greta al salir de su casa y al volver a entrar en ella! Había salido a dar un paseo por el parque, sin atreverse a esperar más que un pequeño respiro para sus zozobras. Y ahora se sentía invadida por una maravillosa sensación de felicidad, felicidad que, además, sabía iba a ser aún mayor cuando hubiese pasado la turbación de aquellos primeros momentos.

Cuando llegó su padre se sentaron los tres reunidos en torno a la misma mesa, y Greta se ofreció para hacer café. ¡Cuántas veces se habían reunido los tres en aquel mismo lugar! ¡Y cuántas veces, desde la gran ventana del salón, los ojos de Greta se habían posado en los mismos frondosos árboles y habían contemplado el hermoso efecto de la puesta de sol! Pero nunca en aquel estado de ánimo, nunca como aquella vez; y ahora le resultaba difícil dominarse lo suficiente para ser la atenta hija cariñosa de costumbre.

El padre no podía estar más lejos de sospechar lo que se estaba tramando en el corazón de aquel hombre a quien había acogido con tanta cordialidad, a quien había preguntado con tanto interés si no se había resfriado al venir de Londres bajo la lluvia. De haber podido penetrar en su corazón, se hubiera preocupado muy poco por sus pulmones; pero sin imaginar el más remoto atisbo de los peligros que le amenazaban, sin advertir ni la menor diferencia anormal en el aspecto o la actitud de ninguno de los dos, les repitió feliz y tranquilo todas las noticias de ese día. Y siguió conversando con ellos muy satisfecho de sí mismo, incapaz de sospechar las noticias que ellos a su vez hubieran podido contarle.

Mientras Edgar permaneció en la casa, la agitación de Greta no se calmó; pero, una vez se hubo ido, empezó a tranquilizarse un poco y a lograr dominarse… Y durante toda la noche se pasó en vela, que fue el precio que tuvo que pagar por una tarde como aquella. Vio que había una o dos cuestiones muy graves sobre las que reflexionar y que le hicieron advertir que incluso su felicidad no iba a dejar de tener ciertas sombras. Su padre… y Lissi. No podía quedarse a solas sin darse cuenta de la enorme importancia que tenían para ella las necesidades de ambos; y lo difícil que sería conseguir para los dos la máxima felicidad posible.

Con respecto a su padre el problema sólo admitía una solución. No

podía dejarlo solo, aunque él se sintiera bien, tendría que seguir cuidando de él. En cuanto al mejor modo de obrar, respecto a Lissi, la decisión era mucho más difícil… ¿Cómo evitarle un dolor innecesario? ¿Cómo sacrificarse por ella, dentro de lo que fuera posible? ¿Cómo conseguir demostrarle que no era su enemiga? Por lo que se refiere al heroísmo del sentimiento que podía haberla impulsado a intentar que él transfiriese su amor de Greta a Lissi, como si ella fuese la más digna de las dos, Greta no estaba dispuesta a esos sacrificios. Pensaba en Lissi con pena y arrepentimiento; pero en su espíritu el impulso de generosidad no alcanzó extremos de insensatez que se hubieran opuesto a todo lo que pudiera ser probable o razonable. Había desencaminado a su amiga, y esto sería siempre para ella un reproche viviente; pero su buen juicio era tan firme como sus sentimientos, tan firme como lo había sido siempre. En lo tocante a estos puntos, sus dudas y su desasosiego no podían ser mayores… y su memoria evocó aquellas penosas lamentaciones que no habían dejado de obsesionarla en los últimos días. Por último, sólo pudo decidir que seguiría evitando verse con ella, al menos en casa, y que se comunicarían por email en todo lo que tuvieran que decirse. O por el smartphone. Pero, por lo pronto, prescindiría del trabajo de ella en su casa. Se levantó pronto y le escribió. Una ocupación que la dejó pensativa y triste por el resto de esa mañana.

Para Greta fue un consuelo ver que Lissi estaba tan deseosa como ella de evitar encontrarse. Ella se expresaba prácticamente sin hacer ningún reproche, sin dar la sensación de que se considerase ofendida; y sin embargo Greta creía advertir en su actitud un cierto resentimiento o algo que estaba muy próximo a ello, y que aún aumentaba sus deseos de que no tuvieran un trato más directo. Desde luego, había resultado ser un golpe para ella confesarle que Edgar no pensaba en su amiga. Pero debía decirle la verdad. Y quería compensarla y hacer algo por ella.

Luego todavía tenía ante sí una confesión que hacer, en la que nadie podría ayudarla, el confesarle a su padre que estaba enamorada; pero, por el momento, no quería causar aún más preocupaciones a las personas que quería y había decidido aplazar la revelación sólo por un tiempo prudente, en el que podrían Edgar y ella disfrutar de tranquilidad y la paz de espíritu, para paladear aquellos intensos y turbadores goces. Y encontrarían el mejor momento para decírselo.

Greta lamentaba no poder hablar a Edgar sobre ello con más franqueza. Pues se trataba de uno de los favores más importantes que él pudiera hacerle, ofreciéndole su comprensión ahora, en algo que él antes se había mostrado renuente, y era que ella intimase tanto con Lissi si ello suponía que pudiera desplazar a su amiga a un ambiente que no le correspondiera o donde se sintiese inferior o marginada. En

sus conversaciones sólo muy raras veces mencionaban a Lissi. Por su parte, ello podía atribuirse simplemente a que no se le ocurría pensar en la muchacha; pero Greta se inclinaba a atribuirlo a su tacto y a las sospechas que debía tener, por ciertos detalles, de que la amistad entre ambas amigas comenzaba a declinar. Pero la desazón que le producía el verse obligada a ocultarle a Edgar los sentimientos de su amiga, era de necesidad, para no exponerla a ella a la falta de comprensión de los demás. Esa revelación sólo debía quedar oculta en el corazón de Lissi, y lo haría así por ella para guardar su honestidad y entereza ante los demás.

Cuando Greta le comunicó a Vivien la noticia de su compromiso con Edgar, le dijo que en todos los aspectos parecía una unión tan adecuada, tan conveniente, tan inmejorable y deseable, así como una elección tan afortunada, que parecía como si Greta no hubiese debido sentirse atraída por ningún otro hombre, y que era también lo mejor, pensando en su padre, dado que eran más que mejores amigos.

Capítulo 22

Pasó el tiempo y Greta tuvo que reanudar su trabajo en el centro, después de haberse tomado un mes de vacaciones. Tomás seguía llevando las clases en el centro orientando a los alumnos. Los guiaba y recomendaba trabajos dentro de las posibilidades del mercado. Había sido muy crítico con los valores de la meritocracia, pues él decía que era nuestra democracia la que debía igualar a los hombres, pero la idea de meritocracia era la única justificación que "desigualaba" a todas las personas, y él sospechaba que tras la fachada buena de esa idea volvían a esconderse los privilegios de las clases y del sistema para desigualar a unas clases sociales con otras. De hecho, el voto al populismo era la respuesta directa al resentimiento social, que había por esas desigualdades meritocráticas, pues no había igualdad de oportunidades reales. Él procuraba no engañar a sus alumnos y hacerle entender las carreras que tenían futuro, como las tecnologías y otras carreras científicas, pero que costaban dinero y sólo tenían posibilidades los que añadían un máster a su carrera. Y que todos esos privilegios estaban pensados para los ricos. Por lo que él aconsejaba prepararse en puestos de técnicas medianos o aspirar a trabajos temporales, y seguir estudiando hasta encontrar algo mejor.

Cuando terminó la clase, Greta se quedó a charlar con él. En realidad, fue Tomás quien se interesó por ella. Hablaron de las vacaciones. Preguntaron por sus respectivos amigos. Las noticias eran buenas, pues él estaba saliendo con Raquel y para completar su sorpresa Mahmud se había comprometido formalmente con Lissi hacía muy poco tiempo. Hacía tan poco, en verdad, que Greta no lo sabía, ni había podido comunicarse con su amiga. Pero ciertamente quedó gratamente sorprendida, al mismo tiempo que Tomás se sorprendió cuando ella le comunicó que estaba saliendo con Edgar.

Tanta felicidad asustaba un poco a Greta, pero el resultado de todos los hechos aseguraba que así todos sus amigos de nuevo volverían a reconciliarse entre ellos. Ella se alegró mucho por Tomás y por Mahmud y su amiga, y así lo reconoció. Por mucho que también reconoció su error al creer que podría influir en su amiga, sacándola de su ambiente, pero se dio cuenta de que Tomás tenía razón. Nunca Lissi iba a poder encontrar un chico tan razonable, tan bueno, tan estudioso y tan inteligente como Mahmud. De hecho, se alegraron aún más, porque había conseguido un buen trabajo en una empresa de grandes posibilidades en el área de tecnología.

Todo eso la llenó de orgullo y pensó que ése era el mejor modo para que terminasen las complicaciones que ella había causado a su amiga.

Cuando Greta regresó a casa esperó hasta reunirse con Edgar, y tras cambiar las primeras frases del alegre encuentro, ella permaneció silenciosa; y luego en un tono más grave dijo:

—Tengo algo que decirte, Edgar. Noticias.

—¿Buenas o malas? —dijo él con rapidez mirándole fijamente.

—No sé cómo deberían considerarse.

—¡Oh! Estoy seguro de que serán buenas; lo veo por la cara que pones. Estás haciendo esfuerzos por no sonreír.

—Me temo —dijo ella, poniéndose más seria—, me temo mucho que hay una cuestión, solo una, en la que no pensamos igual y anteriormente hemos discutido. —Y sin apartar la mirada de su rostro añadió— ¿No te imaginas qué puede ser? ¿No te acuerdas de Lissi? He tenido noticias de ella esta mañana.

Al decir esto, Greta enrojeció y tuvo miedo de algo, aunque no sabía exactamente de qué.

—Ya veo que sí, que has tenido noticias y veo que estás preparada para lo peor.

—Se trata de Lissi y Mahmud. Están saliendo juntos. Él volvió a declararse, y ella aceptó.

Edgar tuvo un sobresalto y un centelleo pasó por sus ojos que parecía querer decir: “No podía ser posible de otro modo”. Pero sus labios siguieron cerrados.

—Pues así es —dijo ella—. Por lo visto ha conseguido un buen trabajo y piensa situarse bien.

Él la seguía contemplando con el más elocuente de los asombros.

—Ojalá en esto coincidan nuestras opiniones. Y sé que te asombras porque, en su momento, fui yo quien me oponía a esa relación. Pero puedes estar seguro de que he cambiado de parecer.

—Dímelo todo. Me has dado una sorpresa sin igual. Porque sabía que no querías hablar de Lissi, y yo no sabía qué pensar de lo que pasaba entre vosotras. Pero te aseguro que me produce un sentimiento de alegría esta revelación.

—Parece una historia muy sencilla que surgió así entre ellos. Pero te aseguro que yo estoy ahora muy contenta también por ella. Aún no he podido hablar con ella, pues todo ha sido muy reciente.

La verdad es que Greta delataba una alegría inexplicable en sus palabras. Ella quería que él la mirase y sonriese; y como había una excusa para sonreír abiertamente, así lo hizo, y luego él dijo:

—En mi opinión, Lissi ha hecho bien.

—A mí me ha cogido de sorpresa, porque últimamente ella parecía que estaba más predispuesta contra él.

—Greta, deberías conocer mejor a tu amiga —replicó Edgar—; yo hubiese dicho que ella era una muchacha de muy buen carácter, de corazón muy tierno, que difícilmente puede llegar a estar muy predispuesta en contra de un joven que le dice que la ama.

Greta no pudo por menos de reírse mientras contestaba:

—Te doy mi palabra de que la conoces tan bien como yo. Pero yo he visto cómo ella ha ido evolucionando en sus últimos momentos. Yo también he cambiado respecto de este asunto. Aunque no hemos hablado. Porque yo en aquel momento era una atolondrada.

—Ya sé que te habrás fijado en que yo mostré un interés últimamente por conocerla mejor a ella. La verdad es que yo tuve la impresión de que tú sospechabas algo de ello y de que yo estaba abogando por la causa de Mahmud. Y, en verdad, gracias a esas charlas me convencí de que era una muchacha natural y afectuosa, de ideas rectas, de buenos principios muy arraigados, y que cifraba toda su felicidad en el cariño, y en la vida doméstica y laboral. No tengo la menor duda de que gran parte de esto te lo debe a ti.

—¿A mí? —exclamó Greta negando con la cabeza—. ¡Ah, pobre Lissi!

Sin embargo supo dominarse y se resignó a que le elogiaran más de lo que merecía. Su estado de exaltación y asombro era tal que se hubiera puesto a gritar, a bailar y a cantar; y hasta echar a andar y hablarse a sí misma y reírse, para luego reflexionar, porque en verdad creía que no había hecho nada a derechas, pero todo se había resuelto al final.

Ya podía imaginarse cuál sería la gratitud, el extraordinario júbilo que la dominaba. Con aquellas halagüeñas perspectivas, que se abrían para Lissi, así su única preocupación, el único obstáculo que se oponía a su dicha desaparecía, y Greta sintió que corría el peligro de ser demasiado feliz.

Nada podía ahora interponerse, excepto hacerse cada día más digna de él, cuyas intenciones y cuyo criterio habían sido siempre tan superiores a los suyos. Nada, sino esperar que las lecciones de sus locuras pasadas le enseñaran humildad y prudencia para el futuro.

Una de las cosas que ahora contribuían a su felicidad era pensar que pronto no tendría nada que ocultar a Edgar. Pronto podrían terminar todas aquellas cosas que tanto odiaba; los disimulos, los equívocos, los misterios. En el futuro podría tener en él una confianza plena y perfecta.

Estaba muy seria, muy seria sintiendo aquellos impulsos de gratitud y tomando aquellas decisiones, y, sin embargo, en aquellos mismos momentos no podía evitar reírse. Era forzoso reírse de aquel desenlace. Abrazó a Edgar y lo besó. ¡Qué final para todas aquellas tribulaciones suyas! ¡Qué par de corazones!

&&&

Acerca del AUTOR

ESTHER LLULL es autora de diversos libros, entre ellos, Te pido que pongas tu vida en mis manos, Lady Euphrosyna, El hombre con el niño en sus ojos, El amante de ética y La amante bipolar, y sigue una trayectoria continua. Estudió derecho, hizo un postgrado en Filosofía, moral y política, y también ha estudiado Astrología y astromundial. Ahora vive entre Sevilla y Copenhague. Su afinidad con la literatura y su sensibilidad genuina hace posible que contemos con su obra singular e introspectiva, de fuerte raigambre psicológica y espiritual.